

EL PEQUEÑO BUDY Y EL DRAGÓN BLANCO

JULIO GARCÍA ROBLES



Entre las colosales montañas donde el blanco de la nieve perdura, existe un hermoso valle que conserva verdes sus prados y en el cual se encuentra la humilde aldea de Shambala. Allí, envuelto en un halo de misterio y magia, destaca el templo del Brahman. Este es el feliz hogar del pequeño Budy, un jovencito de mirada viva, tierna y locuaz. Pero su mundo se sacudirá con la llegada del malvado Mahishasura que todo lo destruye. Budy y sus amigos deberán enfrentarse a peligros inimaginables para hacerse con los cuatro poderes verdaderos del Brahman, en un desesperado intento por despertar al Dragón Blanco, la única criatura capaz de enfrentarse al horroroso demonio. Amor, lealtad y amistad en una titánica lucha por salvar al mundo del mal.

El pequeño Budy y el Dragón Blanco
Tercera edición (2012, 2015 y 2021)



© Julio García Robles
© Bebuki Rock
© Marisa López· Sarima

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

EL PEQUEÑO BUDY Y EL DRAGÓN BLANCO

El pequeño Budy y el Dragón Blanco es una novela de Julio García Robles donde relata las peripecias de un grupo de discípulos del templo del Brahman que debe partir en busca del Dragón Blanco para salvar el mundo que conocen ante la aterradora llegada del demonio Mahishasura. El autor imprime en esta aventura su carácter y estilo propio con escenas crudas y esos momentos emotivos que sellan sus obras.

EL AUTOR

Julio García Robles es diagramador, escritor y fotógrafo de naturaleza. Diplomado en Gestión Medioambiental por la Universidad de Cádiz; entre otros, cuenta entre sus trabajos de divulgación científica con los libros *Devoradores de hombres* y *Lobo*. Ha llevado adelante proyectos de conservación en numerosos países, destacando su trabajo como agente social en programas ONG de Desarrollo. Es precisamente en estos largos viajes donde compagina historia y leyendas para dar vida a los personajes mágicos de sus novelas, siempre llenas de aventuras y emociones: la saga *Uma Soona*, *Sarima Vamp*, *El Dragón Rojo*, *La leyenda de Perpintres*, *Planeta Z Muerto*, *Los crímenes de mi querida mamá*, *Las aventuras de Calamity Queen*, *Un poema para mi general*, *Socarrats*, *Valentine*, *El Enterrador...*

EL VALLE DE SHAMBALA

De una belleza sin igual y resguardado del mundo por las escarpadas montañas de Oriente, se encuentra Shambala con sus floridos campos y cultivos. Todo el valle está rodeado por una tupida selva, húmeda e impenetrable. Monte arriba, donde muere el calor y el frío cala hasta los huesos, se alza el bosque de cedros gigantes, árboles de más de cuarenta metros de altura y tres de diámetro, que forman la última frontera ante lo inhóspito. Más allá, coronados por las nieves perpetuas, se erigen los imponentes picos de hielo que rasgan el cielo con sus ocho mil metros, donde el viento ruge siempre con fuerza, las espesas nubes a menudo lo ocultan todo y la tempestad apenas cesa.

Un centenar de familias de humilde corazón habitan este hermoso valle, sus cabañas de arcilla y madera bordean el arroyo de aguas cristalinas que les da vida. En la chimenea, leña seca y ascuas ardientes; en la mesa, el pan de cada día; y en la cara, siempre una sonrisa que muestra la bondad que aguardan en su interior. Gentes de bien que viven felices en armonía con la Madre Naturaleza, trabajando duro los cultivos, cuidando de las bestias y amando a los suyos.

Al norte del poblado, no muy distante, envuelto en un halo de misterio, de muros cubiertos por la maraña verde de hojas y lianas, destaca el templo del Brahman como frontera entre el valle y la selva, entre lo humano y lo indómito. Un pequeño santuario de luz y culto a la divinidad absoluta, aquella que se encuentra en todo el universo, la esencia de todo y que a todo trasciende.



El templo se encuentra vigilado por un enorme tigre blanco de aceradas garras y tremendos colmillos. Un animal tan hermoso como majestuoso que merodea siempre cerca, imponiendo respeto y temor entre los discípulos del oráculo, aterrorizando a los monos de cola roja que brincan como locos por muros y terrazas. Pocos son los que aseguran haber visto al poderoso felino, pero el eco de sus inquietantes rugidos se escucha en la noche, en el valle y más allá, recordándoles que está ahí como noble protector de lo puro y divino. Pues el templo es tierra sagrada de meditación y fe en la bondad humana, siempre lo ha sido y siempre lo será.

Más allá de los recuerdos, el templo fue alzado por una antiquísima estirpe de monjes guerreros, creyentes de la paz y la verdad, maestros de la escuela sanscrita de Dhyana, los cuales se separaron antaño del resto de la humanidad para salvaguardar el misterio de los cuatro poderes verdaderos de las cabezas del Brahman. Un secreto que solo conoce el sacerdote más venerado del templo, un anciano lama de gran corazón, astuta nobleza y sabiduría infinita. El único hombre capaz de compartir anocheceres junto al poderoso tigre blanco. Nadie conoce su nombre, pero es respetado y amado por todos; le llaman Maestro y dicen las leyendas que es tan viejo como el mismísimo templo, el último de la estirpe Dhyana.

Este es también el hogar del pequeño Budy, un amable jovencito de mirada tierna y locuaz; de melena blanca como la nieve, pómulos sonrosados y ojos negro azabache brillantes como perlas negras. Siempre había sido un niño especial y para algunos, muy consentido. Era el único de los discípulos que mantenía el cabello largo, algo que lo distinguía por siempre entre los demás, los cuales se veían

obligados a llevar la cabeza rapada. Así era por complacencia del Maestro, que mucho le apreciaba.

—El cabello blanco es reflejo del paso del tiempo y de la creciente sabiduría. Así pues, en tan tierna edad, no debemos cortarlo. Sin duda, hecho tan extraordinario, su razón debe tener —aseguraba el sabio anciano siempre que alguien preguntaba.

El Maestro a menudo recordaba el capricho del destino, que llevó a Budy hasta allí desde lejanas tierras sin procedencia ni rumbo conocido. Todo un misterio. Pero que, como todo en este mundo, seguro tenía una meta en el futuro que algún día debería alcanzar. Quizá un destino incierto que sellar o tal vez, simplemente alguien a quien amar.

El muchacho, siendo apenas un crío de seis años, tal vez menos, apareció en Shambala un día de brusca tormenta, solo, desnudo, tiritando su frío y su miedo, para desconcierto de todos, azotado por el viento y bajo un manto de nieve que parecía unir el cielo y la tierra. De inmediato fue recogido y adoptado por el Maestro, el cual nada comprendía de su naturaleza, pero sí del cariño y amor que necesitaba tan desdichada criatura, sin duda presa de la fatalidad. Durante semanas se buscó su procedencia: tal vez una caravana desorientada en las rutas del hielo, quizás extraviado por alguna familia de paso venida de un lugar remoto o perdido de la mano de alguien que se atreviera a cruzar los pasos de Shambala en el crudo invierno. Nada, no encontraron el más mínimo rastro que les orientara en su búsqueda.

En el templo se repuso, ganó peso y color, y con el paso de los años creció al amparo del Maestro, que a menudo le



miraba con ojos de padre, que le abrazaba y bien le daba el calor de una familia. El jovencito era feliz, pues ya no estaba solo ni sentía frío ni tenía miedo. De su más tierna infancia no recordaba nada, ni tan siquiera nombre o familia alguna, por lo que el Maestro pensó si tal vez fuera un regalo de Buda. Así fue como el niño venido de más allá de la cima de los picos nevados, en un día de terrible tormenta, fue llamado Budy, el pequeño Budy.

Budy compartía vivencias, habitaciones y juegos con una veintena más de muchachos, de diferentes edades, los cuales eran tan alegres y divertidos como austeros y serios, cada cosa en su momento. Se hallaba rodeado de compañeros con los que fortalecía su espíritu mediante la relajación y la meditación, hallando la paz interior que iluminaba su alma. También aprendía el arte de la lucha, ejercitando el cuerpo y la mente, el ataque y la defensa. Atento a las clases del Maestro, descubría los secretos de la vida, la alegría y empatía de la existencia, y reflexionaba sobre lo cierto e incierto del pasado que ya fue y del futuro que está por ver, viviendo el presente sabiendo que hubo un ayer y habrá un mañana.



CAPÍTULO I

LA LADRONA DE MOMOS

El característico sonido del gong resonó en el templo del Brahman.

Tras la meditación y los ejercicios físicos que acompañaban a los discípulos cada mañana, después del almuerzo, llegaba la hora del descanso. Una suave brisa recorría los pasillos y las terrazas, meciendo los coloridos retales que adornaban el cañizo del techado y la entrada; haciendo bailar las campanillas de bronce que se alzaban sobre puertas y portones.

En el jardín del templo, junto a una fuente de grácil chorro, el pequeño Budy se relajaba mordisqueando el tallo tierno de una brizna de hierba, bajo la enorme higuera de la sabiduría, aquella de grueso tronco, achatados frutos y anchas hojas, y que buena sombra le daba. Tumbado hacia arriba con la vista perdida en el cielo, se entretenía observando entre las ramas el paso de las nubes. En su lúcida mente de crío, les daba formas divertidas: una cara bonita, una seta enorme, una pera sabrosa... ¡Un conejo!

De pronto: ¡Zrrrrriiiiiiii, zriiiiiii, zrrriiiiiii!

Budy se sobresaltó al escuchar por primera vez, desde que acabara el pasado verano, el estridente graznido del

rabilargo. Una hermosa ave, de la familia de los córvidos, que tenía el capirote negro sobre su pardo manto y una larga cola azul turquesa de reflejos metálicos, como la punta de sus alas. Volando por los valles secretos que abrían los arroyos, el rabilargo había llegado, como cada primavera, en busca de los higos de la sabiduría.

El muchacho se incorporó alegre, de un salto, y comenzó a correr hacia el templo.

Había llegado el gran día.

Comenzaron a escucharse las largas trompetas del Brahman, su eco resonaba en todo el valle de Shambala. Anunciaban que los bloques de nieve del paso del Águila se habían derretido, aquellos que impedían el intercambio de ganado y mercancías, la llegada de otras gentes y de nuevas historias y leyendas. Lo que significaba que esa misma noche se celebraría la llegada de la renovada primavera, el inicio de un nuevo ciclo de la vida. Una gran fiesta inundaría la plaza situada en el centro de la aldea, escenario de alegres bailes y discursos nobles. Los muchachos que hubiesen cumplido dieciocho años serían “hombres jóvenes”. Se despedirían tras el ritual, cantando y bailando, de su inquieta adolescencia. En unos días partirían, como era noble costumbre, hacia el desconocido mundo que les rodeaba, más allá de las montañas heladas, en busca de experiencia y sabiduría que aportar.

Budy todavía era demasiado jovencito, con unos doce o trece, aún le faltaban algunos años para ser presentando como un hombre joven, pero igual le encantaba la noche grande de la primavera. Allí compartiría risas y fiesta con los demás niños, los hombres jóvenes y los aldeanos; además escucharía los cuentos de personas venidas de otras



regiones, sonaría la música con alegría y la gente bailarían alrededor de las llamas vivas de una gran hoguera, lugar donde arderían ofrendas para los dioses y mensajes con deseos llenos de amor y esperanza. Y lo más importante: habría pollo agridulce, grano tostado y rica hidromiel. ¡Y momos! ¡Deliciosos momos!

Budy esperaba con impaciencia la llegada de su primavera para partir de la aldea como un hombre joven. Soñaba con descubrir nuevas tierras, con resolver antiguos misterios, con hacer, conocer y ver tantas cosas que le parecía que nunca iba a llegar ese día. Era como si el mundo exterior estuviera esperándole, impaciente, para cumplir un gran destino, mientras él crecía. Viajaría y recorrería mil caminos en busca del saber, del ser y del estar. Luego, colmado de sabiduría, quería regresar de su peregrinar al lado del Maestro como un hombre fuerte y noble, respetado por todos, para cuidarle y agradecerle cuanto había hecho por él.

Budy soñaba con ser de mayor un monje tan sabio y fuerte como el Maestro.

Era un día de fiesta para todos y muchas personas, que apenas se dejaban ver durante el invierno, se acercaban a la aldea para celebrar la noche grande de la primavera. Entre ellas siempre destacaba la abuela Irleka y su mal genio, la cual se acercaba con aire solemne, sentada en su viejo carro tirado por un terco burro, animal que a menudo paraba y relinchaba buscando premio a su notable esfuerzo.

Irleka, ataviada con su traje de ceremonia, de largas túnicas coloridas y con un gorro adornado de redondos aros de metal, observaba el trote equino con sus diminutos ojos, los cuales parecían estar siempre tan cansados como

cerrados a pesar de verlo todo. Vivía en una pequeña cabaña alejada de la aldea, en la orilla empantanada del lago, donde cultivaba sus campos de arroz. Traía chotpas, esas figuritas de harina y mantequilla destinadas para el altar del templo, un sacrificio para los dioses y una bendición para los estómagos; y momos de yak, esas empanadillas tan ricas que solo ella sabía hacer de forma tal que fueran sumamente deliciosas. Venía acompañada por sus dos nietos, discípulos del Maestro: Irle y Leka, dos hermosos jóvenes de piel morena y pelo muy corto que habían marchado del templo para recogerla, cargar los sacos y acompañarla en el trayecto. Andaban por delante, abriendo camino con un estandarte de coloridos recortes de tela, tirando del burro con paciencia bendita y sabrosas hortalizas. Los muchachos la ayudaban desde siempre a organizar sermones, a realizar sus oficios y obligaciones como la experta en dones más sabia de la aldea. A ella acudían los debilitados buscando curas para sus dolencias y palabras amables que calmaran sus miedos. Era la más anciana del lugar, aquella a la que todos veneraban, escuchaban y respetaban.

Fue entonces, mientras Irleka y sus nietos se acercaban a la aldea por aquel angosto camino de tierra, cuando Budy observó una extraña figura cubierta con una capucha y una larga capa oscura. Había salido de las altas hierbas para correr tras el carro y, sigilosamente, subió en este casi de puntillas, sin que la anciana ni sus nietos se percataran. Sin alzar el más mínimo ruido, bajó enseguida, cargada con un saco, y salió corriendo.

—¡No! ¡Al ladrón, al ladrón! —gritó Budy.

¡Alguien se llevaba un saco de aquellos deliciosos momos!

Irle y Leka se giraron rápido y vieron correr a través de la hierba al bandido con el saco de momos a cuestas.



—¡No! ¡No podemos permitirlo!

—¡Los momos son sagrados! —gritaron los dos hermanos alzando las manos.

Agitando al aire un palo de cedro en la mano, corrieron tras aquel extraño que parecía no cansarse nunca y que les esquivaba una y otra vez, tratando de zafarse. Pero finalmente, Leka se lanzó a sus pies y le alcanzó por un tobillo, haciéndole caer. El ladrón rodó sin soltar el saco de momos e Irle, sin pensarlo, le golpeó contundentemente en la cabeza con el cedro. Por dos veces.

—¡Toma! ¡Toma!

El ladrón quedó maltrecho, inconsciente por unos momentos entre la alta hierba y gimió lastimosamente. Leka saltó por delante, agitando su palo y miró el cuerpo encogido de aquella persona que permanecía con el rostro oculto.

—¡Suelta los momos, ladrón! —exclamó quitándole el saco de las manos de un tirón.

Con los gritos de Budy y de los dos hermanos, alertada la aldea, vecinos y amigos, todos corrieron curiosos.

—¡Robar en Shambala, es algo inaudito!

—¿Quién es ese ladrón?

—¿Cómo es posible?

—¡Qué vergüenza! —murmuraban unos y otros acercándose al carro con curiosidad y cierto temor, meneando palos de cedro en las manos.

—Hay que darle escarmiento, para que aprenda que aquí no se permiten tales fechorías —dijo con voz firme Irleka.

—Cortémosle la mano derecha, así aprenderá —arremetió uno de los aldeanos.

—¡Mejor las dos, no fuera que zurdo sea y buscando venganza regrese! —dijo otro.

—Sí, las dos. ¡Que aquel que roba es gente mala! —apuntó un viejo pastor, un tanto temeroso y al que le temblaba la mano.

—¡Mala, muy mala! —prosiguió el pastorcillo que le acompañaba, tratando de ver con curiosidad al ladrón.

La vieja Irleka hizo un gesto de desaprobación ante aquellas palabras con una expresión exagerada, arrugando los labios y estirando los brazos al cielo.

—¡Tampoco es eso! ¡Solo eran unos momos! —exclamó—. Irle, hijo, mira a ver si se encuentra bien.

Sin mediar palabra, Irle le golpeó con el palo de cedro en la espalda.

—¡Maldito ladrón! ¡Querías robarnos los momos! —le espetó.

Como respuesta, un lastimero quejido se hizo oír con gran pena, seguido de un llanto muy triste, desconsolado y casi inaudible. Todos callaron, atónitos y conmocionados, y se miraron entre ellos sin saber cierto qué hacer.

Y dieron un paso adelante, curiosos, para rodear al extraño a sus pies.

El joven Irle se agachó y levantó la capucha del ladrón, descubriendo su rostro.

Unos hermosos ojos de pupilas azules, cristalinas como el cielo, penetrantes como nunca había sentido, se clavaron en él vertiendo sentidas lágrimas sobre unas sonrojadas mejillas. Una suave melena ondulada, de color azabache puro, apareció cubriendo como un torrente sus brazos.

—¡Es una niña! —exclamó uno de los aldeanos.

—¿Una niña? —se preguntó otro.

—No puede ser —aseguró un tercero.

—Lo es —afirmó Irleka, apenada por aquellas lágrimas desconsoladas.



Irle dio un paso atrás, tragó saliva y el palo de cedro le tembló en la mano.

En un acto reflejo, lo escondió tras de sí, en su espalda.

—¡Dejadme verla! —ordenó Irleka, tan sorprendida como confusa, al igual que todos los que allí permanecían sin atreverse a decir nada.

La anciana bajó del carro, ayudada por su nieto Leka, frunciendo las estrechas cejas. Apenas anduvo a su lado, le arrebató el cedro a Irle con un golpe rápido de mano.

—¡Dame, so bruto!

Leka se acercó a su hermano, que confuso y avergonzado miraba a la muchacha.

—Mira que pegarle a una niña —le reprobó.

Pero a Irle no le parecía una niña, sino la más guapa de las jovencitas que jamás había visto y se sintió muy, muy mal.

—¿Quién eres? ¿Cómo te atreves venir a robarnos? —preguntó Irleka apoyando el palo de cedro en el suelo y sus curtidas manos sobre este, observándola fijamente con su rostro enjuto.

La joven muchacha fue a hablar, pero no contestó. Miró a la anciana con sentido pesar, se tapó avergonzada la cara con ambas manos y lloró encogiendo su cuerpo poco a poco, quedando acurrucada y tumbada entre las altas hierbas, bajo la mirada atenta de la gente de la aldea que todavía no salía de su asombro.

De pronto, los aldeanos abrieron un estrecho pasillo, el Maestro había llegado alertado por la inusual algarabía, pues tanto griterío y alboroto no era algo normal en Shambala. Apareció en silencio, anduvo con paso firme hacia Irleka y todos le saludaron con un murmullo respetuoso.

—¡Maestro, hemos pillado a una ladrona! ¡Una chica! ¡Una chica muy mala! ¡Quería robarnos los momos! —le

dijo Budy acercándose a él emocionado, confiado y con una sonrisa inocente.

El Maestro le miró extrañado ante la noticia y luego fijó su vista en la muchacha.

—Eres muy joven para andar sola y desamparada por estos parajes —se dirigió a ella con voz humilde—. Dime ¿qué te trajo a nuestra aldea y qué necesidad tienes de robar lo que bien puedes pedir? Aquí eres bienvenida, siempre que seas noble.

La gente de la aldea cerró el pasillo y se agolpó de nuevo alrededor, observando a la muchacha con curiosidad, esperando una respuesta que entre sollozos e hipitos tardaba en llegar. Irle la miraba encandilado, no podía evitarlo, fascinado por aquellos hermosos ojos azules colmados de lágrimas; y mientras Leka guardaba el saco de momos estudiándola de soslayo, el pequeño Budy asomaba la cabeza tras el Maestro.

—¿Quién eres? —insistió el Maestro olvidando a la ladrona, compadeciendo a la muchacha.

—Mi nombre es Dagyi.

—¿Por qué quieres robarnos? —preguntó Irleka.

—Tengo hambre, hace tanto que no como.

La anciana Irleka alzó sus cejas hasta arriba, conmovida ante tal respuesta. Se acercó a Leka, abrió el saco de momos, tomó uno y se lo ofreció con una sincera sonrisa.

—Toma hija. No me digas que sufres hambre, pues me duele en el alma.

—Sí, cógelo, los momos de la señora Irleka están muy buenos —la animó Budy.

Dagyi tomó la empanadilla y comenzó a comer en silencio, sentada en el suelo, de forma vergonzosa y tragando rápido. Agachó la cabeza, evitando cruzar los ojos



con nadie, mientras todos la estudiaban sin apartar la vista de ella y de las extrañas vestimentas que asomaban bajo su larga capa. Portaba un chaleco sucio a más no poder que mostraba sus delgados brazos, que bien parecían los de un joven guerrero por sus rasguños y heridas; una corta falda que no alcanzaba sus rodillas y altas botas hechas con pieles cruzadas y cuerda; y en su estrecha cintura, un correa que le daba varias vueltas guardaba la vaina de una afilada daga. Eran telas de cuero y lino deshilachado y un arma, todo impropio de una jovencita.

Irleka se giró hacia su nieto Irle y con un golpe rápido de codo, llamó su atención fija en aquella extraña jovencita que le cautivaba. Acto seguido le apremió con una mano, echando una mirada al saco.

El joven reaccionó rápido, tomó otro momo y se lo ofreció a Dagi.

Ella le miró con pena y ternura y lo recibió con timidez.

—Eh, eh... Yo... Yo... —susurró Irle.

Quiso decir más, pero de su boca solo salía un tartamudeo espeso.

El Maestro tendió la mano hacia la jovencita y la levantó. La miró detenidamente, frente a frente. Después le limpió las lágrimas con los dedos, pasó la mano por aquellas sonrosadas mejillas que parecían tomar calor y acarició la larga melena, liberándola de pajizas hierbas.

—Budy ¿puedes acompañar a Dagi al templo?

—¿Yo? —replicó el muchacho.

—Dale tu mano y ofrécele lo mejor, pues es nuestra invitada —dijo el Maestro.

—Ten, llévate algunos momos; el saco entero —apuntó Irleka ofreciéndoselo a Budy—. Que coma hasta que sacie su hambre y si le falta algo, no dudes en decirme.

El Maestro giró la vista hacia la anciana sabia, agradeciendo su noble gesto. Después emprendió el regreso hacia el templo y apremió a Budy y a la jovencita, la cual, temblorosa y desconfiada, les siguió. Caminaron en silencio bajo la atenta y curiosa mirada de aquellos que nunca habían visto una muchacha igual: ¡una ladrona!

Con pies tranquilos y buen día, se dirigieron los tres por el estrecho camino hacia el templo. El Maestro andaba por delante y, dos pasos tras él, Budy le seguía con el saco de momos sobre el hombro. Lo sujetaba fuerte con una de sus manos, mientras, con la otra, acompañaba la de la muchacha, meciéndola suavemente.

—Dime, Dagi: ¿por qué tiembas si estás entre amigos?
—preguntó el Maestro.

—Tengo miedo —murmuró ella.

—¿Miedo?

—Sí... La ciudad de donde vengo fue arrasada, desde entonces vivo de aquí para allá y el miedo me vence. Las sombras me persiguen, no puedo confiar en nadie — contestó.

—¿Fue hace mucho?

—No, apenas un año. Quizá menos o algo más. No sé en verdad cuanto hace de ello. Perdí la noción del tiempo entre bosques, nieves y aldeas.

—Te vestes con telas extrañas para una joven dama.
¿Acaso eres guerrera?

—No soy guerrera, aunque bien sé de artes marciales; discípula del gran maestro Okina fui —contestó con denotado orgullo, tras tragar un momo casi por entero.

—¡Okina! Sí, su nombre me es conocido. ¿Cuál es tu pueblo?



—Vengo de mi amada Silvilia, de las tierras bajas del lejano sur, ciudad de bienes donde la costa es bañada por el bravo mar y la blanca nieve nunca está. Allí, con tristeza y dolor, pude ver brotar el mal. Poderosos y terribles se adentraron en la región arrasando aldeas y ciudades enteras.

—¿Quiénes? —interrumpió el Maestro.

—¡Los demonios que todo lo destruyen! Temo que cualquier día puedan aparecer tras de mí para devorar mi alma.

Budy escuchaba perplejo: ¡El bravo mar! Había oído hablar al Maestro de esa gran masa de agua salada llena de peces, pero nunca la había visto y...

—¿Demonios? ¿Qué demonios? Aquí estarás a salvo de cualquier demonio —afirmó sonriendo a Dagi mientras le apretaba su mano con confianza.

—No —negó ella, inquieta, fijando sus ojos en él y abriéndolos temerosos—. Donde yo vivía había muchos hombres fuertes, cientos de valerosos guerreros y no pudieron detenerles. ¡Son muy fuertes, malvados y crueles! ¡Son invencibles!

—¿Y Okina? —preguntó el Maestro.

—¡Acabaron con Okina y con todos sus discípulos! —exclamó la muchacha con la voz rota y rompió a llorar.

—Lo siento mucho —la consoló el Maestro con cara de preocupación.

—Vaya —murmuró Budy.

Por un momento los tres callaron.

Dando cortos pasos prosiguieron su camino, hasta que el Maestro paró de pronto. Pensativo, se volvió, puso la mano sobre el hombro de Dagi y como dueño de toda verdad, fijó su vista cansada y penetrante en la de ella.

—Okina era tu padre ¿verdad? —le preguntó.

—Sí —aseguró ella y quedó en silencio, su barbilla se arrugó entre temblores y de sus hermosos ojos volvieron a surgir lágrimas de pena que acabaron en llanto.

—Te recuerdo bien, aunque eras muy pequeña. ¡Ya estás hecha toda una mujercita! Okina fue uno de mis mejores discípulos, bravo y noble como ninguno —aseguró el Maestro.

—Mi amado padre siempre habló mucho y bien del templo de Shambala.

—Has venido buscando mi humilde morada. ¿Es así?

—Creí que aquí, a tu lado estaría segura. Temo mucho que esos terribles demonios me persigan y mi cuerpo sea poseído, como les pasó a los demás. ¡Es horrible!

—Háblame de esos hombres que aterrizan tu alma.

—No son hombres, son demonios en verdad. Les llaman los Siete Jinetes del Mal y lo devoran todo a su paso; nada puro e inocente sobrevive, el bien queda corrupto y maldito. Los hombres nobles quedan sin alma, se la arrebatan y los convierten en inmisericordes guerreros del mal. ¡Están preparando un ejército villano, terrible, con el que conquistar el mundo!

—¿Oíste el nombre de Mahishasura? —preguntó el Maestro, levantando la vista al cielo, y cerró los ojos como esperando un no por respuesta.

—¡Ese es el amo!

—¿Seguro?

—Sí. Es el dueño y señor de los demonios que todo lo destruyen, que todo lo matan. No lo vi, pero hablaban de él constantemente, como si le esperaran.

—Mahishasura —susurró el Maestro con cierto pesar.

—¿Sabes quién es? —preguntó Dagi.



El Maestro afirmó con la cabeza y siguió andando, mostrándose muy serio.

Budy notó la fuerza de la preocupación que se hizo dueña del amable corazón del anciano, pues su cara había perdido el lustre de la alegría y la bondad que siempre le acompañaba. Ahora reflejaba una sensación amarga que nada bueno transmitía.

—¿Estás bien, Maestro? —preguntó sorprendido.

—Sí, mi pequeño Budy.

—¿Maestro? —insistió.

—Dagyi dormirá en tu compañía, deberás guardarla de todo mal —le dijo ignorando su insistencia.

—¿Conmigo?

—Sí, Budy. Tiene miedo, ha de dormir con un hombre valiente que proteja su sueño. Tu habitación es ancha y estás solo, eres el menor de mis discípulos y me temo que ella necesitará de ti muy pronto.

Budy quedó en silencio, un tanto preocupado, arrugando los labios de lado a lado. Observó a Dagyi de soslayo, sin soltarle de la mano, la cual también le miró de reojo, con los ojos hinchados de tanto llorar.

—¿No me robará nada? —preguntó Budy.

—No, no lo hará —replicó el Maestro.

—¿Seguro?

—¿Qué te puede robar?

—¡Los momos!

El Maestro sonrió y pasó la mano cariñosamente por la cabeza de Budy, el cual asintió y dirigió la mirada de lado, frunciendo las cejas, para ver aquella joven extraña que se hacía con parte de su habitación y que le asía de la mano, con fuerza, como si fuera su hermana mayor.

Dagyi observó con interés el templo que se levantaba frente a sus pies. Acompañada por el Maestro y Budy subió las empinadas escaleras, galardonadas con dos grandes dragones de mármol blanco, uno a cada lado. Llegaron hasta una gran sala bordeada de talladas columnas, donde resaltaba una escultura de la divina Madre Devi, esposa del gran Shiva, que hacía de recibidor sosteniendo las flores de la alegría y de la tristeza en sus manos de piedra.

—Descansa ahora, hablaremos más tarde. Si tienes hambre, come. El pequeño Budy te mostrará el templo y su habitación, que es la tuya. Él te ofrecerá aquello que necesites, solo has de pedir en conciencia —dijo el Maestro.

Dagyi miró al muchacho y este le sonrió simpático.

Luego el sabio anciano se marchó preocupado, con las manos asidas tras la espalda, cruzando los pulgares en círculo, una y otra vez.



CAPÍTULO 2

LA NOCHE GRANDE DE LA PRIMAVERA

—¡Nuestra habitación! —exclamó Budy e invitó a Dagi.

La cálida luz del sol primaveral atravesaba las suaves nubes del valle, bañando la humilde habitación de Budy a través del ventanal. Apoyado en el marco de la puerta, el jovencito miraba a Dagi, mientras ella lo estudiaba todo. Y la vio triste. Rápidamente preparó un lecho de gruesa lana, al lado del suyo, con pieles y mantas de lino.

—Dormirás aquí y no temas, conmigo estás a salvo de todo —dijo Budy, valiente.

Ella no pudo más que sonreír tímidamente.

—¡Si dormimos! —exclamó el jovencito.

—¿Y eso? ¿Acaso tú tampoco puedes dormir? ¿Tienes pesadillas, miedos?

—¿Yo, miedo? ¡No! ¡Esta noche hay una gran fiesta! —exclamó Budy, tratando de animarla, moviéndose alegre a su alrededor, abriendo los ojos en grande y agitando las manos. Y se sentó de un gracioso salto en su lecho.

Dagi le observó un tanto atónita y se sentó al lado.

—Tienes un pelo muy bonito, tan largo y blanco —murmuró ella acariciándolo.

—¿Te gusta?

—No eres de aquí ¿verdad?

—No. Bueno, ahora sí. Llegué solo y triste, como tú, y ahora este es mi hogar y soy feliz. ¡Aquí todos somos felices!

—contestó Budy de forma inocente—. Pero vamos, esta noche es la gran fiesta de la primavera, debes de arreglarte si quieres estar bonita. ¡Viene gente de todo el valle y de más allá! ¡Habrán juegos, cuentacuentos y momos!

Ella sonrió al ver el empeño que Budy ponía en hacerla sentir bien. Aquel muchachito no sabía lo mucho que había sufrido. Hacía tanto tiempo que no se divertía en una fiesta, que le pareció imposible y más con la pena que arrastraba.

—¡Vamos! —insistió Budy.

Dagyi se miró el cabello, sus vestimentas.

—Déjalo, no tengo ánimo. Además, mírame: no tengo ropas apropiadas. Estas están sucias, hechas jirones, parecen trapos y estoy tan cansada. Mejor me quedo en la habitación —murmuró tristonamente.

—¡No! ¡Tienes que venir! Te buscaré un bonito vestido, yo sé donde encontrarlo. Ven conmigo. Las lecheras del templo seguro que te proporcionarán lo que precisas, pues tienen hijas de tu edad. ¡Quizás son más viejas!

—¿Más viejas?

—Bueno, sí. Algo mayores que tú, pero creo que poco.

—Pero yo...

—¡Hazlo por mí! ¡Por favor, por favor, por favor!

—Te has portado tan bien conmigo. Bueno, si es así. Pero no son viejas.

—¡Bien!

—Budy, dime: ¿por qué te preocupas tanto por mí? No tienes que hacer esto, apenas nos conocemos. No sabes nada de mí.



—¿Por ti? Si no me acompañas, yo no podré ir tampoco y me moriré; pues te tengo que cuidar y velar tus sueños. Así me lo pidió el Maestro y yo siempre cumplo, como es mi deber. ¡Tienes que venir! ¡Y además habrá momos calentitos!

—¿Por ti? ¿Momos? Ah, es por eso. Aquí tienes —dijo Dagi un tanto decepcionada, señalando el saco de momos que les había regalado Irleka.

Budy la miró a los ojos y luego, agachó la vista.

—No es por mí, ni por los momos —dijo tomando la mano de la muchacha.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—La verdad es que no quiero que estés triste, que tengas miedo.

Dagi sonrió.

—De acuerdo. ¡Iremos a esa fiesta!

Dagi fue la estrella de la fiesta de la primavera que avivó la noche en la aldea, en especial para el joven Irle, que quedó más que perplejo al verla de nuevo. Su notable presencia despertaba rumores, curiosidad y gracias entre los aldeanos conforme paseaba asida de la mano de Budy, el cual, orgulloso y alegre, vestía como un hombre joven, con pantalones largos y peto de cuero en vez de lucir la sagrada túnica morada. Ella paseaba hermosa, vestida de mujer, con telas de suave lino y rosada seda, adornada con flores y vistosos colores. Todos saludaban al pequeño Budy y sonreían a la joven. Pero nadie les dijo nada; aunque era bien atendida, desconfiaban de ella.

El sonido grave de dos trompetas dung chen de cobre sonó con fuerza, casi dos metros de viento avivados por los monjes anunciaban la presencia del Maestro. Las largas

trompetas sonaron por tres veces más y se hizo el silencio. Los jóvenes convocados se concentraron en la plaza, frente a un pequeño escenario preparado para la ocasión. La gente de la aldea y los llegados de otras tierras se reunieron en torno a ellos.

Eran dieciocho los jóvenes. Vestidos con túnica roja y faja blanca esperaban en pie, formados por parejas, con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada.

Entre ellos estaban Irle y Leka.

—¡Vamos, quiero ver el ritual bien cerca! —exclamó Budy tomando de la mano a Dagyi y se acercaron a la primera fila—. ¡Yo también seré un hombre joven pronto! ¡Tal vez en unos años... o al otro!

Dagyi le siguió atenta ante tanta fiesta y movimiento. Sentándose a su lado, observó curiosa a los jóvenes que se reunían en el centro de la plaza. La ceremonia de iniciación, desconocida para ella, prometía ser emocionante por el fervor que causaba en la gente. Pronto se fijó en los dos muchachos que la habían pillado robando, en especial en aquel que la había golpeado con el duro cedro: el tal Irle.

Al cabo de unos minutos apareció el Maestro y se alzó sobre el altar.

—Sentaos y escuchad —dijo con tanta rotundidad como amabilidad.

Los muchachos obedecieron, inquietos por el ansia de que llegara el momento en que fueran reconocidos como hombres jóvenes ante todos, por superar la prueba.

—Pronto marcharéis lejos de vuestro hogar, más allá de las montañas sagradas. Sabiduría y paz habéis de traernos, pues para ello conocisteis el bien y el mal. Discernirlo es ahora vuestra labor y honrarnos vuestro deber. Ya no sois



niños ni adolescentes, sino hombres jóvenes y con vuestro regreso seréis hombres.

Tras decir estas palabras, el Maestro levantó los brazos y, de pronto, ante la expectación de cuantos allí se congregaban, dos llamas de fuego, surgidas de ambos cántaros de piedra del altar, iluminaron con repetidos destellos sus lados, alzándose por tres metros o más, para quedar reducidas y prendidas como teas. Acto seguido juntó las yemas de los dedos, posó las manos sobre el pecho y cerró los ojos meditando.

Los jóvenes le siguieron y un silencio abrumador se hizo en la aldea.

—¿Qué hacen? —preguntó Dagi.

—Chiiiiist... Te van a oír, están preparándose —contestó Budy.

—¿Preparándose? ¿Para qué?

—Chiiiiist —insistió Budy con el dedo índice en la boca y una mirada de regaño.

Dagi hizo una mueca de “yo no he sido”, se quedó callada y giró la vista hacia los lados. Todos permanecían en silencio. Miró al joven que la había sacudido con el palo de cedro. En ese momento Irle abrió un ojo y la vio, sintiéndose observado. Entre toda la multitud solo la veía a ella, tan linda, y volvió a cerrarlo. Lo abrió de nuevo y ella le sonrió. Y volvió cerrarlo... ¡Aterrorizado!

El Maestro se irguió con una profunda exhalación y todos le siguieron, imitándole a la perfección. Extendió los brazos y los jóvenes inclinaron la cabeza como respetuoso saludo. Después se alinearon y se enfrentaron entre ellos en un simulado combate, con artes precisas. Más bien era un atractivo baile marcial que lucha alguna. Los pasos dados

estaban sincronizados y ningún golpe alcanzaba su destino. Pero sobrecogían los rápidos movimientos y los gritos aunados que al aire lanzaban los jóvenes discípulos.

Dagyi atendía impresionada ante aquella danza, temiendo que, con cada nuevo ataque, con cada nuevo grito de la exhibición, algún golpe hallara un destino. No ocurrió. Los discípulos estaban entregados y muy bien preparados. A su lado, Budy sonreía extasiado, pensando que pronto estaría él ahí también, mostrando su valía como hombre joven. Con un golpe final al aire, el grito de muchos, hecho una sola voz y un movimiento sincronizado, terminó la lucha.

El Maestro se dirigió a ellos abriendo los brazos y, extendiendo las manos, dejó las palmas hacia arriba. Los discípulos se quitaron la faja blanca y se desvistieron las túnicas, quedando nalgas al aire, con un corto faldón de lino que apenas les cubría nada. Doblaron las vestimentas con cuidado y las colocaron al lado de cada uno; comenzaron a andar en fila india, hasta subir por la escalera y saludar con una leve reverencia en la mesa del altar a la gente que allí estaba.

Dagyi miraba anonadada y se fijó de nuevo en Irle, el cual comenzaba a bajar los escalones y pensó: ¡Qué guapo es!

Irle la vio, se sintió de nuevo observado y se puso muy nervioso. Tanto que tropezó y cayó al suelo rebotando sobre los escalones como si fuera un tronco hueco, para quedar boca abajo en tierra con las nalgas en alto. Distráido ante la mirada penetrante de Dagyi, el muchacho se había confundido y midió mal el paso y la altura del escalón, cayendo de forma tan humillante. Era algo increíble que un hombre joven cayera en plena ceremonia. Avergonzado, se levantó rápido, bajo la atenta mirada de la vieja Irleka, la cual no comprendía su torpeza.



¿Es posible que no esté preparado? No, sin duda lo está —se dijo el Maestro mientras le observaba reponerse. Luego, atento a todo, fijó su vista en Dagi y la vio reír cruzando la mirada con la de un desconcertado Irle. Entonces comprendió y sonrió.

Formados de nuevo los jóvenes en la plaza, frente al altar, el Maestro encogió los brazos y volvió a extenderlos con fuerza abriendo las manos. Una fina polvareda, brillante como el oro, se alzó al aire para abatirse sobre ellos, impregnando su piel. Y de pronto, salieron corriendo hacia el arroyo, tal cual fueran diablos en pena, chillando como locos, ante el griterío y las risas de toda la aldea.

—¡Rápido! ¡Rápido! —gritaba la gente.

Dagi no entendía nada.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —preguntaba insistentemente, alzándose para verlos correr.

—¡Es el polvo de fuego! Quemará sus vínculos con la niñez y los hará hombres jóvenes, así serán resistentes al calor del fuego y al frío de agua.

—¿Del agua?

Entonces se comenzaron a oír los alaridos tremendos que los jóvenes lanzaban al aire desde el arroyo de aguas cristalinas, aguas tan frías como el hielo que la formaban en la alta montaña. Saltaban y tiritaban, sumergiéndose y restregándose el cuerpo, limpiando el polvo de fuego de sus cuerpos entre gritos y risas heladas.

Los últimos destellos del sol se apagaban cuando los discípulos salieron del arroyo y corrieron de nuevo ante el Maestro. Permanecieron frente a él, con las manos cruzando el pecho, abrazándose, buscando calor, hasta que llegó el último de ellos entre temblores, pero valiente. El castaño

de los dientes de los jóvenes se escuchaba con claridad en el silencio que envolvía la plaza, entre cortos grititos producidos por agudos escalofríos. Pero se mantenían firmes esperando su momento, ninguno cayó ni desistió.

Todo el mundo estaba pendiente de ellos, las familias aguardaban orgullosas, manteniendo en sus manos toallas de lino para cubrir a sus hijos; mirando al Maestro, esperando impacientes que diera por superada la prueba.

—¡Hijos del Brahman sois, con orgullo he de decir! Ahora deberéis marchar, pero antes, ¡que empiece la fiesta! — exclamó el Maestro.

Una gran algarabía resonó en Shambala apenas acabadas aquellas palabras. Las madres cubrieron a sus hijos y los tambores nga, grandes y pequeños, comenzaron a resonar con fuerza. El fuego de las hogueras se avivó, las brasas estaban preparadas y el licor comenzó a correr entre orgullosos padres y no menos complacidas madres, mientras se preparaban las mesas con bollos calientes, momos y choptas crujientes.

Vestidos de nuevo con prendas de hombres, los discípulos se mostraban altivos y deseosos de mostrar su valor y destreza. Pronto entablaron juegos de saltos, burlando las llamas de una ancha hoguera con arriesgadas cabriolas. Y corrió Leka con una vara de dos metros, para saltar por encima de las tremendas llamas, jaleado por las gentes y ante la orgullosa mirada de la vieja Irleka. Hundió la vara un metro ante la hoguera y se elevó por el aire, usándola de pértiga; arrastrándola con él, cayó con los dos pies por delante, clavó la rodilla en el suelo y saludó con una ancha sonrisa.

—¡Fantástico!

—¡Muy bien!



Irle apretó los labios ante una burlona y desafiante mueca de su hermano, y tomó una larga vara confiado en sí mismo.

—Es mi turno, más alto volaré —aseguró.

Comenzó a correr, pues en verdad no era para él un reto aquella cabriola que ya había realizado en múltiples ocasiones, siempre con éxito. Pero, de pronto, sus ojos se cruzaron de nuevo con los de Dagyi.

Ella saludó levemente, alzando un poco la mano sin levantar el brazo.

Irle sintió acelerarse el pulso.

¡Es ella! ¡Me está mirando! —se dijo en silencio y todo su cuerpo tembló en la carrera.

La vara se clavó en tierra, pero no arqueó con fuerza: aquella pequeña distracción le había impedido medir bien. No llegó a atravesar la hoguera y cayó sentado sobre las ascuas, prendiéndose en llamas sus pantalones.

—¡Ah! ¡Me quema! —gritó alzándose rápido y corrió de lado a lado, dando graciosos saltos y golpeándose la parte trasera de los pantalones ante la mirada atónita de todos. Rodó por el suelo intentando apagar el fuego, mientras su hermano lo golpeaba por detrás con una manta y la gente reía sin parar.

—¡Me quema! ¡Me quema! ¡Me quema!

Un golpe de agua apagó la llama.

Irle giró la vista y vio a Dagyi con aquella sonrisa tan bella y sus hermosos ojos azules fijos en él. Y con un cubo vacío en la mano. Sintió mucha vergüenza. Se levantó con una mal disimulada sonrisa, sonrojado y bajando la vista.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí, sí —dijo alejándose erguido, como si nada hubiera ocurrido, con los pantalones chamuscados, ante la sonrisa de la joven y la sana burla de sus compañeros.

—¡Se quemó el culo! —exclamó uno.

—¡No podrá sentarse en muchos días! —apuntó otro.
Irle se giró y todos callaron.

En cuanto volvió a caminar, siguieron las risas.

Los demás muchachos continuaron con sus saltos y cabriolas, divirtiéndose mientras se repartía una opulenta pitanza: carne asada, pollo agridulce, hortalizas rebozadas, abundante grano y momos de yak.

—Me encantan —aseguró Budy dándole un momo a Dagi, la cual todavía seguía riendo pensando en Irle y sus quemadas posaderas.

Durante la cena, una gran fiesta recorrió la plaza entre risas y decires. Irle, repuesto, buscó un sitio cercano desde donde observar a la joven extraña que le hacía cometer tantas tonterías. En verdad deseaba estar cerca de ella, conocerla. La vio reír junto a Budy y a otras muchachas, las hijas de la lechera, las cuales le habían prestado la ropa y hablaban con ella interesándose por sus dichos y decires.

—Dile algo —le apremió su hermano Leka.

—¿Yo? ¿Qué la voy a decir?

—Que por ella bajas los escalones de cabeza... ¡ja!

—¡Te mataré!

—Que por ella tienes las posaderas quemadas... ¡ja!

—¡Sí, te mataré ahora mismo! —exclamó Irle y salió corriendo tras su hermano, intentando apagar sus burlas, cada vez más descaradas.

—Si te agrada esa chica ¿por qué le pegas con el cedro? No es forma galante de conquistar a una señorita —sonrió Leka, para desespero de su hermano.

No fue desapercibida la carrera de los dos muchachos para Dagi y las demás muchachas.



—¿Quiénes son? —preguntó Dagi fijándose en ellos.

—Son Irle y Leka —respondió una de sus nuevas amigas.

—Pero tú ya los conoces —apuntó otra mostrándole con gracias un garrote de cedro.

—Son buenos chicos, aunque bastante creídos. Siempre quieren impresionar a los demás; se creen los más rápidos, los más atrevidos, los más listos —añadió Budy con un tono malhumorado, mientras devoraba momo tras momo.

—Razón por la cual son bastante populares, además de por ser los nietos de la anciana Irleka. Pronto partirán, pues ya son hombres jóvenes —añadió una de las muchachas.

—¿Partir? —preguntó Dagi, ávida de saber.

—Sí, como manda la tradición, marcharán en unos días, viajarán, trabajarán y conocerán mundo. Volverán hechos hombres. Entonces elegirán a la mujer que será su esposa y, si esta acepta, compartirán sus experiencias y formarán una familia —respondió otra de las hijas de la lechera.

—Son muy guapos y fuertes ¿verdad? —le dijo la primera, con picardía.

Dagi arrugó la nariz, asintiendo ruborizada y con una gran sonrisa.

—La verdad es que muchos de los discípulos ya han elegido y saben dónde ir a buscar, por eso vuelven pronto y sin apenas saberes nuevos que compartir —expuso la más altiva, restando importancia a la salida de los jóvenes en busca de aventura y saber.

—¿Y si no vuelven? —preguntó Dagi.

—Siempre vuelven. Aunque a veces no les acompaña la suerte y regresan sin nada o con mucha hambre —apuntó la más bajita de ellas.

—A menudo se pierden y salen los padres en su búsqueda, pero a nadie lo dicen.

Dagyi se quedó con la boca abierta.

—¿Te gustan? ¡Pues cualquiera se les acerca! —exclamó otra de las jóvenes que rodeaban a Dagyi, perspicaz con la mirada que ella les regalaba a los muchachos.

—¿Y eso? ¿No han escogido? —preguntó ella.

—No, aún no tienen elegida esposa. Yo me quedaría con los dos. Pero la vieja Irleka impone mucho respeto —aseguró la más bajita.

—¡A ver quién la quiere por suegra! —exclamó la más alta.

—Viven alejados de la aldea, en el pantano, y ninguna se atreve a dejarse ver por sus tierras, y siempre trabajando el arroz. Además, en el invierno allí hace mucho frío y en verano se llena de mosquitos. Es mejor un marido que viva en la aldea —añadió una de las muchachas.

—Creo que no voy a comer más momos —bufó Budy con la boca llena.

Los jóvenes seguían corriendo y Leka, astuto como pocos, se dirigió veloz hacia ellas. Dagyi les miró sorprendida, Budy arrugó los labios y las demás chicas se apartaron al verles llegar. Leka corrió entre las muchachas y ladeó a Dagyi hábilmente, situándola ante la carrera de su hermano, el cual tropezó con ella sin más remedio, de frente. Ambos cayeron, quedando sentados en tierra, al amparo de las risas de Leka y de las demás jovencitas.

Budy no reía.

—¡Déjala! ¿Qué haces? ¿No tienes ojos en la cara? —le espetó, ayudando a Dagyi.

—Yo, lo siento. Perdona. No la he visto, mi hermano... —acertó a decir Irle.

—No quieras engañarme, el Maestro os dirá si no la



dejáis en paz. Yo la cuido y nada le ha de pasar —afirmó Budy, valiente, posándose delante de ella.

—No te enfades Budy. Estamos de fiesta, es un tropiezo sin maldad —aseguró Leka, sonriendo a las chicas y ofreciéndole una linda flor a Dagyi.

Irle, sentado aún en el suelo, se sintió vencido y humillado. Se alzó lentamente y dio dos pasos hacia atrás. Disculpándose, se alejó rumiando palabras vanas.

—¿Tú no me traes una flor? —le preguntó Dagyi.

Budy la miró y arrugó los labios.

Irle, de espaldas, abrió los ojos como nunca al oír aquella bella voz que hizo latir con fuerza su corazón.

—¿Yo? Sí, claro, te he de traer la flor más hermosa —le contestó, girándose con el ánimo encendido y una gran sonrisa en la boca. Y salió corriendo, perdiéndose en la oscuridad; ni tan siquiera su hermano Leka pudo alcanzarlo.

Dagyi levantó las cejas, emocionada. Miró a las demás muchachas y todas rieron con ganas.

Budy no entendía nada. Era tarde, el sueño le vencía y ya no podía comer más momos.

Como si le hubiera visto en su bostezo, el Maestro llegó frente a él, regalando a las muchachas un amable saludo.

—Vamos, es tarde —les dijo a Dagyi y Budy.

—Ya no me caben más momos —aseguró Budy como si ello fuera una tragedia.

—Acompaña a nuestra invitada al templo, glotón, y descansad. Mañana no es fiesta y hay mucho que hacer —le ordenó amablemente, posando una mano sobre el hombro de Dagyi.

—Pero yo... —dejó escapar la muchacha, un tanto inconforme, pensando en Irle y la flor que había ido a buscar para ella.

—Descansa ahora, Dagi Okina —se impuso el Maestro—. En verdad estás agotada, debes reponer fuerzas. Budy te acompañará, yo iré enseguida. Ya habrá tiempo de diversión. Ahora, los discípulos del oráculo del Brahman han de descansar. El resto de la noche es para los hombres jóvenes.

—Sí, Maestro —asintió Dagi tomando la mano que Budy le ofrecía—. ¿No quieres otro momo? —le dijo con una sonrisa, viéndole a punto de reventar.

—No, mejor no —negó Budy profiriendo un pequeño y mal disimulado eructo.

Irlé, ausente de lo que acontecía en el pueblo, recorrió el valle hasta la parte más recóndita, atravesó la maleza y escaló duro la montaña para llegar a un humedal de aguas frías donde había un estanque que bien conocía. Penetró en él, alcanzando el agua hasta más arriba de sus rodillas, y tomó la más bella de las flores de loto que allí se hallaban. Era rosada, grande y de suave aroma. Sonrió tiritando de frío, contemplando la flor. Seguro que a ella le encantaría. Salió del estanque con prisas, con tan mala fortuna que resbaló y cayó de lado. Se mojó por completo, llenándose de barro y pequeños tallos de plantas acuíferas. Y se alzó remugando. Sobresaltado, miró la flor, pues se movía y del susto volvió a caer.

Una pequeña rana asomó entre los pétalos y saltó.

El joven se levantó, miró a la rana, resopló y salió del estanque para descender rápidamente por la montaña y cruzar la maleza de nuevo, rasgándose con las espigas de los tallos y golpeándose con alguna que otra rama. Corrió hacia la aldea con la flor de loto en la mano, emocionado como nunca, pensando qué le diría a aquella jovencita de



ojos azules que hacía latir con fuerza su corazón y temblar sin reparo sus rodillas.

Pero a su regreso, ella no estaba, nadie le esperaba.

—¡Se fue con Budy! —exclamó una de las hijas de la lechera, riéndose de él.

—¿Acaso creías que te iba a esperar esa ladrona? —preguntó otra de ellas.

—¿Es para mí? —sonrió la más bajita, dejándose querer y señalando la flor.

—Dámela a mí —dijo la más altiva, con una sonrisa encantadora.

—No. Dejádme —contestó lrlle dando media vuelta.

Y se alejó muy triste del lugar, con la flor de loto colgando de su mano.



CAPÍTULO 3

EL SECRETO DE IRLE Y LEKA

“Querido Budy, has crecido fuerte y sano; eres un hombre joven, tan apuesto y noble como el que más —afirmó Irleka mientras levantaba su dedo índice señalándole—. Como mandan nuestras ancestrales tradiciones, ahora eres un peregrino y solo volverás a Shambala cuando encuentres sabiduría que aportar a nuestro hogar. Debes prepararte para la ceremonia de esta noche, el Maestro te espera ansioso y no debes decepcionarle. El fuego purificará tu alma y el agua calmará su calor...”

Todo quedó en la nada.

Como todas las mañanas, tres fuertes golpes en la puerta despertaron a Budy y acabaron con sus sueños de hombre joven. Por un momento, deseó seguir durmiendo, viviendo ese sueño que le convertía en un osado peregrino, un aventurero sin miedo que atravesaba valles y montañas desafiando cualquier peligro. En vez de ello, de un salto, se sentó en la cama.

Tenía que levantarse, era la hora. Se desperezó estirando los brazos y abriendo la boca exageradamente, mientras escuchaba golpear las puertas de las habitaciones contiguas. Se restregó los ojos y, al momento, quedó pendiente de

Dagyi, la cual dormía plácidamente. La había olvidado por completo y se cubrió la cintura con cierto apuro.

—¿Tengo que despertarla? —se preguntó después.

Puso un pie en el suelo y lo encontró frío y húmedo, y buscó sus sandalias. Se asomó a la ventana de la habitación, maravillándose con aquel precioso paisaje que se extendía ante sus ojos. Vio una manada de unos doce monos de cola roja que corrían y brincaban sobre los muros, entre los árboles y los techados del templo, gritando y saltando al nuevo día, buscando algo que robar en la cocina o en alguna habitación de ventanales distraídos.

Entre tiritones fue a su lecho, tomó una humilde túnica morada y se vistió, cubriendo su cuerpo con varias vueltas de cinto. Volvió a la ventana y tomó del alfeizar una pequeña palangana de barro, la cual tenía un dedo de agua escarchada que le había regalado la noche y el rocío de la mañana. La aprovechó para lavarse la cara y los dientes, se alisó el pelo con las manos y se apresuró a salir. Cerró la puerta, se quedó apoyado en ella por un momento y la volvió a abrir. Desconfiado, asomó la cabeza: allí seguía, dormida como un tierno bebé, aquella jovencita llamada Dagyi y miró al interior de la austera habitación, a un lado y a otro.

—Pues no, no hay nada que robar. Y si se lleva unos momos, tampoco pasa nada —murmuró antes de cerrar de nuevo.

A lo largo del corredor de piedra, los demás muchachos iban apareciendo entre bostezos matutinos, poco a poco, con los ojos hinchados, frotándoselos. Todos habían trasnochado y la noche de fiesta se hacía sentir en sus pequeños cuerpos. Pero ninguno se quejó; por el contrario, se mostraban contentos y agradecidos.



En fila caminaron hasta el comedor del templo, donde entraron ordenadamente. Una alargada mesa de madera, que alcanzaba toda la sala, les esperaba. Cada uno de ellos recogió un cuenco de frutas de la huerta y otro de arroz hervido en la ventanilla de la cocina, situada en la pared interior de la entrada; y se dirigieron hacia los largos bancos en busca de su sitio de costumbre. Las jarras de leche caliente humeaban sobre la mesa, junto a los cuencos y cubiertos, podían servirse con total libertad tanta como quisieran. Pero fruta fresca solo había la que había, no más, por ello era muy apreciada, en especial los higos de la higuera de la sabiduría.

Desayunaron con cierta ansiedad, recuperando fuerzas con las que levantar el ánimo ante el nuevo día. Sin embargo, Budy apenas pudo comer, todavía se hallaba hinchado: demasiados momos. En el comedor reinaba una la tranquilidad. Nadie comentaba nada que rompiera aquel silencio, no era de buena educación hablar comiendo y menos con la boca llena. Ni tan siquiera murmuraron sobre la fantástica fiesta de la noche de la primavera que habían pasado bailando, riendo, bebiendo hidromiel, comiendo pollo agridulce y momos de yak. Cuando acabaron el desayuno, salieron ordenadamente de vuelta a los pasillos. Disponían de un tiempo libre para ordenar sus cuartos antes de comenzar la oración y las clases matutinas.

Budy se dirigió contento hacia su habitación, recorriendo el rústico pasillo del templo y observando los monos de cola roja tras sus pasos. Llevaba sujeta en las manos una bandeja con arroz, leche y unos higos. Y puso una mano encima cuando se acercó el primero de los monos. De pronto, los animales saltaron al tejado, huyendo rápido entre agudos gritos de espanto.

Budy se giró alarmado y vio que los hermanos Irle y Leka le seguían. No tenían que estar allí, en el templo. Ya eran hombres jóvenes y deberían estar preparándose para marchar. Budy sabía que, además de creerse los mejores, los dos hermanos eran bastante bromistas con sus compañeros, demasiado. Algunos incluso les tenían cierto temor. Pero él no y no le parecían bien sus bromas ni que siempre trataran de ser los más populares. Lo que a menudo se veía reflejado en una notoria indiferencia hacia ellos. Y los muchachos eran conscientes de ello, notaban ese rechazo y no les gustaba. Pero en cierto modo lo aceptaban, pues el pequeño Budy era el protegido del templo y preferían no relacionarse mucho con quien podría ocasionarles problemas con el Maestro.

Así, Budy desconfió de ellos cuando les vio acercarse dando unos pasos más rápidos, alcanzándole. Y se sorprendió mucho cuando Leka se le acercó sonriente, poniéndole una mano en el hombro.

—Hola Budy, espera, queremos hablar contigo.

—¡No os daré la leche, ni los higos! —exclamó Budy, a la defensiva.

—No, no queremos la leche ni los higos —aseguró Irle.

—El arroz tampoco os lo daré.

—Te he dicho que no queremos la leche ni esos higos ni el arroz.

—Son para Dagi, no os los daré.

—De verdad, no queremos quitarte nada —insistió Leka posándose ante de él.

—¿No?

—No, es otra cosa.

—¿De que se trata? —preguntó Budy con cara de pocos amigos.



—Verás, es un asunto muy importante para mi hermano Irle y sería mejor no hablarlo aquí, donde el viento puede llevar nuestras palabras a oídos de los demás. Es un tema delicado. Hoy pasaremos el día en el templo antes de partir y quizá mañana también.

—¿Qué te parece si quedamos al atardecer en nuestro oráculo secreto? —preguntó Irle, de una forma demasiado amable.

—Bien sabes donde está, pues eres muy observador, aunque bien lo disimules —continuó Leka.

Budy permaneció callado, intentando discernir si querían tomarle el pelo o en verdad precisaban de su ayuda. ¿Qué podrían querer? Pensó, conociéndolos como los conocía, que querían gastarle alguna broma de las suyas. Dudó si se atreverían, pues el Maestro les castigaría duro, sin duda. ¿O tal vez sí se atreverían? Por la mente de Budy pasaron inquietantes imágenes en las que se vio así mismo desnudo, embadurnado con grasa de yak y recubierto con plumas de pollo, y a los jóvenes del templo riéndose a su alrededor, señalándole con el dedo; vergüenza por la que habían pasado los incautos que habían caído en las trampas maliciosas de Irle y Leka.

—Escucha Budy, sé que no somos de tu confianza... Pero Irle te necesita. Tú eres la única persona capaz de ayudarle. Ven esta tarde y te contaremos —insistió Leka con voz amable.

—Te esperamos. Ven, por favor —le dijo Irle y puso en la bandeja la flor de loto que había recogido para Dagi la noche anterior.

Budy asintió al ver la flor, un tanto confundido. Acto seguido retomó su camino sin quitar la vista de los dos hermanos, viéndoles alejarse. Llegó a la habitación, abrió y

cerró la puerta; no sin antes echar un último vistazo para comprobar que el pasillo estaba despejado. Y vio cómo los monos regresaban con los ojos puestos en la bandeja.

—¡Quietos! —les espetó con gracia, alejándoles de sus intenciones con un portazo.

Mientras hacía la cama y ordenaba las mantas, Budy no podía dejar de pensar en las palabras de Irlle y Leka. Que los hermanos pidieran favores no era normal, no recordaba ninguna vez que ocurriera eso.

—¿Qué estarán tramando ese par de dos? ¿Para qué pueden necesitarme? —se preguntaba.

Dagyi todavía dormía, plácidamente.

—¿Cómo puede dormir tanto? —murmuró quedando absorto en ella.

Después dejó la bandeja junto a ella y le sacudió levemente el brazo con la mano.

Sin respuesta, insistió por dos veces.

—¿Eh? —preguntó la muchacha con una débil voz y entreabriendo tímidamente los ojos.

—Te dejo aquí el desayuno, la leche está caliente. Te he traído higos, están muy dulces.

—Sí. Sí, déjalos ahí. Gracias —susurró ella abriendo levemente un ojo y quedó dormida de nuevo.

Sin más, el pequeño Budy salió de la habitación. Sentados en la tapia de enfrente había tres monos de cola roja, vigilantes, esperando impacientes. Budy les lanzó un momo a cada uno de ellos que, entre gritos exigentes, los agarraron para saltar al techado y desde allí a los árboles lindantes, subiendo a las copas más alta para comerlos.



La oración de la mañana y las clases iban a comenzar.

Irle y Leka saludaron amistosamente a Budy nada más entró al oráculo de la divina Madre Diva, lo que provocó el revuelo instantáneo entre los demás discípulos. Durante la mañana la cosa fue en aumento, pues allí estaban de nuevo y para su sorpresa, los dos hermanos acompañándole en cada momento.

—¿Qué ocurre? —se preguntaban los discípulos.

—¿Es que el pequeño Budy es amigo de los nietos de Irleka?

—Pero si siempre anduvieron distantes.

—Algo traman.

—No se atreverán con Budy, tendrían que vérselas con el Maestro y no les salvaría ser los nietos de Irleka.

A la hora de comer, los dos jóvenes se sentaron al lado de Budy; algo que le incomodó bastante. Le lanzaban miradas de complicidad y le obsequiaron con parte de sus postres para hacerle sentir complacido. Incluso le dieron un momo de yak.

Budy no entendía tanta amabilidad.

Ni cómo aquel momo ya no le decía nada.

Siguió pensando en aquella extraña situación, pues Irle y Leka eran considerados líderes natos entre los jóvenes del templo, era impensable que se mostraran tan humildes con él, un niño y lo sabía, lo que le intrigaba en demasía.

—Debe de ser algo muy importante lo que os lleváis entre manos para que vosotros dos estéis todo el día tras de mí, que nada soy. Está claro que os esforzáis mucho para convencerme de que acuda a la cita —expuso Budy.

—Tú ven, ya verás. Siempre te lo agradeceremos, nada has de temer —le invitó Leka.

Por fin llegó la tarde y, después de meditarlo mucho, Budy decidió acudir a la cita. La curiosidad le venció, se moría por saber qué querían los dos hermanos. Además, los momos de Irleka eran simplemente deliciosos.

—¿Me traerán un saco de momos? Pero ya no quiero más momos —murmuró.

Bajó la gran escalera de caracol que iba de las habitaciones hasta el patio, lo cruzó rápidamente y llegó hasta el edificio más pequeño. El olor a comida impregnaba aquella zona día y noche, el arroz cocido y la cebada triturada se preparaba para parte de la aldea allí, en la cocina del templo. Caminó hasta unos frondosos setos que cerraban el paso en el jardín, tanteó ligeramente con la mano y encontró entre los tallos rápidamente el hueco secreto que llevaba al escondite de Irle y Leka. Como habían afirmado los dos hermanos, bien sabía dónde se hallaba.

A gatas cruzó por debajo del seto y entró en lo que los discípulos llamaban el oráculo de Irle y Leka. No era más que un espacio oculto en la arboleda, una pequeña cabaña trabajada con algunas maderas y arreglada por ellos, de no más de un metro y medio de alto y tres de ancho, que los muchachos utilizaban como “escondite secreto” para realizar sus reuniones lejos de los monjes y demás aprendices. Eran muy pocos los privilegiados que tenían acceso a dicho lugar, que pese a su tamaño era cómodo, acogedor y se encontraba bien decorado. El suelo estaba cubierto con una gruesa alfombra roja y varios cojines de lana lo rodeaban. En el centro, una pequeña mesita, con incienso y dos figurillas sagradas llenaban el espacio; y del techo colgaban telas de colores, campanillas y varitas huecas con pequeñas tallas de madera.

—Hola, Budy —le saludó Leka.



—Pasa, no te quedes fuera —insistió Irle.

—No sé qué queréis, pero soltadlo ya de una vez —dijo Budy desde la entrada, algo impaciente.

—Tranquilo —le frenó Leka—. Debemos confiar en tu buena voluntad, así que primero tienes que prometer que no se lo contarás a nadie.

—Pasa y siéntate aquí, con nosotros, entre los hombres jóvenes —le invitó Irle.

—Te hemos traído momos —apuntó Leka.

Budy aceptó el ofrecimiento con orgullo. Le trataban como a un hombre joven y eso le hacía feliz. Y traían momos. Momos. Ya no le apetecían más momos. Aún así los miró de soslayo, tentado de pegar un bocado.

Por unos momentos se quedaron los tres mirándose, sentados, esperando indecisos.

Budy estiró los brazos a la par que abría los ojos y levantaba el entrecejo.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Queremos que nos traigas un mechón del cabello de Danyi —le dijo Leka.

—¿Un mechón de Danyi? —preguntó un atónito Budy.

—Sí, ella descansa en tu habitación, a tu lado; te será fácil. Esta noche te haces con unas tijeras de buen filo y, tras un pequeño corte, lo tienes. Eso sí, debes esperar a que duerma profundamente. Nadie se enterará y así ella no se molestará —le insistió Leka.

—Pero yo no puedo hacer eso —aseguró Budy, perplejo ante aquellas palabras.

—¿Por qué? Sí puedes, claro que puedes —continuó Leka.

—Danyi está bajo mi cuidado. Así me lo pidió el Maestro y yo debo cuidarla, no cortarle el cabello. Además ¿para qué queréis un mechón? Seguro que para nada bueno.

—Seguro que lo entiendes tú, que ya eres casi un hombre joven. Escucha bien: nosotros marcharemos pronto, quizá mañana, a buscar honor y sabiduría, para volver como hombres. Pero Irle se ha enamorado profundamente... ¡Qué le vamos a hacer!

—¡Calla! ¡No es necesario que lo sepa! —exclamó Irle. Budy le miró sorprendido, con la boca muy abierta.

—¿Te gusta Dagyi? —preguntó Budy.

Irle asintió levemente, reacio a confesar sus sentimientos.

—¡Claro que le gusta! ¡Y mucho! —exclamó Leka.

—¿Mucho? —insistió Budy sin cesar en su asombro.

—Pues no ves que quiere llevarse un recuerdo de ella, para tenerla siempre presente durante la travesía.

—¿Sí? —insistió Budy.

—Cuando vuelva le pedirá que sea su esposa, para quererla y honrarla.

El pequeño Budy tragó saliva. Aquello era muy serio, más de lo que pensaba, y dirigió su mirada hacia Irle, arrugando la boca y alzando una ceja.

—¿La quieres para ti para siempre? —preguntó.

—Solo es mi deseo regresar pronto, con honor, para brindarle todo mi amor —confesó Irle un tanto incómodo.

Budy quedó en silencio, aún perplejo. Había pensado muchas cosas sobre qué podrían querer los dos hermanos de él, pero jamás se le hubiera ocurrido que le pidieran un mechón del cabello de Dagyi.

—En verdad no haces ningún mal con ello ni faltas a tu labor de protegerla —insistió Leka, viendo que no se decidía y ofreciéndole un momo—. Solo es un mechón de su cabello y harás tan feliz a Irle. Piensa en su pobre corazón, cuando esté tan lejos de ella. La quiere tanto. ¡Ya ves qué cosas! Tú lo entiendes, ya casi eres un hombre joven. ¿Verdad que sí?



Budy tomó el momo de la mano de Leka, sin apartar la mirada de Irle.

—¿Lo harás? —le preguntó el joven con interés, mordiéndose el labio inferior.

—Creo que lo guardaré para más tarde —contestó Budy tomando el momo.

—¿Pero lo harás? —insistió Irle.

—Lo pensaré, si es por amor...



CAPÍTULO 4

LOS DEMONIOS DE MAHISHASURA

El sol caía tras las montañas de Poniente en el florido valle de Shambala. La primavera había llegado con todo su esplendor. Un paisaje lleno de reflejos deslumbraba al pequeño Budy que, sentado junto al Maestro, sobre el muro de la terraza del templo, se maravillaba con aquel atardecer escuchando sabias palabras y observando el zigzag de los primeros murciélagos de la noche.

El anciano sentía verdadera simpatía por Budy y a menudo charlaba con él como si fuera un hombre joven, aleccionándole sobre algunos de sus secretos. Era su deseo que distinguiera por siempre el bien y el mal, que aprendiera a luchar y a defenderse de los peligros de la codicia y la ambición. No entendía el motivo, pero sabía que aquel muchacho era especial; le parecía tan sabio como noble y humilde. Además, Budy siempre tenía ganas de aprender más y más. No se cansaba nunca de preguntar y no olvidaba.

—Maestro ¿cómo pueden ser tan rápidos los murciélagos en la oscuridad con unos ojos tan chiquitos?

—Budy, tienes mucho que aprender de las maravillas de la naturaleza. No es necesario tener ojos para ver. Además, no todo se puede ver con los ojos. ¡Ciérralos!

El Maestro lanzó su mano al exterior y con un rápido golpe, tomó en su puño un pequeño insecto que pasaba volando, atraído por la luz del candil de grasilla que les alumbraba. Luego lo puso en una de las manos del pequeño, que la cerró instintivamente.

—Dime ¿qué ves?

—¡Qué fácil, una polilla! —contestó Budy.

—No, no te he preguntado que sientes, sino qué ves.

Budy estiró los labios y quedó pendiente de su puño.

Entonces, de pronto, extasiado, el pequeño abrió de golpe la mano y liberó aquella pequeña polilla temeroso de haberle producido algún mal, mirándola con la boca abierta en su vuelo incierto.

—Vida... He visto vida...

El maestro le miró orgulloso ante aquella respuesta y su reacción, tan rápida y sorprendente que sobrepasaba sus expectativas.

—Mi querido Budy, en ocasiones, tanto la luz como la oscuridad ocultan a la vista la auténtica verdad. Cuando busques y no encuentres, recuerda siempre que con el corazón puedes ver más allá de lo que los ojos te muestran. Así podrás hallar —le aseguró.

—¡Cuéntame más cosas!

El Maestro sonrió y le pasó la mano por la cabeza.

—En la naturaleza reside la sabiduría, un hombre ha de saber interpretarla. De ella procede el espíritu que habita en nosotros y en cada ser vivo, como el de esa polilla.

—Lo he visto, tenía mucho miedo la pobre. Por eso la solté —interrumpió el muchacho.

—Budy, eres todavía un niño. Tu alma es pura, inocente y noble. Pero ya has aprendido a pensar como un hombre. Ahora debes aprender a ver como un animal: a moverte



sigiloso cual pantera en la jungla, a observar como cuervo hambriento, a aullar como el lobo a la luna...

—Aauuh —aulló Budy al viento, por dos veces, estirando el cuello e irguiendo la cabeza.

—Está bien que aúlles con la fuerza del lobo, pero también has de saber trinar como los más bellos pajarillos del bosque. Pues la fuerza, sin armonía, se convierte en debilidad.

Budy le miró y volvió a aullar con más fuerza.

El Maestro hizo una mueca de paciencia observando cómo su discípulo estiraba el cuello y ladeaba la cabeza hacia los lados imitando a la perfección un lobo.

De pronto, Budy paró y se volvió.

—Pío, pío, pío —susurró con voz débil.

Los dos rieron cómplices de su confianza y sinceridad.

—¡Vamos, debes cultivar tu cuerpo y alma, equilibrar la mente! Para hacerte hombre debes comprender los ciclos de la vida, donde nada perdura y todo pervive.

Caída la noche, ambos pasaron un tiempo más sobre la muralla del templo realizando ejercicios de yoga. Budy observaba impresionado cómo el Maestro adquiría esa aurora tan especial, blanca amarillenta, que le hacía elevarse un dedo del suelo en su meditación; y trataba de imitarle, esforzando su mente, apretando los dientes hasta que la cara se le enrojecía.

—Huuuummm...

—Budy, no es fuerza. No busques al lobo, busca al pajarillo en tu interior —susurró el Maestro, sin apenas inmutarse.

El jovencito se relajó, pensó en el verde dosel y dejó llevarse por un silencio acogedor donde solo escuchaba el

plácido sonido del viento, el melódico canto del ruiseñor y el pequeño chasquido del murciélago. Vino a su mente aquella pequeña polilla que le había sorprendido y notó una paz interior desconocida. Su espíritu inquieto dormía y quedó con la mente en blanco. Sin notarlo, se levantó tres dedos de la superficie.

El paso leve de otra polilla, que se deslizó sobre su mejilla, le volvió a la realidad y notó un golpe en sus posaderas. Y miró con los ojos muy abiertos al Maestro.

—¡Lo he conseguido!

—Sí, Budy, sí.

—¿Verdad?

—He de confesar que me has impresionado.

Budy apretó los labios con una sonrisa locuaz y dio un gran salto de alegría.

El Maestro se levantó, riendo y ofreciéndole la mano para que le acompañara.

—Regresemos al templo, es hora de descansar.

—Háblame, cuéntame más. Debo aprender todo lo que sabes, pues cuando sea un hombre, quiero ser maestro.

El viejo sabio sonrió de nuevo. No podía dar crédito a lo que había visto, él mismo había tardado toda una vida en dominar las técnicas de relajación para poder levitar. A Budy le había bastado tan solo con unos cuantos unos minutos. Conforme avanzaban hacia el templo por el patio, comenzó a hablar con maestría.

—Aprendes rápido y yo he de hablarte de todo. Muchos son los animales que habitan esta tierra, que conviven con el hombre. Se mueven libremente por sus territorios, están adaptados al frío, la humedad y las ásperas condiciones de la montaña, viven en los amplios valles, en la densa jungla y pueden cruzar las altas cimas para extenderse como



especie por la tierra conocida y más allá. Tú debes aprender a adaptarte a cada situación, como ellos, porque adaptarse es renovarse y sobrevivir.

—¿Todos, Maestro? —preguntó Budy.

—No, todo tiene su excepción: el rabilargo no puede adaptarse al tremendo frío del invierno en la alta montaña; sus frágiles plumas y su débil cuerpo le impiden alzarse por encima del llano. Es por ello que solo disfrutamos de sus vistosos colores en la época del deshielo y la flor, cuando la temperatura sube, los frutos maduran y los pasos quedan abiertos. Pues si intentara sobrevolar la cima, como hacen las alborotadoras grullas, o resistir a los tiempos fríos, como las descaradas chovas, morirían.

—Comprendo: el que todo sea igual no impide lo raro.

—Y no por ello es diferente —apuntó el Maestro.

—¡Como yo! —exclamó Budy. Acto seguido cerró la boca y abrió los ojos con una mueca de afirmación—. ¡Soy raro, pero no diferente a los demás!

—Sí, Budy, sí—sonrió el Maestro.

Cerca de la entrada que les encaminaba hacia el interior del templo, Budy dirigió la mirada a la ventana de su habitación. Desde allí podía ver la luz de una vela y la sombra de Dagyi reflejada en los paneles.

—Rara como Dagyi —susurró.

—¿Cómo te va con tu hermana? —preguntó el Maestro al escuchar sus débiles palabras.

—¿Es mi hermana?

—¿Debiera serlo?

Budy giró su cabeza y observó de nuevo aquella figura que desapareció al apagarse la luz. Luego miró al Maestro, un tanto perspicaz.

—¡Es mi hermana! —exclamó con alegría.

El Maestro sonrió con orgullo y entonces cambió el semblante de su rostro.

—Budy, esos demonios de los que habló Dagi vendrán.

—¿Vendrán por ella? ¡Lo impediré! —exclamó dando un salto y poniéndose en guardia.

—No, a por ella no. Vendrán a buscarme... a mí.

—¡Maestro! Pero...

—¡Escucha, debes escuchar!

—Maestro, ella dijo...

—No buscan a Dagi, sino a mí. Los demonios desconocen el paradero del divino Majáh, el guardián de los cuatro poderes verdaderos del templo del Brahman, poderes que tanto desean. Pero sabían que Okina lo conocía, pues fue su discípulo más aventajado. Esa jovencita que ahora tienes por hermana, es la amada hija de Okina. Seguro que la han estado siguiendo, ocultos, y ahora nos vigilan. Los demonios no pierden nunca un rastro y menos el de una inocente muchachita. Hace días que el gran tigre blanco anda inquieto y me susurra su preocupación y su ira. No andarán lejos esos demonios, esperan su momento ahí fuera.

—¡Dagi los ha traído hasta aquí!

—No, ella solo es una víctima que necesita nuestra ayuda. Seguro que desconoce que la han podido seguir. Cuando asaltaron su aldea y acabaron con su gente, sin duda sabían que ella, desamparada, buscaría refugio aquí por la amistad que me unía con su padre, por eso la dejaron huir. No tiene otro sentido que esos demonios la dejaran escapar con vida, pues son atroces e inmisericordes.

Budy prestaba atención como nunca, mientras notaba una sensación amarga que envolvía al viejo anciano, su amado maestro y a sus sabias palabras.



—Maestro, tú eres el divino Majáh. El guardián del templo, el sabio maestro del gran Okina ¿verdad? Por ello te buscan, pero yo te defenderé.

El Maestro asintió levemente.

—Mahishasura es uno de los demonios más crueles de todos los infiernos. Habita en las oscuras cavernas del inframundo, rodeado de magma hirviente y horribles criaturas, devotas de su maldad, formando un terrible ejército de condenados —aseguró el Maestro y fijó la vista en el horizonte, muy serio.

Budy le miró con los ojos exageradamente abiertos, curioso ante aquel demonio del que nunca había oído hablar.

—Cuéntame, Maestro. Quiero saber más.

—No es bueno hablar de demonios, pues su ego se ensancha como alma en desespero. Pero sí te contaré que hubo un tiempo que no fue malvado, sino fiel devoto y por ello conoció el poder de los dioses. Así el Brahman le concedió la bendición de no poder ser derrotado jamás en batalla por hombre o dios alguno. Pero la ambición lo devoró y con tal poder, quiso ser dios de dioses, dominar el cielo, la tierra y los infiernos. Formó un ejército de miserables criaturas y comenzó a aterrorizar a los vivos y a los muertos llevando el caos y la destrucción allá donde iba.

—Pero ¿qué buscaba?

—Poder, Budy. Más poder. Quiso ser el más poderoso de los dioses, dominar el universo y consumir toda su energía. Recorrió el mundo con su poderoso ejército, victoria tras victoria, invencible. Ningún hombre ni dios alguno podía vencerle. Cada vez que moría, su cuerpo se regeneraba más fuerte aún. Nadie, ni siquiera Vishnú el divino protector ni Shiva el destructor pudieron pararle.

—Si era tan poderoso ¿cómo fue a parar al inframundo?

—Durga, la guerrera, acabó con él tras nueve días de feroz batalla.

—¿Durga, la guerrera, le venció? Dijiste que nadie podía vencerle.

—Ella sí, pues ni era hombre ni dios, sino mujer divina.

—¿Tan poderosa es?

—Sí Budy, cuando la Madre Devi se enfurece ante la maldad se transforma en la temible Durga. Solo ella puede encarnar toda la energía cósmica y lo hizo para detenerle. Así, en el décimo día de la luna creciente, el ejército de la divina Durga se impuso, derrotándole y enterrando a sus demonios en el hielo eterno.

—Pero ¿cómo pudo vencerle si era tan fuerte? ¡Debió ser una batalla tremenda!

—Sí, en verdad lo fue. Pero Durga fue tan inteligente como guerrera: ella es dueña de la energía cósmica de la tierra y de la naturaleza espiritual de la vida. Al ver que en cuerpo presente no podía vencer al demonio, que se había regenerado en un enorme y poderoso guerrero, mitad hombre, mitad búfalo, todo bestia; se hizo alma y le golpeó fuerte en su oscuro espíritu, lanzándolo fuera del cuerpo. Entonces lo decapitó. Sin cuerpo vivo, Mahishasura no pudo luchar y Durga lo atrapó con sus ocho brazos. Así le venció y envió al inframundo, donde su terrible poder y desmesurada ambición no supone peligro alguno para dioses ni hombres.

—Hum —murmuró Budy.

—Veo que los Siete Jinetes del Mal han encontrado la manera de traerle de nuevo a nuestro mundo. Son monjes malditos por los dioses, sus acciones son crueles, están corroídos por el mal en toda su extensión. Carecen de sentimientos, culpa ni pena y quieren abrir las puertas del



inframundo, esas que separan el caos de los avernos de nuestro mundo en armonía. Debieron sacrificar ante el altar de Mahishasura a un gran guerrero, ofreciéndole un cuerpo donde habitar. Solo así pudo ser, creo.

—Pero si Mahishasura es un demonio, someterá las almas de esos jinetes y los devorará también... ¿Por qué lo liberan?

—Siempre han buscado cómo hacerse con el dominio del mundo. Nunca lo conseguirían, pues los reinos de los hombres disponen de grandes monjes y guerreros para impedirlo. Pero ahora es diferente, nadie ni nada podrá pararlos. Con Mahishasura serán por siempre demonios poderosos en la Tierra, nunca almas condenadas en los infiernos. ¡Eso creen, los muy insensatos!

—¿Nadie ni nada? —preguntó.

El Maestro le miró entrecerrando un ojo.

—¡No, todo tiene su excepción! —dedujo Budy sin dejarle responder.

—Aprendes rápido.

—¡Es así! ¿Verdad, Maestro?

—Así es, mi querido Budy. El Dragón Blanco es la única criatura que puede vencer a Mahishasura y devolverle a los avernos.

—¡El Dragón Blanco! —exclamó Budy con tanto asombro como excitación.

—Sí, la guerrera Durga combinó los poderes de las Devas, las deidades más benévolas que nos asisten, de una forma hermosa, noble y poderosa. Así creó al Dragón Blanco, un torbellino de poder cósmico, ni hombre ni dios, capaz de devorar al más grande de los demonios.

—El Dragón Blanco —volvió a susurrar Budy dejando la boca entreabierta, soñando con la fascinante criatura que le comentaba el Maestro, de una fortaleza colosal,

capaz de enfrentarse al más poderoso de los demonios, imaginándose volando y echando fuego por la boca.

—Por ello Mahishasura vendrá a buscarme. El templo del Brahman guarda el secreto para convocar al Dragón Blanco y, sin duda, el objetivo de los demonios es destruirlo cuanto antes para que nadie pueda despertar a la única criatura capaz de acabar con ellos y sus malvadas intenciones.

—¡Despertémoslo ya! —exclamó Budy.

—No es tan fácil, no. Realmente nadie sabe cierto cómo ni donde convocarlo. Mi secreto, ahora tuyo también, es que hay que reunir los cuatro poderes verdaderos de las cabezas del Brahman en un único lugar para despertarle de su sueño. Es cuanto sé.

—¿Los cuatro poderes verdaderos?

—Sí, Durga quiso evitar por siempre que el poder del Dragón Blanco fuera a parar a manos malvadas. Por ello solo el bien más puro puede llegar hasta él a través de los cuatro poderes verdaderos.

—El bien más puro. Pero y entonces ¿qué haremos? ¿Dónde los encontramos?

—Ten, guarda este documento como oro en paño. Pues contiene parte del secreto que ellos buscan, el camino para llegar hasta el refugio del Dragón Blanco: el templo de Hielo se halla en algún lugar de estas heladas cimas donde se alza el monte Meru —aseguró el Maestro señalando las altísimas montañas del norte.

—El monte Meru...

—Sí, Budy, la morada sagrada de los dioses. Mañana partiré en busca del Dragón Blanco, he de encontrarlo; y es mi deseo que me acompañes, pues en ti veo el bien más puro que nunca conocí, un muchacho noble y bondadoso, de gran corazón e infinita inocencia.



Budy tomó el pergamino temblando de emoción, lo miró de lado a lado y lo guardó en su regazo orgulloso de saber que el Maestro contaba con él ante semejante reto. Después miró pensativo hacia la ventana de su habitación.

—Maestro ¿un mechón del ser querido puede saciar la sed de amor en la distancia? —le preguntó, desconcertando al sabio Maestro.

—Nada sacia la sed de amor en la distancia. Pero sin duda, dota de esperanza y fuerza ante el olvido y la pena a quien lo porta.

—¿Tiene unas tijeras afiladas?

El Maestro alzó sus cejas y arrugó los labios, sin comprender.

—Voy a cortar un mechón de Dagyi

—¿Y para qué quieres un mechón de esa muchachita?

—Es para Irle, quiere pedirle que sea su esposa en cuanto regrese.

El sabio anciano ladeó la cabeza, negando con cierta alegría, y se acercó hasta un pequeño mueble, donde las lecheras guardaban hilo fino y punzantes agujas, y tomó de allí unas tijeras. Luego volvió junto al muchacho para entregárselas.

—¿Estás esperando que se duerma? ¿Por qué no se lo pides?

—Es un secreto...

—Cuando el amor es un secreto, mi pequeño Budy, todo es sufrimiento —afirmó el Maestro y le dio las tijeras—. Ve, corta y descansa; mañana partiremos temprano, al salir el sol.

La oscuridad envolvía el valle de Shambala, en aquella noche estrellada que transmitía la tranquilidad de la vida en

armonía. Acostado en su lecho, Budy miraba los maderos del techo de la habitación y, de reojo, a Dagyi.

¡Parece que nunca se vaya a dormir! ¡Claro, como ha dormido tanto durante el día! Aún me dormiré yo antes —pensó impaciente, comprobando que ella no se dormía.

Pasaba el tiempo y Dagyi permanecía despierta; intranquila ante sus miedos, no paraba de dar vueltas en la cama. De pronto resonó un poderoso rugido y otro que agitó los corazones de todos, pues resultaba más fuerte y próximo que nunca, y ya fue imposible para la muchacha dormir.

—Es el gran tigre blanco, guardián del templo. No tienes qué temer —la tranquilizó Budy.

—Está muy, muy cerca. ¿No tienes miedo?

—¿Yo, miedo? No, que va —replicó Budy, valiente.

—Pero... Yo creo que está ahí mismo, en el pasillo —murmuró ella.

—Siempre está ahí, aunque nunca lo había oído tan cerca —murmuró finalmente.

—¿Lo has visto alguna vez?

—No. Deberías dormir, sino mañana estarás fea y cansada.

—No tengo sueño —replicó Dagyi.

Y la noche siguió su curso.

El constante traqueteo de las vueltas que daba la muchacha en la cama ponía nervioso a Budy, que recordó las palabras del Maestro cuando el sueño amenazaba seriamente con llevarle.

—¿Puedo cortar un mechón de tu cabello? —preguntó.

Dagyi abrió los ojos sorprendida y respondió rápido en la oscuridad de la habitación.



—¡No!

—¿Por qué?

Dagyi no supo qué contestar.

—Porque no.

Por unos momentos se hizo el silencio.

—¿Dagyi?

—Te he dicho que no y ahora descansa de una vez, que no me dejas dormir.

—¡Que no la dejo dormir! —masculló Budy, contrariado.

Irle marchaba al día siguiente y ahora, aunque deseaba conseguirle el mechón para que no sufriera el mal de amor, veía que no podría ser. Dando dos vueltas en el lecho, dejándose oír con el crujido de la madera, se acomodó para dormir.

Ella se lo pierde, Irle no parece tan mal muchacho, pensó dando un largo bostezo. Pero en su interior, Budy sabía que eso no podía ser. Marchaba al día siguiente en busca del Dragón Blanco, un gran honor por parte del Maestro confiar en él; y en su mente, lejos de otras preocupaciones o inquietudes por el largo viaje y su gran propósito, lo único que no le dejaba dormir era el triste sentimiento de no poder llevar ese dichoso mechón a Irle.

—¡Sufriré tanto de amor si no lo consigo! Y eso, dicen, es cosa mala —murmuró mientras se sentaba en el lecho.

—¿Qué dices? —preguntó Dagyi, despierta todavía.

—No, nada —respondió Budy y miró hacia la muchacha en la oscuridad.

Ella estaba iluminada, en parte, por un pequeño haz de luz de la luna que se filtraban a través de la ventana.

—Dagyi, si me dejas cortarte un mechón ¡te contaré un secreto!

—¿Cuál?

—Si te lo digo, ya no será un secreto y tiene que ver con los demonios que atacaron tu pueblo y con el gran Majáh.

Dagyi se sintió intrigada y encendió una pequeña vela de mantequilla. Después se acercó hasta el lecho del pequeño Budy y se sentó junto a él.

—¿Qué sabes del gran Majáh?

Budy se hizo el interesante.

—Te lo ha dicho el Maestro, yo también sé que es el gran Majáh —respondió ella sin darle más importancia a aquellas palabras, suponiendo que no había secreto, y se volvió hacia su lecho.

—Me ha contado mucho más... ¡De los demonios!

—¿Qué te ha contado de Mahishasura y sus demonios? —preguntó ella regresando de nuevo a su lado—. Pero dime algo que no sepa.

—¿Me dejarás cortarte un mechón? —insistió mostrándole las tijeras.

—Cuéntamelo y me lo pensaré.

—No, has de prometérmelo.

—Me lo pensaré. Cuéntamelo o me voy a mi cama.

Tras un momento de indecisión en que los dos se miraron a los ojos, Budy accedió.

—Mañana partimos el Maestro y yo en busca del Dragón Blanco que acabará con Mahishasura y sus demonios. Tengo un pergamino que dice cómo llegar hasta él.

Dagyi abrió sus hermosos ojos y le sonrió.

—¿Y qué más?

—No hay más. Pero cuando regresemos, ya no tendrás que tener miedo nunca y podrás dormir, pues el Maestro despertará al Dragón Blanco y acabaremos con Mahishasura y los Siete Jinetes del Mal ¡Ahora eres mi hermana y yo cuidaré de ti!



La joven le miró complacida, un tanto sorprendida por las nobles palabras de aquel jovencito que apenas la conocía y que tan valiente se mostraba por ella, sintiéndose querida.

—Dame esas tijeras, yo me cortaré el mechón.

—No, yo —dijo Budy abriendo y cerrando las tijeras, ávido por cortar uno bien grande.

—Ni soñarlo, de eso nada; seguro que me haces un trasquilón enorme —sentenció Dagi con el brazo estirado y la palma de la mano abierta.

Budy le dio las tijeras y ella se cortó un largo mechón de sus cabellos; ante sus ojos expectantes, lo anudó en ambos extremos, con dos pequeñas cintas rosas, para que no se deshiciera y, después, se lo entregó.

—¿Crees que podría ir con vosotros? —preguntó Dagi con cierto tono de sentencia.

—No creo.

—¿No?

—El Maestro es muy riguroso con sus decisiones y me dijo que marcharíamos él y yo.

—¡Pues vaya! —exclamó contrariada.

—¡Pero puedes confiar en nosotros, lo encontraremos!

—¿Para qué quieres el mechón? —preguntó Dagi, no muy convencida.

Budy calló y bajó la cabeza.

—¿Por qué no contestas?

—Es un secreto. Si te contesto tendré que mentirte.

—¿Qué vergonzoso eres! —exclamó Dagi tratando de hacerle hablar.

Budy se acurrucó en el lecho, dándole la espalda.

—No me contestes y no tendrás que mentirme —le espetó ella.

No obtuvo respuesta.

Dagyi le miró y su enfado se transformó en ternura, y le arropó.

—Gracias Dagyi —murmuró Budy.

—Gracias a ti por la flor y por traerme el desayuno a la cama, ha sido un bonito detalle. Hacía tanto tiempo que nadie se preocupaba por mí.

Dagyi le besó la frente, se dirigió al lecho y apagó la luz de la vela.

Budy cerró la mano con aquel mechón y sonrió.

Al poco rato, una voz.

—Dagyi...

—¿Qué?

—Buenas noches.



CAPÍTULO 5

LA IRA DE MAHISAHURA

En el crepúsculo del amanecer, un horrible grito despertó al pequeño Budy y siguieron otros que no cesaban, envueltos en espantosos rugidos y brutales golpes que parecían querer derribar la puerta de su habitación, que hacían retumbar los pasillos del templo. El muchacho se incorporó de golpe y quedó atento, sentado en el camastro, y pensó si había sido un sueño hasta que escuchó un nuevo rugido y corrió hacia la ventana. Abrió los portones de par en par y se quedó helado, pues ante su mirada pasó el enorme tigre blanco guardián del templo, trotando por el muro, poderoso, manchadas de abundante rojo púrpura sus zarpas, el ancho pecho y el rostro. Nunca lo había visto y quedó sobrecogido. En el pasillo vio varios cuerpos desgarrados y armas en el suelo, parecían guerreros desconocidos que vestían de negro; salió de la habitación y se acercó a uno de ellos, no tenía cara, sino una especie de máscara ósea, demoniaca, de grandes ojos y tremendos colmillos. Alzó la cabeza al aire, al ventear un fuerte olor a quemado, y vio el resplandor de las enormes llamas y la humareda que provenían de la aldea. Regresó a la habitación corriendo y se vistió con prisa. Entonces pensó en Danyi y volvió la

vista hacia su lecho. Allí estaba su protegida, en un rincón, acurrucada con grandes lágrimas en los ojos.

—¡Son ellos! ¡Son ellos! —exclamó ella, aterrorizada.

En la aldea, la gente corría de lado a lado, dando gritos y asustada, pues numerosos guerreros de faz demoniaca, medio hombres, medio bestias, estaban asaltando las casas, corrales y graneros. Muchos trataban de huir a la selva o la montaña, arrastrando a sus familias tras ellos, ayudados por monjes y discípulos; otros, fatalmente, no pudieron y allí quedaron, presa de aquellos demonios, de sus grandes hachas, mazas y espadas, de sus garras y mordidas, tumbados en tierra sin vida ni alma. Y destacaban por su maldad siete jinetes que cabalgaban sobre hermosos corceles de larga melena, ojos sanguinolentos y pura sangre; vestían de negro total, fuertes cotas de malla y petos, anchas capas al viento, altas botas y con cascos en forma de feroces bestias. Eran los Siete Jinetes del Mal, monjes atroces, los cuales recorrían la aldea sembrando el terror, rasgando el aire y la vida con sus largas picas adornadas con cintas y huesos, disfrutando brutales y golpeando a los aldeanos con fuerza, ya fueran hombres o mujeres, ancianos o niños. El cielo, cubierto de humo, se tornó oscuro en aquel terrible amanecer donde el fuego consumía los hogares de Shambala. Las puertas del infierno se habían abierto para desatar su terrible furia sobre aquella humilde aldea.

Y apareció frente a las puertas del templo un jinete portentoso, el cual cabalgaba al trote marcial, lanzando duros golpes de muerte con su espada de fuego, curva y de hoja ancha, y con su aguda pica, brillante y muy larga y que a todos los que quería alcanzaba. Era un ser enorme, fornido como ninguno, dotado de una abultada armadura negra



de rebordes rojo fuego y un gran casco de largos cuernos de búfalo. Sus ojos brillaban como ascuas vivas, tenía un enorme bigote negro que llegaba hasta sus peludas orejas y de su boca, repleta de enormes colmillos, salían bocanadas de fuego. Su fétido aliento, hecho humo, resaltaba con fuerza en la fría mañana; y su caballo, una terrible criatura forjada del hierro infernal y la carne marchita, relinchaba fuego mientras daba tremendos saltos y se erguía sobre sus patas posteriores: Mahishasura había llegado.

—¡Corre, corre! ¡Al bosque! ¡No te quedes aquí! —exclamó Budy.

—¿Y tú? —replicó Dagi.

—No te preocupes por mí, huye al bosque. Allí estarás a salvo —insistió el muchacho y la sacó a tirones de la habitación, para ayudarla a escalar el muro que daba a la selva.

Después tomó una estaca y corrió valiente por los pasillos, sorteando los cuerpos de los guerreros que había destrozado el gran tigre blanco, y se percató con asombro que las demás habitaciones estaban vacías, los discípulos se habían marchado todos. Se asomó por la muralla principal, para ver con asombro aquel demonio cabalgar hacia el templo descargando golpes infernales y gritando pavoroso.

Saltó al jardín del patio y corrió lo más que pudo hacia la sala principal del templo, centro de oración de la Madre Devi, antesala de Durga la guerrera divina, donde solo meditaba el Maestro. Su corazón latía rápido, como nunca había sentido, y un enorme calor recorría su cuerpo, preso de un temor que apenas le dejaba respirar.

—¡Maestro! ¡Maestro! —gritaba corriendo en su búsqueda.

Las puertas del templo cayeron, reventadas por una tremenda explosión de fuego, hechas astillas y brasas, con un sonoro estruendo. Alumbrada su figura desde atrás por las llamas que se cebaban en la aldea, entró Mahishasura a lomos de su terrible caballo que no cesaba en su relinchar infernal. Su sombra demoniaca, alargada y sin forma fija, parecía viva, pues recorría las paredes con sus largos brazos a su antojo. Atravesó el patio impertérrito, con un trote altivo, dejando hollín y grietas tras los cascos de hierro candente de aquella bestia salida del inframundo o a saber qué infierno.

—¡Majáh! ¡Viejo estúpido! ¡Aquí estoy, tiembla! —gritó al llegar a la puerta principal.

La puerta del templo se abrió y el Maestro salió sin mostrar temor alguno. Tragó saliva al reconocer en la faz del demonio a su gran amigo Okina, sin duda los Siete Jinetes del Mal le habían sacrificado y ofrecido el cuerpo al espíritu del terrible Mahishasura. Aun así, colmado de pena y dolor, permaneció firme en la cima de los escalones, en medio de los dos dragones de mármol blanco, y extendió el brazo izquierdo para impedir el paso hacia el interior.

—¡Mahishasura! ¡No eres digno de pisar tierra sagrada, regresa a tus avernos!

El demonio descabalgó de un salto de su terrible montura infernal, profiriendo una descomunal carcajada, y dio dos pasos para quedar a pie de los escalones.

—¿Acaso crees que me importa si soy digno o no de pisar tierra sagrada? ¿Sagrada? ¿Qué es eso? ¿Crees que alguno de tus ridículos dioses se atreverá a medirse conmigo? No, sabes que no. ¿Crees que voy a regresar a mi encierro por que tú lo digas? No, sabes que no. Lo que también sabes muy bien es quién soy. ¿Verdad? Y a por qué vengo. Así que



no me hagas perder el tiempo, estúpido mortal —espetó Mahishasura escupiendo babas, cenizas y llamas.

—Lo que buscas, de mí no lo hallarás —replicó el Maestro.

Budy corría hacia el templo y quedó quieto, con la boca abierta, sin saber qué hacer ante aquella terrible visión que se encontró: Mahishasura se encaminaba poderoso hacia el Maestro.

El majestuoso tigre blanco apareció dando un gran salto, arrastrando el cadáver de un guerrero demoniaco en sus fauces ensangrentadas; agitó tremendo la cabeza, partiendo el cuerpo en dos y se posó al lado del Maestro. Rugió poderoso como nunca, lanzando varios zarpazos al aire, con los belfos hasta arriba y el pelo del lomo erizado por completo. De pronto, rápido como el rayo, el gran felino saltó sobre Mahishasura, mostrando sus poderosos colmillos y sus afiladas garras.

El demonio estiró el brazo, desplegando los dedos, y un destello rojizo recorrió su mano peluda como un aura de fuego. Aquel haz luminoso se transformó en una lengua abrasadora que salió despedida y envolvió al tigre por completo, convirtiéndolo en llamas, haciéndolo desaparecer en el aire con un rugido tremendo y un estallido de luz. Consumido por aquel halo infernal solo quedaron, esparcidas y flotando en el aire, cenizas blancas que eran desplazadas suavemente por el viento; las aceradas garras del gran felino cayeron de la nada, rebotando como vulgares esquiras en las baldosas del templo.

El Maestro cerró los ojos sabiéndose perdido, lamentando el inútil sacrificio del fiel guardián del templo. Nada podía hacer contra aquel monstruo impío que avanzaba hacia él,

por combatir su maldad. El pequeño Budy, por el contrario, atónito con lo ocurrido, comenzó a caminar hacia los escalones hasta convertir sus pasos en carrera.

Mahishasura lanzó un horroroso grito, estiró su cuerpo, brazos y piernas hacia el infinito y de su boca salieron cientos de llamaradas que abrasaron cuanto había a su alrededor. El fuego comenzó a consumir el templo y el demonio siguió su camino hacia el Maestro, que lo miraba impotente ante tal fuerza maligna, sin poder hacer nada para detenerlo. El mal templó su larga pica al aire y la lanzó maldita con brutal fuerza; como un destello mortal, la afilada arma surcó los escasos metros que les separaban hasta hundirse en el cuerpo del Maestro, haciéndole desplazarse por metros hacia atrás, desapareciendo toda ella en su interior.

—No —gritó el pequeño Budy con desespero, sin dejar de correr.

El Maestro cayó sentado, apretando con fuerza los dientes ante tanto dolor, notando la pica endemoniada en el interior de su cuerpo, devorando su alma pura. Posó su mano a la altura del pecho, en la herida, y comprobó la sangre que manaba; su vida fluía conforme el demonio se acercaba sonriendo, en busca de su alma. Viéndose acabado, juntó las palmas de las manos invocando a la todopoderosa Madre Diva. Y cerró los ojos con tristeza, mientras un áurea divina comenzó a envolverle por completo.

Mahishasura subió los peldaños, decidido, y se posó al lado del Maestro, a su altura, en cuclillas. Le observó con aquellos ojos de puro fuego, con descaro, estudiando el aura amarillenta que había envuelto el cuerpo del monje. Fue a agarrarle del cuello con una mano, mientras con la otra buscaba alcanzar la herida, para recuperar del interior del cuerpo la pica demoniaca y llevarse su alma. Pero sus



manos, para su desesperación e ira, no encontraban nada dentro del aura divina que protegía al Maestro.

—Te has escondido ahí dentro, cobarde —rugió el demonio con rabia descontrolada—. Yo no podré entrar, pero tú no puedes salir. Así quedas condenado para la eternidad, sufriendo el dolor de la herida de mi pica y contemplando mi obra maestra en este mundo que estoy devorando. Y el día que desfallezcas, tu alma será mía. ¡Y nada podrás hacer, viejo estúpido!

Mahishasura le observó por unos momentos, reacio a irse sin terminar de destruir al Maestro. No quería abandonar el templo sin encontrar lo que había ido a buscar: el secreto de los cuatro poderes verdaderos de la cabeza del Brahman. Pero el aura divina de la Madre Diva lo impedía, no podía hacerse con el Maestro y arrancarle sus secretos, y era algo que sabía. Gruñó y encogió sus hombros con un rugido malhumorado, suponiendo que preso el Majáh en su propia aura, bajo la presión de la pica endemoniada, nada podría hacer que le supusiera peligro alguno, pues no podría despertar al Dragón Blanco, única criatura a la que temía. Estiró su portentoso cuerpo, alzando los brazos al aire, para lanzar un terrible grito que salió de lo más profundo de su ser, un alarido terrorífico que lo invadió todo con una gran llamarada, envolviendo al Maestro e inundando el templo de llamas. El techo y las paredes empezaron a desprenderse, cayendo enormes cascotes de piedra y las vigas de madera calcinada conforme el fuego lo invadía todo.

Mahishasura bajó lentamente los escalones y con dos golpes brutales, destruyó en su camino los dragones de mármol blanco. Se irguió sobre su infernal caballo de hierro y carne marchita y salió a galope tendido, riendo grandes carcajadas, llevando consigo las garras del sagrado

tigre blanco y arrastrando su maldita sombra, la cual se deslizaba por las paredes humeantes, rasgando la piedra con sus estirados dedos, saltando chispas con sus largas uñas negras y prendiendo cuanto hallaba a su paso.

Budy llegaba en busca del Maestro y se cruzó con Mahishasura, agitando la estaca.

—¡Aparta, insignificante mortal! —exclamó el demonio. Y lo arrolló en su galope.

El pequeño salió despedido al aire tras el brutal choque con aquel terrible caballo, como si nada fuera, para caer rodando por el suelo y quedar allí tendido, en medio del patio, inconsciente.

—¡Ay! —exclamó el pequeño Budy abriendo un ojo. Se incorporó un tanto mareado, todo su cuerpo le dolía. Anduvo lentamente, quejándose entre susurros, y vio a través del humo que el sol había salido por completo; estaba muy alto, bien podría ser el mediodía y miró hacia todos lados. Las paredes calcinadas y caídas apenaron su corazón.

—No ha sido una pesadilla —murmuró con tristeza y miró al cielo respirando fuerte, ensanchado pecho, tratando de reponerse lo antes posible.

Luego, por unos largos instantes, estuvo observando el humo, encorvado.

—¡Maestro! —gritó de pronto y salió corriendo.

Tras subir las escaleras de prisa y a trompicones, allí lo halló, sentado como flor de loto, cabizbajo y enrollado en su túnica púrpura; a salvo del fuego en el interior del áurea divina que lo aislaba de todo.

—Maestro —susurró al borde del llanto, posando su mano sobre la brillante aura.



Para regocijo de Budy, el anciano ma abrió los ojos tímidamente, muy triste y dolorido, para fijarlos en el jovencito que no desviaba su inocente atención de él, como esperando que le hablara, que le dijera que estaba bien, que todo saldría bien.

—Budy... Debes ir al templo del Hielo sin más demora —habló el Maestro, sin apenas mover los labios.

—Sí, vamos, vamos —le apremió el muchacho.

—Yo no puedo moverme, pero tú sí y estás preparado para ello. Debes despertar al Dragón Blanco, solo así podremos parar a ese despiadado demonio y a sus Siete Jinetes del Mal.

—¿Ir yo solo?

—Sí.

—Maestro ¿no acompañarás?

—No, Budy, no puede ser.

El pequeño le miró con un puchero disconforme.

—Budy, yo me hallo preso: un solo movimiento despertaría la mortal pica de Mahishasura que habita en mi interior. Sería mi fin y nada podríamos hacer. Pensé que, de todos los monjes y discípulos del templo, yo era el elegido por la Madre Diva para defender este mundo, para salvaguardar y convocar al Dragón Blanco, pero no. Debes marchar, tú eres el elegido, tú debes de ser el elegido.

—¿Yo! ¿El elegido? ¿Eres tú! Alguna forma hallaremos para que puedas acompañarme.

—No Budy, no la hay. Un mínimo movimiento y estaré muerto.

—Pero yo no puedo ser el elegido... ¿Cómo lo sabes?

—El sagrado tigre blanco siempre me susurró que en el templo se hallaba el elegido. Mal hice pensando que era yo. Has de ser tú. No hay otra, ha de ser así.

—No, yo no puedo ser. ¿Cómo iba a ser yo? Pero si, como dices, no eres tú, Maestro, entonces todos sabemos que los hermanos Irle y Leka son los más fuertes, diestros y ágiles de los hombres jóvenes. Han de ser ellos, yo solo soy un niño.

—Eres mucho más que un niño. Budy, tu pelo blanco no puede ser sin razón y quizás ellos sean más fuertes, diestros y ágiles, solo quizás, pero el amor, la bondad y la sabiduría se hallan en tu corazón. Busca a los dos hermanos si lo estimas así. Sí, mejor que te acompañen, que sean tu guardia, tu apoyo... Tus amigos.

Entonces, el Maestro quedó en silencio por unos momentos, azuzado por el terrible dolor que le infringía la mortal pica del mal que residía en su interior.

—¡Maestro! ¡Maestro! —exclamó Budy con lágrimas en los ojos, arrodillándose frente a él.

—Sí, Budy. Todo depende de ti, eres el elegido. Tu espíritu es puro como ninguno, si alguien puede despertar al Dragón Blanco, ese eres tú. Muerto el sagrado tigre blanco y con esta pica en mi corazón, no veo otra opción y yo creo en ti, como siempre hice.

Budy le miró con la tristeza reflejada en su rostro, a la vez que una llama de orgullo crecía en su interior tras oír aquellas palabras de confianza.

—No temas a nadie ni a nada, ha de ser así. Tú tienes ese corazón limpio tan necesario para poder despertar al Dragón Blanco, el cual acabará con los demonios que amenazan nuestro mundo. Lo sé, no me cabe la menor duda —insistió el Maestro.

—¿Qué debo hacer?

—Toma el pergamino que te entregué y alcanza el templo del Hielo, en vuestro camino hacia el monte Meru deberás



hallar los cuatro poderes verdaderos de las cabezas del Brahman con los que convocarle y despertarle.

—Pero, Maestro... No sé cuales son esos poderes ni dónde hallarlos.

—Ellos saldrán a tu encuentro. Tú solo debes seguir el camino correcto, siempre.

—¿El camino correcto?

—Sí, confía en ti, en tus amigos. Recuerda nuestras palabras, todo aquello que aprendiste: busca con el corazón.

—¿Y si nos equivocamos? ¿Y si no soy el elegido?

—Entonces será el fin, todos pereceremos, los demonios nos devorarán.



CAPÍTULO 6

EL COLMILLO DE LA ASTUCIA

En aquella triste mañana, el mal y el fuego colmaron de horror el valle de Shambala. Los jinetes del mal y los guerreros demoniacos del terrible Mahishasura saquearon muchas vidas, las humildes viviendas, los escasos bienes, las bestias de corral y arrasaron con todo cuanto quisieron. Nadie podía entender tanta maldad, no estaban preparados para ello. Cuando atardeció, los que habían logrado huir, regresaron de la selva; de la aldea solo quedaban en pie maderos humeantes y las piedras de algunas casas. Los hombres y las mujeres lloraban su pena entre lamentos sin consuelo.

Del templo quedaron las altas paredes del muro y algunas columnas ahumadas, las cuales soportaban un techo quemado que amenazaba con caer en cualquier momento. En la entrada al oráculo de la divina Madre Diva, permanecía inmóvil el Maestro, en silencio y sin fuerzas, sentado en su postura de letargo y envuelto por el aura de luz y energía que lo protegía. Más allá, los monos de cola roja, alzados en los muros y sobre las ramas de los árboles quemados, lloraban aquel trágico día, con tremendos y lastimeros aullidos.

El pequeño Budy se encontraba junto al Maestro, vestido de gruesos ropajes y un peto de cuero, preparado para emprender el camino. A su lado estaba Irle con una vieja espada de bronce, mellada y algo torcida, asida en su cinto; y Leka con un grueso y largo palo de cedro. Les acompañaba el terco burro de la vieja Irleka cargado con abundantes provisiones.

—¿Y te pidió explícitamente que te acompañáramos al templo del Hielo? —preguntó Irle, sin dejar de estudiar al Maestro.

—Sí. Pues sois los mejores, así me lo hizo saber.

—Sí, lo somos —aseguró Leka.

—Por ello el Maestro confió también en vosotros, así como en mí, para esta arriesgada misión, de la que depende el futuro de nuestro mundo: tenemos que despertar al gran Dragón Blanco.

Los dos muchachos hincharon el pecho con orgullo.

—No le defraudaremos Maestro —aseguró Irle.

—¡Lo conseguiremos! —exclamó Leka.

—Vamos, debemos marchar —apuntó Budy.

—¿Y dónde está ese pergamino? —preguntó Leka.

—En mi habitación —respondió Budy.

—Vamos pues, debemos llegar hasta el templo del Hielo y despertar al Dragón Blanco lo antes posible —le apremió Irle siguiendo sus pasos.

—Sí, hemos de parar a esos demonios y su estela negra de destrucción —asintió Leka.

—¿Y Danyi? ¿Está bien? No la he visto por ningún lado —preguntó Irle con un notable tono de preocupación.

—Está bien, durante el asalto se escondió en la selva. Después regresó con las hijas de la lechera, me dijeron que estaba en la aldea ayudando a los heridos —aseguró Budy.



Los muchachos se dirigieron decididos hacia las habitaciones del templo, recorrieron los derruidos pasillos de piedra y entraron en la de Budy para tomar el pergamino. Irle salió y no paraba de asomarse a cada terraza para ver si localizaba a Dagi, ante los ojos temerosos de los monos de cola roja, los cuales se acercaban, poco a poco, buscando algo que comer.

—¡No está! —exclamó Budy muy preocupado al no hallarlo en su sitio.

—¿Cómo que no está? —preguntó Leka.

—¡Pues si yo lo dejé bajo el lecho! ¡Alguien lo ha robado!

—¡No puede ser! —exclamó Leka rebuscando con ahínco en los rincones de la habitación, alborotando los dos lechos y todo lo que las llamas no habían consumido.

—¡El pergamino! ¡No está! —insistió Budy y salió de la habitación desesperado, ante la mirada incrédula de Leka y los gritos de Irle.

—¿Los monos quizás? —preguntó Leka observando a los monos de cola roja que permanecían atentos en la ventana y sobre los muros.

—¡Dagi! ¿Dónde estás? —gritó Irle, más preocupado con ella que por el pergamino.

—¿Qué estáis buscando? —respondió una voz de pronto, era Dagi.

—¡El pergamino! —exclamó Budy.

—Lo tengo yo —respondió la muchacha ante ellos.

—Menos mal, pensé que esos demonios se lo habían llevado —dijo Budy.

—¿Pensabais dejarme aquí? —preguntó ella, desafiante. Dagi, vestida con cueros gruesos, con los ropajes hechos jirones, la capa y con su pequeña daga en la cintura, estaba preparada para marchar.

—Dánoslo, debemos partir de inmediato; es tarde y lo necesitamos para que nos muestre el camino —le ordenó Budy.

—No, te lo daré solo en su momento.

—¿Cómo? —preguntó el pequeño, atónito.

—Yo quiero ir con vosotros, no puedo quedarme aquí.

—Pero no puedes venir. ¡Es muy peligroso! —exclamó Budy.

—Soy la única que sabe el camino hacia el templo del Hielo, así que ¡vámonos! —dijo Danyi girándose y comenzó a caminar.

Apenas en unos momentos y bajo la atenta mirada de los tres muchachos, que nada tardaron en seguirla, la muchacha recorrió los pasillos del templo hasta llegar al oráculo de la divina Madre Diva y se posó ante el sabio anciano, el cual permanecía inmóvil y en silencio dentro del aura, y le regaló un emocionado beso con la mano.

—No te fallaremos, Maestro —aseguró.

Acto seguido descendió las escaleras y aguardó un momento junto al terco burro. Después se volvió para animar al pequeño Budy y a los dos hermanos y caminó dirección hacia los pasos del valle, con la vista puesta en los caminos que conducían a las altas montañas.

—Pero... —susurró Budy y con cara de enfado comenzó a seguirla.

Irle y Leka reverenciaron al Maestro y bajaron las escaleras a saltos, para seguirles tirando del burro. Ninguno de los dos se atrevió a contradecir a Danyi y menos Irle, que se veía feliz acompañando a aquella extraña y hermosa muchacha que aceleraba su corazón.

—Ten, esto es tuyo. Aunque no sé si todavía lo precisas —dijo Budy y le ofreció un regalo preciado a Irle.



Los ojos del muchacho se abrieron como nunca cuando vieron el pequeño mechón de Dagyi atado con cintas rosas.

—¡Dame! —exclamó, haciéndose con este de un golpe.

—¿Qué hacéis ahí detrás que no avanzáis? —preguntó Dagyi recriminando el lento paso de los muchachos.

—No, nada —contestó Irle guardando el mechón en su bolsillo rápidamente.

—¡Ya vamos! —exclamó Budy.

Con paso firme dejaron atrás el valle y la selva, llegando a los primeros pasos de montaña. El viento azotaba con fuerza las heladas cumbres, se podían ver las nubes y notar las lejanas ventiscas. Conforme subían por estrechos desfiladeros, el calor primaveral del valle sucumbió al frío de las alturas. Pronto se encontraron en el bosque de cedros, rodeados de árboles gigantes y dispersos bosquetes de matorral cubiertos por la nieve.

Los cuatro jóvenes se abrigaron con toda la ropa que llevaban y se calzaron unas pequeñas palas que les permitían avanzar con firmeza sobre la nieve, sin hundirse; alejándose valientes cada vez más del valle de Shambala, que apenas quedaba visible como un puntito lejano encajonado entre montañas.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó Leka.

—A la garganta del Águila, en la cima del monte Meru —contestó Dagyi.

—Es la morada de los dioses —replicó Budy.

—Allí es donde el pergamino nos dirige —apuntó la muchacha.

De pronto, un bronco bostezo seguido de un ramoneo incesante entre arbustos les sobresaltó en su camino: un

enorme oso pardo surgió tras uno de aquellos grandes árboles.

—¡Alto! —exclamó Irle y los cuatro quedaron quietos como estatuas.

El oso les observó con curiosidad y, levantándose sobre sus patas posteriores, lanzó un fuerte rugido que les heló la sangre.

—¡Corred, debemos alejarnos! —exclamó Irle tomando la mano de Dagi y tiró con fuerza de ella.

Leka gritó despavorido y salió corriendo, tan rápido que dejó atrás una de sus palas.

Budy recogió la pala y corrió tras él, dando fuertes resoplidos.

—¡Eh! ¡Esperadme! —exclamó mirando de reojo al oso.

El enorme animal les miraba alzado y castañeando los dientes, pasándose la lengua por el hocico una y otra vez. Y pensó en comerlos, pues el hambre que tenía era terrible.

—¡Por la nieve! ¡Corred por la nieve! —apuntó Budy.

El burro les siguió dando continuos relinchos y grandes saltos.

El oso saltó tras los muchachos, pero sus grandes pies y el peso de su enorme cuerpo le hacía hundirse en la blanda nieve. Aunque su paso era más lento, corría vehemente tras ellos, ya que apenas podían mantener la distancia en su huida.

Pasaron el día escuchando aquel inquietante rugido, subiendo por la montaña, sin descanso, intentando dejar atrás al oso que no cejaba en su empeño de seguirles, de comerles. Cada vez estaba más cerca, ellos más cansados y sus gruñidos hambrientos se hacían notar con fuerza.

El pequeño Budy paró un momento, con la lengua fuera y agotado. Su cuerpo cansado sudaba a pesar del frío, y giró



la vista buscando al oso. Ahí estaba, montaña abajo, también con la lengua fuera, con los ojos puestos en ellos.

—¡Nos sigue, no hay manera de dejarlo atrás! —aseguró Dagi.

—Oso malo —murmuró Budy tomando resuello.

—¡La nieve ya no cubre casi, nos alcanzará! —exclamó Leka y cayó sentado.

—¡Vamos, vamos! ¡No debemos parar! —insistió Irle y ayudó a su hermano a levantarse.

Y continuaron corriendo.

Dagi miraba al joven que tiraba de ella decidido, sin parar, sin soltarla de la mano. Le gustaba sentirse protegida por Irle, aunque sabía que poco podría hacer aquel muchacho que la miraba con dulzura si el feroz animal les alcanzaba. Y el oso avanzaba cada vez más rápido, pues sus patas ya no se hundían apenas en la nieve.

—¡No! —exclamó Leka, arrastrándose por el suelo y asomándose al vacío.

Habían salido del bosque y llegado ante un desfiladero con una pendiente brusca. Abajo, el riachuelo que se distinguía se había congelado y una fina capa de hielo lo cubría dejando ver su contorneo.

—¡Si bajamos nos pillarán! —aseguró Irle.

—¡Si nos quedamos, también! —exclamó Budy.

—¡No hay salida! —apuntó inquieto Leka.

El burro pegó un tremendo relincho y se volvió para buscar al oso, que oculto por el bosque no se le veía, pero se le escuchaba gruñir.

Dagi se soltó de Irle y corrió hacia el burro.

—¡Él nos salvará! —exclamó nerviosa.

—¿El burro? —se preguntó Budy.

Dagyi alzó la daga de su cinto y le hizo un ligero corte al burro en el muslo. Un pequeño golpe de sangre cayó en la blanca nieve mientras el animal pegaba una coza al aire y lanzaba un rebuzno enfadado, girando su quijada hacia la joven.

Los tres muchachos la observaban sorprendidos ante su decidida acción. La muchacha golpeó con una fuerte palmada los cuartos traseros del burro, que lanzó un corto rebuzno y comenzó a trotar como loco pendiente abajo, dejando pequeños rastros de sangre.

Dagyi se quitó las palas y las lanzó tras el burro.

—¡Arriba! ¡Arriba! ¡Antes de que nos vea el oso! — exclamó y saltó sobre el enorme tronco de un cedro gigante.

Los tres muchachos se quitaron también las palas y las arrojaron tras los pasos del burro, para escalar rápido a la cima del enorme árbol y ocultarse entre las ramas.

—¿Está ahí? —preguntó Irle.

—¡Silencio! Si nos oye estamos perdidos —apuntó Dagyi.

—¡Lo veo, lo veo! ¡Ya viene! —susurró Leka abrazándose con fuerza a ella.

—Chist —ordenó Budy.

Y los cuatro quedaron inmóviles, abrazados entre ellos y al tronco, sobre una rama.

El oso llegó tremendo, levantando nieve entre sus patas para alzarse sobre los pies traseros ante el precipicio. El burro, ya abajo, comenzó a cruzar el río andando despacio y con tiento sobre la fina capa de hielo que lo cubría, dando pequeños resbalones y rebuznando sin parar.

El oso giró su vista hacia la arboleda y los cuatro jóvenes se acurrucaron todavía más entre las ramas. El enorme



animal que solo veía al burro y lejos, dio un paso hacia el cedro donde se escondían, meneando su negra trufa. Venteando al viento, buscaba su comida. Entonces, un olor embriagador como pocos lo llenó por completo y pasó corriendo bajo el árbol. Cegado por el rastro de la sangre, olfateándola hambriento, el oso no deparó en ellos y se lanzó tras el burro, parando un instante en su carrera para olfatear las palas y continuar veloz monte abajo.

—¿Se ha ido? —preguntó Leka, sin querer mirar, con la cabeza hundida entre los pechos de Dagyi y bien abrazado a ella.

—Creo que sí —contestó la muchacha.

—Salió corriendo tras el burro —confirmó Budy.

—¡Bien! —exclamó Leka.

—Ya puedes soltarme y sacar la nariz de ahí —apuntó Dagyi.

Leka sonrió tímidamente, visiblemente ruborizado; solo entonces se percató que había quedado abrazado a ella como si fuera un tierno bebé mientras el oso deambulaba bajo ellos.

Budy, a grandes saltos, como un pequeño mono, bajó de rama en rama, cayendo de pie, con una pirueta, sobre la nieve. En tanto, Irle, mirando a su hermano con el morro arrugado, receloso, trató de ayudar a Dagyi, la cual posaba un pie sobre su cabeza y el otro en su hombro, buscando un punto de apoyo, agarrándose a una rama. Leka, que trataba de descender a la vez, posó un pie sobre su hermano y con el otro, pues pisó la mano de Dagyi.

De pronto, Budy escuchó a los dos hermanos y a Dagyi gritar apurados y un fuerte golpe que le salpicó. Y miró atónito. Sus amigos habían caído del árbol, a su lado, como

si fueran fruta madura, alzando un metro de nieve, y les vio enredados entre ellos como una madeja de hilo.

—¡Ay! ¡Qué golpe! —exclamaron posándose las manos en las caderas y cabeza.

Budy, sin hacerles más caso, corrió hacia el cortado.

—¡Lo conseguimos! ¡Burlamos al oso! —afirmó asomando la cabeza al vacío.

—¿Estás bien? —preguntó Irle a una quejillosa Dadyi, mientras la ayudaba a levantarse.

A Leka, nadie le preguntó ni ayudó. Allí quedó, alzándose poco después entre lamentos.

Al final, los cuatro quedaron tendidos en la nieve, en la cima del cortado, observando. El oso estaba abajo, en la orilla helada del río. El burro trotaba nervioso sobre el hielo entre resbalones y rebuznos, pero sin caer, dejando atrás al enorme carnívoro que botaba en la orilla como indeciso a cruzar.

Al llegar a la orilla contraria, el burro paró y, de pronto, tal cual estuviera más loco que cuerdo, empezó a saltar, coceando al aire, entrando en el bosque y saliendo, trotando en círculos y rebuznando sin parar, como si se riera del enorme oso. En verdad, temeroso de verse solo, el noble animal solo buscaba un camino para volver con sus amos. El hambriento oso, acuciado por el estómago y la vista, se lanzó furioso tras él, tratando que no escapara, corriendo veloz sobre la débil capa helada del río.

Un sonido grave e inquietante lo frenó. Grandes grietas aparecieron, empezando a crujir bajo los enormes pies del oso. La fina capa de hielo no resistió el peso y comenzó a quebrarse a su alrededor. El furioso animal emitió un pequeño rugido, penoso —¿Uh?— Y anduvo hacia atrás,



con las orejas agachadas. El hielo cedió y cayó al agua helada, quedando allí preso, dando fuertes manotazos que quebraban la capa de hielo y en nada avanzaba, impidiéndole alzarse sobre ella de nuevo.

Los cuatro muchachos quedaron mirando al oso, que luchaba por sobrevivir.

—Se ahogará —aseguró Budy con pena.

—Sí —confirmó Irle.

—Quería comernos —les recordó Leka.

Dagyi se sintió mal.

—Es cruel dejarle morir. ¡Debemos ayudarle! —exclamó ella.

—Pero ¡nos comerá! —afirmó Leka.

—Es una hermosa criatura, solo tenía hambre —apuntó Budy.

—No quiero que muera por nosotros —insistió la muchacha.

Irle observó la mirada piadosa de Dagyi, la ternura con que miraba al animal y vio su pena.

—Yo lo sacaré —afirmó valiente.

De un salto, para sorpresa de todos, empezó a descender con cuidado hacia el río, mientras el oso seguía dando inútiles manotazos. Cuando llegó a la orilla, el animal todavía se hallaba rasgando sus garras en la capa más gruesa de hielo, que a punto de ceder le mantenía a flote. Irle, fijándose en el tronco de un cedro gigante casi vencido por la helada, sacó su espada y comenzó a asestarle golpes, y lo empujó con fuerza... En vano, ya que, aunque se meneaba, no caía.

—¡No puedo! ¡No cede!

Los demás jóvenes se miraron entre ellos y, decididos a salvar al oso, comenzaron a bajar lentamente por el cortado.

Llegaron hasta la orilla, entre resbalones de lado y caídas de culo. El oso, inquieto en el agua, asido al hielo, les miraba con cierta curiosidad, estirando el cuello y venteando el aire con su hocico. Los cuatro empujaron con fuerza, una y otra vez, sin desfallecer, hasta que el cedro cayó con un alargado crujido, quedando cruzado en el río, cerca del enorme animal.

—¡Sí! —gritaron emocionados.

Aquel tremendo carnívoro se abalanzó instintivamente hacia el tronco, dando tremendos zarpazos y rompiendo el hielo, hasta que lo alcanzó y, apoyándose en este, se irguió y logró salir del río helado, para rugir tremendo, sacudiéndose el agua del cuerpo con fuertes movimientos que agitaban su largo y abundante pelo de lado a lado.

Y dio un paso firme hacia ellos.

—¡Ah! —exclamaron los muchachos y comenzaron a trepar de nuevo, tratando de llegar a la cima del cortado para huir.

—¡Rápido! ¡Rápido! —se gritaban los unos a los otros.

El oso salió a la orilla y caminó despacio sobre el tronco. Se sacudió de nuevo el agua y se posó sobre sus cuartos traseros. Observó cómo los jóvenes trataban de subir por la escarpada montaña, resbalando una y otra vez; parecían una comida fácil, pero no les siguió. En su lugar anduvo por la orilla del río, gruñendo tranquilo, decidido a buscar alimento en otra parte y se alejó del lugar lentamente. El tremendo animal volvía su enorme cabeza de vez en cuando, para ver a aquellos jóvenes en el barranco nevado que le miraban satisfechos, calmados sus miedos. Y los cuatro se sentaron sobre la blanda nieve, felices por su hazaña.

Dagyi hizo una pelota, miró a Irle y se la lanzó a la cara, haciéndole caer hacia atrás. En cuestión de nada, los cuatro



estaban enfrentados lanzándose pelotas de nieve entre gritos y risas que no paraban, que les hacía olvidar el miedo pasado.

—¡Vamos, tenemos que continuar! —exclamó Budy, haciéndose un descanso, antes de recibir una nueva pelota en su cara y escuchar las risas de Dagi.

—Sí, sigamos —instó Irle poniéndose serio, con mitad de la cara cubierta de nieve.

—No sea que el oso cambie de opinión y vuelva tras nuestros pasos —alertó Leka.

Irle se acercó a Dagi, que todavía reía en el suelo, se puso en cuclillas y le limpió la nieve de la cara, mientras ella hacía lo propio con él, sin dejar de escrutar la belleza de sus ojos. Le dio la mano y la levantó. Para sorpresa del joven, la muchacha le dio un abrazo y un beso en la mejilla. Fue entonces cuando Dagi se fijó en el colgante, que se dejó ver por un momento, en el pecho del muchacho.

¡El mechón no era para el pequeño Budy, sino para él! —pensó ruborizada y extasiada, y bajó la cabeza sintiéndose querida.

Pero no dijo nada.

Miró a Budy y le sonrió con una mueca cómplice. Y este, percatándose del hecho, anduvo hacia ella preparando una enorme pelota de nieve.

—La flor de loto no era mía. Pero la leche y los higos sí —le dijo con voz baja.

Y le tiró la bola de nieve, estallándola en la cara de la muchacha.

Dagi fue a reír... Pero un crujido les alarmó de nuevo, llamando su atención de inmediato hacia el precipicio.

—¡El oso! —exclamó Leka.

Y se hizo un enorme silencio conforme dieron dos pasos atrás.

En ese momento apareció el burro, con notable esfuerzo y un rebuzno.

—¡Ah, eres tú, qué susto! —exclamó Leka mientras los demás daban un suspiro.

De pronto, el burro abrió de golpe los ojos, paró las cuatro patas a la vez, estiró el rabo, alzó las orejas y se volvió dando una coz. Salió galopando de nuevo, entre rebuznos, veloz como un corcel, cuesta abajo, para cruzar de nuevo el río helado.

—¿Burro? —preguntó Budy.

Leka volvió la cabeza por un momento y, tartamudeando, volvió la vista al frente.

—Bu... Bu... dy...

—¿Sí?

El pequeño se giró también y vio aparecer de la nada un enorme lobo gris, que no era uno, sino dos, tres, cuatro... Los muchachos se vieron rodeados por un clan lobuno, al menos una veintena de lobos posaban sobre ellos sus ojos oblicuos color miel. Los cánidos salvajes se acercaron al trote, altivos con el lomo erizado, rechinando los molares y alzando los belfos, mostrando sus poderosos colmillos.

—Mamá —susurró Leka.

Los cuatro se juntaron, pegando sus cuerpos entre ellos. Danyi sacó su daga, Irle templó la espada de bronce y Leka comenzó a girar su bastón de cedro al aire.

—No debimos armar tanto ruido —aseguró Budy y sacó su pequeño cuchillo.

Un penetrante aullido colmó la escena, aterrorizándoles por completo. Un enorme lobo blanco, majestuoso como ninguno, mucho más grande que los demás, de penetrantes



ojos azulados como el hielo, con el lomo completamente erizado y los belfos contraídos, saltó frente a los muchachos, apenas a un metro, mostrando su poderosa dentadura, sus largos colmillos.

—¡Ah! —se sobresaltaron ellos, dando un paso atrás, asustados y esgrimiendo sus armas.

—¡Nos come! —exclamó Leka.

Dagyi observó el lobo y no pudo dejar de fascinarse ante aquel animal.

—¡Qué hermoso! —susurró bajando su daga, sabiéndose perdida.

—Eres muy astuta tú, ya veo. Burlaste al viejo oso y de él te apiadaste —aseguró el enorme lobo, dirigiéndose hacia ella, cruzando sus ojos de zafiro con los de la muchacha, ante la incrédula mirada de los jóvenes, que cayeron sentados con la boca abierta.

—El lobo habla —murmuró Budy buscando distinguir lo cierto de lo incierto.

El animal divino dio dos vueltas alrededor de Dagyi, como queriendo inspeccionar de qué y quién se trataba o quizá buscar por dónde morder mejor. De pronto, saltó sobre ella como un relámpago con las fauces abiertas. Sin tiempo de reacción, la muchacha alzó levemente su daga. Pero nada pudo hacer, pues el lobo desapareció como un halo de vapor al contacto con ella, conforme la mordía en el cuello.

Dagyi notó un tremendo escalofrío recorrer todo su ser y sintió como si el lobo hubiera penetrado en ella hasta llegar a su mismísima alma y la poseyera. Extasiada, estiró el cuerpo, arqueándolo hacia atrás con un tremendo grito que se hizo aullido. En ese mismo momento, su daga le quemó en la mano y, soltándola, el arma cayó en la nieve convertida en un hermoso colmillo de lobo.

El resto de lobos comenzaron a aullar al viento, una y otra vez, inquietos, formando un enorme coro que ensordecía a los muchachos, los cuales permanecían tan expectantes como atónitos. Luego, los animales marcharon salvajes al trote lobuno, desapareciendo entre la gran arboleda de cedros. Y se alzó una tremenda bocanada de viento que borró las huellas, como si nunca hubiera pasado aquello.

—¿Estás bien, Dagyi? —preguntó Irlé.

—¡Se han ido! ¡No nos comen? —exclamó Leka.

Budy seguía con la boca abierta, sentado en el suelo, con su pequeño cuchillo en la mano.

Dagyi se agachó sin comprender lo que había pasado y, mirando hacia los lados, temerosa de los lobos, se hizo con el colmillo, que destellaba potente a la luz del sol entre la nieve, y lo levantó para estudiarlo detenidamente.

Los tres jóvenes corrieron a su lado para observarlo también.

—Mi daga —murmuró Dagyi.

—¡Ahora es un colmillo del lobo! —exclamó Budy.

—Ese lobo me habló —insistió ella, conmovida por la experiencia vivida.

—Pero los lobos no hablan ¿verdad? —preguntó Leka.

—No todo es lo que parece ser, esto debe significar algo —aseguró Budy al recordar las sabias palabras del Maestro.

—Nunca había visto un lobo igual —apuntó Irlé.

—Sí, era muy hermoso —dijo Dagyi sin apartar la vista del colmillo.

Y se hizo un colgante con una fina tira de cuero que sacó de su pequeño morral, para atarse el colmillo al cuello.

De nuevo en marcha, los cuatro muchachos siguieron cruzando el bosque de altos cedros, montaña arriba,



sudando el esfuerzo, quedando helados con cada racha de viento, avanzando sin parar hacia lo desconocido, buscando.

—¿Seguro que vamos por buen camino? —preguntó Leka.

Dagyi paró y estudió su entorno en silencio.

—¿Dagyi? Sabes por donde vamos ¿verdad? —insistió Irle.

—Sí, pronto saldremos del bosque —respondió ella con certeza.

—El paso hacia la cima de Meru no debe de hallarse lejos —aseguró Budy.

—No, pues antes de llegar al valle de Shambala, crucé por esta zona y recuerdo que, más arriba, un grupo de viajeros hablaban de atravesar la garganta del Águila y ahí mismo es a donde vamos —expuso la muchacha y avanzó sobre la nieve.

—¡Sigamos pues! No ha de faltar mucho —apuntó Irle, confiando en ella.



CAPÍTULO 7

LA PLUMA BLANCA DEL SACRIFICIO

Mahishasura cabalgaba veloz por las tierras bajas con los Siete Jinetes del Mal, seguido por su ejército demoniaco de guerreros medio hombres, medio bestias; dando tremendos alaridos y derritiendo la nieve por la que su infernal caballo pisaba relinchando atroz. Una indefensa aldea que asaltar y horrorizar se divisaba a lo lejos, las gentes salían corriendo, huyendo del terror. De pronto, el gran demonio tiró hacia atrás de las riendas y se irguió sobre los cuartos traseros de su bestia, que dio un poderoso relincho de fuego y paró, girando sobre su trote, ante la sorpresa de sus jinetes.

—¿Qué ocurre, amo? —preguntó uno de ellos.

Mahishasura no dijo nada, trotó altivo hacia el frente, mirando con cierta desidia las blancas montañas que hacían techo sobre los bosques de cedros, más allá del valle de Shambala. Levantó la cabeza al aire, olfateando el viento como perro nervioso, y apretó los puños con fuerza entrecerrando los ojos en llamas. Con un sobrecogedor gruñido, rechinó con rabia los dientes y saltaron chispas, sus ojos se tornaron rojos de pura cólera y gritó horrible con rabia maldita.

—En marcha, algún atrevido ignorante trata de alcanzar el templo del Hielo en la morada de los dioses. Uno de los cuatro poderes verdaderos del Brahman ha despertado. Lo noto, percibo su gran poder, late con fuerza en el aire, purificando maldad. Eso solo puede significar una cosa: un osado mortal quiere despertar al Dragón Blanco.

—¿Pero quién? ¡El Majáh está preso de vuestra pica!

El mal no contestó, simplemente rugió rabioso.

—¡Acabemos con ellos! —gritaron los jinetes.

Los demonios olvidaron su ofensiva y galoparon veloces y rabiosos cual diablos que eran, de regreso hacia las montañas de más allá del templo del Brahman. Las gentes de la aldea caían de rodillas dando gracias a los dioses, a la divina Madre Diva.

Al verles llegar en la distancia, las gentes del valle de Shambala huyeron de nuevo a la selva, dejando viviendas y enseres, todo aquello que habían reconstruido. Los guerreros demoniacos se encargaron de destruirlo todo de nuevo, mientras Mahishasura galopaba veloz hacia el templo del Brahman. Llegando al interior del templo, sin frenar su caballo infernal, descabalgó saltando sobre las escaleras del oráculo de la divina Madre Diva, las subió tan rápido como pudo y, de pronto, frenó sus largos pasos.

—¡No es posible! ¡El Majáh sigue aquí, preso de mi lanza! —exclamó furioso.

Frente a él estaba el Maestro, plegado como flor de loto dentro de aquella bola de energía que le protegía del mundo exterior, meditando en silencio, abstraído en otra realidad.

—Si no eres tú... ¿Quién se atreve? —espetó Mahishasura.

El Maestro no respondió, siguió sumido en su sueño.



Y el mal gritó con rabia, todo odio.

Después abrió la boca entre mordidas y estiró sus brazos, lanzando una abrasadora lengua de fuego sobre el Maestro. El áurea divina le protegió de la maldita llamada.

—Nada podrás contra mí. Preso estoy de tu maldad, pero la todopoderosa Madre Diva me mantiene lejos de tus infernales garras. Tiembla, demonio, pues Durga, la guerrera divina, viene a por ti dispuesta a convocar al Dragón Blanco —aseguró el Maestro, sin pronunciar voz alguna.

—¿Quién busca? —preguntó Mahishasura.

El silencio obtuvo por respuesta.

—¿A dónde se dirige? —insistió.

—Nada he de decirte, solo que es un alma pura como el agua más cristalina del manantial; a los infiernos del inframundo te ha de mandar —aseguró el Maestro.

—Ah —volvió a gritar el mal y sacando su ancha espada, esta se hizo fuego y golpeó al Maestro con fuerza.

Pero nada pudo contra aquella esfera de energía divina.

—Lo encontraré. Seguro que avanza hacia la montaña de Meru.

El Maestro cerró los ojos y quedó de nuevo en trance.

Mahishasura se giró con un golpe airado y marchó dando terribles pisotones; de pronto paró y volvió la vista hacia el Maestro.

—Okina, es la hija de Okina. ¿Verdad? Te traeré su cabeza como grato presente —le espetó y, dando una gran carcajada, cabalgó de nuevo sobre su corcel infernal, para alejarse tan rápido como llegó, galopando hacia el bosque de cedros, seguido de los Siete Jinetes del Mal y de su turba de demonios.

El Maestro abrió los ojos, viendo caer los últimos rayos de sol.

—Mi amada Madre Diva, cuida de ellos —susurró—. El mal avanza para destruir tu obra. Escucha mi humilde plegaria: “Madre dulce y bondadosa, que cada una de mis acciones sea de adoración y abandono total de mí mismo, que cada sonido que brote de mis labios sea el canto de tu poderoso mantra que libera los pensamientos que confunden mi mente, que cada gesto de mis manos sea un mudrá surgido de mis manos como sagrado homenaje, que cada uno de mis pasos me lleve hacia tu Ser, que toda comida o bebida se convierta en una ofrenda a tu fuego sagrado, que mi descanso sea una reverencia. Madre, que cada uno de mis actos y de mis alegrías sean de adoración... Mi amada Durga, dales fuerza, la necesitarán.”

En la helada montaña, los cuatro jóvenes dejaban atrás el bosque de cedros conforme caía la noche. El frío se hacía más insoportable en la altura y cada esfuerzo se convertía en un mundo. Se ocultaron en un escarpado que hallaron, donde una pequeña cueva, conocida por los viajeros, ofrecía un buen refugio para esperar la llegada del nuevo día.

—Aquí descansaremos, parece seguro —dijo Budy.

—Sí, mira. Hay restos de una hoguera, algunas pieles y maderos —apuntó Irle.

—Debe ser de las gentes con las que me crucé antes de llegar al valle de Shambala. Mirad alrededor a ver si hay con lo que hacer un fuego que nos caliente. ¡Tengo helado el cuerpo! —mandó Dagi.

—¿Fuego? ¿Con qué vamos a hacer fuego? —preguntó Leka.

—Con esto —aseguró Dagi, sacando dos piedras de pirita de su morral y una sedosa amalgama de hongos y hierbas secas como yesca.



Budy recorrió la cueva, amontonó las ramas que encontró junto con las que consiguieron del exterior y, usando la espada de bronce de Irle, sacó fina viruta de ellas. Acto seguido la posó en el centro de los restos de la hoguera, tomó las dos piedras de piritita y comenzó a golpearlas, una y otra vez, dirigiendo la chispa sobre la amalgama y la viruta...

Sin resultado.

—Dame, yo lo haré —dijo Leka, inquieto.

Al primer golpe, gritó con fuerza. Se había golpeado el dedo gordo y lanzó las piedras al aire mientras se lo chupaba dolorido, con desconsuelo.

Budy lo miró frunciendo el ceño.

—Yo lo haré —aseguró Irle, recogiendo la piritita, riendo.

—Bien, Dagi y yo bajamos un momento al bosque a por más leña. No pierdas las piedras y prepara el fuego.

—No, no... Esto está hecho —aseguró Irle.

El pequeño Budy y Dagi se alejaron de la cueva escuchando el sonido del chocar las piedras de piritita, sin dejar de cesar.

—¿Crees que lo lograré? —le preguntó Budy.

—Sí, claro que sí —respondió ella—. Irle es muy valiente y decidido.

Tras cargar suficiente leña, regresaron hacia la cueva.

No se oía nada.

—¡Ya estamos aquí, dejad que me caliente! —exclamó Budy buscando la hoguera.

Dagi corrió tras él. Entonces vieron que Irle y Leka estaban allí sentados, acurrucados en un rincón: no había fuego. Irle les miró con una mueca rara, mientras apretaba con la mano su dedo hinchado.

—¿Valiente y decidido? —preguntó Budy.

Dagyi sonrió y se agachó a recoger las piedras de pirita. Tiró su melena hacia atrás y comenzó a rozar fuerte las piedras entre ellas, calentándolas, sin dejar de mirar a Irle con una sonrisa. Luego, con dos golpes secos, saltó una chispa sobre la amalgama y el humillo fino comenzó a desprenderse en el aire. La joven soplabla lo justo para avivar la chispa, no más, rodeándola de yesca y viruta fina, con suavidad y ternura. De pronto: la llama avivó el lugar ante los ojos atónitos de Irle y Leka.

—¡Bien, Dagyi! —exclamó Budy.

—¡Fuego! —exclamaron los dos hermanos, cada uno con un dedo hinchado.

No muy lejos de allí, otra hoguera iluminaba la noche. Frente a ella, Mahishasura y sus demonios, los Siete Jinetes del Mal, rumiaban maldiciones sin parar.

—Nos adelantaremos nosotros, así avanzaremos más deprisa. Con todo mi ejército detrás, somos demasiado lentos por estas escarpadas montañas —apuntó el demonio con cierta resignación.

—¿Cómo les encontraremos? Las montañas son grandes y los caminos se hallan cubiertos de densa nieve —señaló uno de los jinetes, mirando las heladas cimas.

Mahishasura, con una tremenda exhalación, tomó unas brasas de la hoguera, juntó sus manos, las frotó entre chispas y llamaradas y las abrió de golpe: una gran bola de fuego se abalanzó sobre el jinete que había osado hablar, haciéndole retorcerse sobre la nieve envuelto en llamas. El cuerpo del monje maligno comenzó a estremecerse horrible, a fundirse como si fuera de cera entre agónicos gritos; formó una especie de aguanieve carnosa, barroza y sucia, que hervía emanando un olor horrible.



Mahishasura se alzó tenso, meneando las manos al aire como si manejara una marioneta de largos hilos invisibles, y con una sonrisa estremecedora le dio forma.

—Tú le encontrarás: serás mis ojos, mis oídos y mi olfato. ¡Sí! —exclamó dando una fuerte palmada al aire con las dos manos, seguida de una solemne carcajada.

De aquella masa viscosa y nauseabunda, se formó lentamente una criatura parecida a un zorro de tonos rojizos, casi negro, con los ojos en llamas, la cual se levantó chillando furiosa, dando vueltas sobre sí misma sin parar, tratando de morderse el rabo entre babas rabiosas.

—¡Guíanos hasta ellos! —exclamó el mal, lanzando una bocanada de fuego.

Aquel oscuro zorro demoniaco, surgido de las entrañas del malvado jinete hecho brasas, de la nieve fundida y los infiernos del inframundo, comenzó a correr desesperado montaña arriba, dando terribles aullidos que bien parecían los gritos de una matanza de cerdos. Mahishasura saltó sobre su caballo y comenzó a trotar tras las huellas de la criatura furiosa; y los Seis Jinetes del Mal le siguieron de inmediato, recorriendo las sendas nevadas desde los bajos valles donde se notaba el calor primaveral, hacia las altas montañas donde todo era nieve. Con su horrorosa mirada puesta al frente, el poderoso demonio galopaba en busca de aquellos que habían osado emprender tal hazaña: tratar de despertar al Dragón Blanco.

Ajenos a la furia que habían desatado tras ellos, los cuatro jóvenes se relajaban en la cueva; atrás dejaban el bosque. El cielo se tornó oscuro, las estrellas desaparecieron y la noche lo llenó todo. Al calor de la hoguera, los muchachos descansaban la fatiga de aquel extraordinario día.

—No paro de pensar en ese lobo blanco de ojos azules, era tan hermoso; a veces pienso que lo llevo dentro de mí —dijo Dagi.

—¿Cómo vas a llevar el lobo dentro de ti? —preguntó Irle.

—No digas esas cosas, me asustas —replicó Leka.

Budy la observaba atento, algo había cambiado en la muchacha, aunque no sabía el qué; ahora la veía más valiente, más decidida. Y pensó si quizá el lobo sí permanecía dentro de ella. Pero no dijo nada, tan solo alzó las cejas, asintiendo.

—Tenemos que encontrar ese dragón y regresar pronto. Aquí hace mucho frío y es posible que tengamos que volver a por provisiones —expuso Leka acercándose más a la hoguera.

—No nos iremos hasta encontrar el Dragón Blanco. Se lo debemos al Maestro, no podemos fallarle, lo haremos por él —apuntó Irle.

—Cuando esos demonios atacaron la aldea, no vi a ningún discípulo defendiendo al Maestro —remugó Budy.

Los dos hermanos quedaron en silencio y se miraron.

—¿No sabes qué ocurrió? —preguntó Irle.

—No. Cuando desperté, todo era fuego y maldad —contestó Budy.

—El Maestro nos despertó a todos, corría junto al gran tigre blanco y nos ordenó que corriéramos a la aldea, a poner a cubierto a cuantos pudiéramos —explicó Leka.

—Yo quise quedarme junto a él, pero no quiso. Sabía que nada podríamos hacer contra ese demonio, y nos pidió que salváramos a la gente del pueblo. A muchos escondimos en la selva y en el cauce del arroyo; si no hubiera sido así, nadie hubiera sobrevivido —apuntó Irle.

—¿Y por qué a mí no me despertó? —preguntó.



Todos quedaron en silencio.

—Pues no sé —alzó los hombros Irle.

—Quizá por que tenías el pergamino —murmuró Dagyi.

—¡Tengo hambre! —exclamó Budy, tras escuchar aquellas palabras—. ¿Qué tenemos para comer? —preguntó, echándose mano a la barriga y un tremendo rugido salió de ella.

—Ten, calma esa fiera —le dijo Irle sacando de su morral un saquillo de momos.

—¡Momos! —exclamó con alegría.

El empacho había pasado y el hambre era grande.

Irle repartió sus momos y Leka ofreció el queso tierno que llevaba. Budy sacó un mendrugo y una sonrisa. Dagyi no sabía que tomar primero, pero comió de todo aunque nada llevaba.

—Dime, Budy ¿vienes de una tierra lejana de gente albina? ¿Por eso tienes ese pelo blanco tan bonito? —preguntó Dagyi.

Budy se miró el pelo, sujetándolo con la mano y alzó los hombros.

—Las lecheras me dijeron que no eres de allí ni de aquí, y nadie sabe de tu procedencia. Dicen que llegaste al valle Shambala sin nada, igual que yo.

El pequeño Budy alzó su cara, pensativo.

—Igual que tú no: a mí no me pegaron con una vara de cedro —respondió.

Y los cuatro rieron.

—En serio ¿de dónde eres? —insistió la joven.

—¡No sé! Cuando desperté estaba en el templo. El Maestro me recogió del bosque, eso me dijo. No recuerdo nada, era muy pequeño.

—¿Nada?

—Bueno, aunque no logro verla, sí recuerdo el calor de mi madre, una profunda sensación de amor y su mirada llena de ternura —aseguró con nostalgia—. ¡Sus ojos son verdes! Me gustaría tanto encontrarla y saber más de ella.

—¡Qué bonito! Cuando encontremos al Dragón Blanco y acabemos con ese espantoso demonio ¡buscaremos a tu madre! ¿Te gustaría?

—Sí, claro que sí, sería estupendo.

—Nosotros te ayudaremos, daremos con tu madre —apuntó Irle dando un pequeño golpe con el codo a su hermano, el cual comía dichoso junto a la hoguera.

—Sí, cuenta con nosotros —le siguió Leka.

Cansados como estaban, tras la escueta cena, Leka y Budy no tardaron en tumbarse a descansar. Irle permanecía despierto, sin dejar de observar a Dagyi que, en la boca de la cueva, permanecía sentada junto a la ladera norte, desde donde se avistaba gran parte del camino recorrido, esperando quizá su compañía.

El joven se levantó buscando valor para vencer su timidez y se acercó a ella. Dagyi, al oírle llegar junto a ella se giró sonriendo enorme; su corazón había empezado a latir fuerte por él. ¡Era tan valiente y noble! ¡Y guapo!

—¿Crees que lo conseguiremos? —le preguntó.

—Sí, desde luego. No podemos fallar al Maestro, su vida y la de muchos depende de nuestra suerte —contestó Irle sentándose a su lado y miró al infinito.

—Budy es encantador.

—Sí, es un gran muchacho. ¿Dónde aprendiste a hacer fuego, a trepar por los árboles y a usar la daga?

—Mi padre me enseñó.

—El gran Okina ¿verdad?

—Sí, soy su única hija y su mejor discípula.



—¿Sabes que fue de él?

—No quedó nadie en el templo con vida, todo era desolación. Me temo que estoy sola, muy sola —asintió ella dejando escapar una lágrima furtiva que recorrió su mejilla, embelleciendo su rostro ante los ojos del muchacho.

—No digas eso, no estás sola y lo sabes —aseguró Irle y, tratando de vencer su timidez, secando aquella lágrima con sus dedos, le tomó la mano y se acercó a ella, mucho, quedando frente a frente, casi rozando sus labios.

Y la besó dulcemente.

—Yo te...

Un chillido espantoso les sobrepuso a ambos, interrumpiendo las palabras de Irle y acabando con aquel momento tan romántico.

Dagyi se levantó asustada e Irle volvió la vista: frente a ellos, en la boca de la cueva, la criatura salida del calor de los infiernos, medio zorro, medio demonio, se erizaba y chillaba con fuerza, una y otra vez, rechinando sus molares y enseñando sus largos colmillos entre fuertes retortijones y, de forma intermitente, dando vueltas tras su propia cola, mordiéndosela. Y paró, quedó quieta, mirando, con el pelo del lomo erizado, girando la cabeza y clavando sus malvados ojos de fuego en ellos.

Budy y Leka salieron corriendo, restregándose los ojos aún hinchados.

—¿Qué bicho es ese? —preguntó Leka.

—No sé, pero feo es con ganas —respondió Budy.

—Dale un momo a ver si se marcha y nos deja dormir.

Aquel demonio alzó sus cejas al escuchar a los dos jóvenes, molesto como si le faltaran al respeto. Ladeó la cabeza y sus ojos brillaron como piedras candentes, y volvió a chillar abriendo sus fauces.

—¡Mahishasura! —exclamó Budy al verle, recordando los ojos del demonio cuando arrasó el templo del Brahman—. ¡Es él, nos persigue y nos ha encontrado!

La criatura infernal se dispuso a saltar sobre ellos cuando, sin un ruido, rasgando la negra noche, un destello cruzó el cielo. Un hermoso búho nival, blanco como la nieve y adornado de mancha negras como el carbón, cayó sobre el zorro demoniaco, clavando una de sus garras en el lomo y aplastándole la cabeza bajo la nieve con la otra mientras extendía sus grandes alas sobre su cuerpo, cubriéndolo por entero.

Y Mahishasura dejó de ver, oír y oler.

—¡Ah! ¿Qué ha pasado? ¡Mis ojos se han cegado! —se preguntó atónito el demonio mientras cabalgaba entre la densa nieve, seguido por los Seis Jinetes del Mal.

Mahishasura frenó de golpe su galope, maldiciendo el aire que respiraba y, de un salto, descabalgó. Con cada paso que daba, la nieve se derretía y la tierra se abría formando lodo hirviente. Habían llegado al precipicio donde los muchachos burlaron al oso pardo, donde se encontraron con el divino lobo blanco. Tras ellos, en el valle de Shambala, habían dejado acampado su ejército de guerreros medio hombres, medio bestias; con la sabida intención de avanzar más deprisa.

—¡Aquí hay sangre, amo! —exclamó uno de los jinetes, agachándose y untando su dedo en una mancha roja, oscura, que destacaba sobre el manto blanco.

—¡Buscadles! ¡Traédmelos! ¡Ya! —exclamó Mahishasura, esbozando una retorcida sonrisa.

Los Seis Jinetes del Mal estuvieron merodeando por la zona y bajaron hasta el río hecho hielo mientras el malvado demonio rascaba su mentón con la cabeza erguida.



—¿Y mi criaturita hermosa, donde está que no veo? —murmuraba pensando en el zorro demoniaco, acariciando su enorme bigote—. Le arrancaré las tripas...

—Allí abajo hay unas palas para andar sobre la nieve, ocho en total, abandonadas, y también rastros de sangre y muchas huellas de oso por todos lados, amo —aseguró otro de ellos acercándose al gran demonio.

—¡Se los ha comido un oso, amo! —exclamó un tercero con una gran sonrisa, el cual lo seguía de cerca, y le enseñó la nieve roja de su mano.

Mahishasura le tomó por la muñeca y alzó el puño, para olfatear la sangre que impregnaba la nieve de los dedos del monje maligno.

Le miró y le sonrió.

De un bocado, le comió la mano entera.

—¡Burro! ¡Más que burro! ¡Es la sangre de un burro! ¡Nos han burlado! ¿Y mi criaturita? ¡Qué pasó? —espetó dando altas voces, agitando los brazos y saltando sobre su infernal caballo.

El monje maligno gritaba sin mano conforme caía de rodillas, apretando su muñeca amputada contra el cuerpo, y se alzó rápido para tirarse a los pies del terrible demonio.

—Ah, me muero, me desangro —suplicó el monje.

Mahishasura le miró con cara de paciencia y desprecio y gruñó.

De pronto, le surgió otra mano al monje maligno; enorme, fea y peluda.

—Son cuatro muchachos, discípulos de Majáh. ¡Unos niños! Los he visto a través de los ojos de mi criaturita. No se hayan lejos, pero ya no veo —afirmó Mahishasura ignorando las palabras y los lamentos del monje, mientras los otros observaban en silencio.

En la entrada de aquella cueva, los cuatro jóvenes permanecían en silencio, mirando anonadados la trágica escena que acontecía: la criatura infernal no paraba de chillar intentando rehacerse, huir. Un enorme búho blanco la mantenía firme bajo sus garras, golpeándola una y otra vez contra el suelo, quebrándole el espinazo y aplastando su cráneo.

El gran búho estiró con fuerza su garra, hundiendo la cabeza del zorro infernal todavía más en la nieve, parando en su lucha ganada. Y posó sus enormes ojos amarillos sobre ellos.

—Mahishasura anda muy cerca —dijo con total serenidad, ante la sorpresa de los muchachos—. Este es su voraz lacayo. Es su vista, sus oídos y olfato. Yo me lo puedo llevar lejos, pero tendrá un precio.

Los cuatro jóvenes se miraron sobresaltados, atónitos ante las palabras de aquel hermoso búho que les miraba de lado, altivo, que les hablaba.

—Un búho que habla —murmuró Leka.

—Como el lobo blanco —apuntó Danyi.

—¿Un precio? —preguntó Budy, centrado en la rapaz.

—Un alto precio. ¿Aceptáis? —preguntó el búho.

—¿Qué precio es ese? —preguntó Irle con la espada de bronce en la mano.

—Eso lo sabréis a su debido tiempo. ¿Aceptáis?

Una nueva mirada entre ellos mismos, estaban indecisos sin saber cierto qué contestar. Mientras, aquella criatura infernal no paraba de patalear y gemir presa del búho, con la cabeza hundida en el blanco manto, lanzando nieve con las patas hacia los lados.

—Mahishasura no tardará en hallaros si permito que este diablo fije sus ojos, sus oídos y su olfato de nuevo



en vosotros —advirtió el hermoso búho, dando un nuevo apretón con sus garras que inmovilizó a la criatura del averno con un crujido agónico.

—Aceptamos, pagaremos lo que sea preciso. Pero aleja de nosotros a Mahishasura y a sus demonios, de ello depende nuestro mundo —aseguró Dagi.

—Sabia decisión —afirmó el búho.

Luego, cerró con fuerza sus aceradas garras y un último chillido se escuchó en la oscura noche. Voló alto, muy alto, llevándose con él aquella criatura del averno entre sus garras para dejarla caer desde el cielo. El cuerpo sin vida del animal se estrelló contra las rocas y cayó a los pies de Dagi, hundiéndose un palmo en la nieve del tremendo golpe.

El búho se posó suavemente, sin un ruido, junto a ella, en una roca.

—Te quiero a ti —le dijo.

Dagi abrió los ojos, sorprendida, girando la cabeza de lado, sin comprender.

—Salta al desfiladero, cumple tu parte y tus amigos llegarán a su destino esquivando la ira de Mahishasura —ordenó el búho.

—¿Saltar? —se preguntó ella y se asomó a la oscuridad infinita del desfiladero.

—Es un sacrificio justo. Es lo pactado, mi precio.

—Se matará —tartamudeó Budy.

—No, eso no es un precio justo —dijo Irlle, tajante.

—Solo así, conseguiréis vuestro propósito. Ella fue quien aceptó el trato. Debe cumplir, pues. ¡Salta! —ordenó el búho agitando sus grandes alas.

—¡Ni soñarlo! ¡Ella no saltará! ¡Antes me enfrentaré contra todos los demonios de este y cualquier otro mundo! —gritó Irlle templando la vieja espada de bronce.

El búho le observó por un momento, le ignoró y volvió a fijarse en Dagyi.

—Si no saltas, el trato se romperá, la criatura regresará y Mahishasura os devorará el alma con sus llamas infernales esta misma noche. Es la pura realidad. Tú bien lo sabes, recuerda a tu amado padre Okina: Mahishasura se viste con su cuerpo y su alma es presa del mal.

Dagyi quedó temblando de pena, sin palabras.

—Pero búho... —fue a hablar Budy.

—Solo pido lo acordado, es lo justo, ni más ni menos —le interrumpió el búho, girando su cabeza casi por completo—. ¿Vas a permitir que devore a tus amigos? —le insistió a Dagyi.

Ella levantó su rostro decidida, miró a sus amigos y dio un paso al frente.

—¡Saltaré!

Irle lo impidió, sujetándola del brazo y abrazándola con fuerza. Entonces, el búho fijó sus grandes ojos en el pecho de la muchacha. Y vio que Dagyi se había adornado con el colmillo del lobo blanco, portándolo en el cuello como colgante.

—Veo, veo... ¡El colmillo de la astucia! Bien. Pues entonces no debes saltar, pues ya demostraste quién eres —afirmó el búho para consuelo de los muchachos.

La hermosa rapaz voló para posarse en una roca más cercana, junto a los muchachos, sobre la misma entrada de la cueva. Les miró uno a uno, girando la cabeza de nuevo, de lado a lado, como buscando desde la altura.

—¿Quedamos libres del compromiso? —preguntó Leka con una sonrisa tonta.

—Es de justicia cumplir lo acordado —apuntó el búho.

—¿Entonces? —preguntó Budy.



—Ella no saltará. Que salte uno de vosotros y me daré por bien cumplido.

—Nadie saltará —respondió Irle.

—No lo comprendes, búho, es necesario que permanezcamos juntos para cumplir nuestra misión —expuso Leka.

—Eso no es cierto. Además, es lo pactado, el precio —replicó el búho.

—Una vida es un precio demasiado alto —apuntó Budy.

—Entonces ¡todos moriréis! —exclamó el búho.

Y la rapaz alzó el vuelo, extendiendo sus grandes alas blancas a la vez que la criatura del averno daba un triste espasmo de vida y un pequeño gruñido, patético, mientras sus ojos comenzaban a encenderse y brillar de nuevo como ascuas.

—¡Allí, abajo! ¡Es Mahishasura! —exclamó Budy al observar hacia la profundidad del acantilado, donde se discernía, a los lejos, una columna de jinetes con antorchas en alto.

Y los cuatro se asomaron valientes, con la cara desencajada y el miedo en el cuerpo.

—Todavía no sabe dónde estáis, muy pronto lo sabrá y todo habrá acabado. La vida de uno de vosotros salvará la de los otros tres —dijo el búho posándose de nuevo en la roca.

Los cuatro muchachos se miraron entre ellos, sin saber qué hacer.

—¿Hay trato? ¿Cumplimos lo pactado? —insistió la rapaz.

—Yo no soy necesario. Pero ellos sí. Yo cumpliré el trato, amigo búho —apuntó Leka y, sin dar tiempo a reacción alguna, corrió hacia el acantilado y saltó.

—¡No! —gritaron sus compañeros.

Entrechocando su curvado pico de rapaz, el hermoso búho fijó sus grandes ojos amarillos en Leka, observando al muchacho precipitarse en el vacío en silencio, valiente, sin un grito que delatara la situación de sus amigos.

Irle y Budy corrieron al filo del acantilado, estirando sus manos en vano: Leka había desaparecido en la oscuridad de la altísima caída. Dagyi, angustiada, se tapó la cara con las manos para no ver y se echó a llorar.

El infernal zorro gruñó despierto, levantándose entre espasmos y quejidos, tratando de morderse la cola. El búho saltó sobre la criatura del averno aplastando de nuevo su cráneo, cerrando sobre él sus poderosas garras y apagando aquellas llamas vivas de sus ojos demoniacos. Acto seguido, observó en silencio a los jóvenes: Dagyi lloraba de rodillas, Irle había quedado sin voz mirando al vacío y Budy le miraba fijamente con la tristeza reflejada en el alma.

La rapaz se elevó arrastrando tras de sí aquel animal infernal, al que soltó en el vacío inmenso, en la profundidad del colosal cortado. Luego ascendió más y más. Cuando apenas se veía ya como una diminuta mancha blanca, se difuminó en la oscuridad de la noche.

Conforme la pena y la angustia recorría los corazones de los jóvenes amigos, de pronto, Leka cayó estrepitosamente sobre la nieve, junto a Dagyi, como salido de la nada y todos saltaron de alegría al verle.

—¡Ah! ¡Leka! —exclamaron los tres.

—¿Dónde estoy? ¡No es posible! Pero si he saltado —preguntó Leka, tumbado boca arriba en la nieve.

Y los tres saltaron sobre él y le alzaron, abrazándole una y otra vez.

—Parece que al final el salto no fue tan grande —apuntó Budy con una sonrisa temblorosa, mientras Irle se abrazaba



con fuerza a su hermano y Dagyi se sentaba satisfecha, mirando al cielo, pensando en la rapaz, en aquella prueba de fe.

—¿Y el búho? —preguntó Leka.

—¡Mira! —exclamó Dagyi.

Aquel hermoso búho nival había desaparecido, pero una suave pluma blanca con motas negras descendió dando pequeños círculos, meciéndose en el aire y, ante los ojos de los jóvenes, nublados por la emoción, se posó en el hombro de Leka.

—El búho solo quería comprobar si éramos capaces de cumplir el trato —aseguró Dagyi.

Y los cuatro quedaron observando la pluma que Leka mantenía en su mano.

—Vámonos de aquí, Mahishasura se acerca y tenemos que darnos prisa —les apremió Budy asomándose al precipicio, buscando la lejana columna de antorchas que se divisaba abajo, en la oscuridad del profundo cortado.

—Debemos dejarlo atrás —replicó Dagyi.

—Sí, apaguemos la hoguera y continuemos antes de que encuentre de nuevo nuestro rastro, quizás envíe otro zorro o lo que fuera ese bicho —apuntó Irle.

Leka observó la pluma del búho blanco por unos momentos y se la colocó en su gorro de piel, todavía temblando de la emoción del salto, de la caída, del emotivo abrazo de sus amigos.

—¡Vamos, vamos! —exclamó con prisas.

Un terrible grito se escuchó en la montaña, resonando su eco por doquier. Mahishasura gritaba tirando de las riendas de su infernal caballo, el cual se irguió sobre los cuartos traseros y relinchó tremendo.

—¡Lo siento crecer! —exclamó rabiando.

—Mi amo ¿qué ocurre? —preguntó uno de los Seis Jinetes del Mal.

—Un nuevo poder ha despertado y habita entre esos jóvenes. ¡Ah! ¿Cómo puede ser? —se preguntó el demonio, entrechocando sus poderosos puños, saltando chispas.

En ese momento, el cuerpo sin vida, mitad monje maligno, mitad demencial criatura con forma de zorro que había creado, cayó desde las alturas ante los cascos de su caballo; y comenzó a fundirse lentamente ante su mirada seria, quedando hecho barro sucio y desprendiendo un hedor inaguantable.

Mahishasura giró la cabeza de lado a lado, crujendo su cuello, observando como su criatura se convertía en nada ante el silencio de los demás jinetes.

—Les arrancaré el corazón a los cuatro y me los comeré con cebolla dulce, para saborear mi venganza. Sí, eso haré —susurró y levantó la vista hacia las cumbres borrascosas—. ¡Vamos! ¡No deben andar lejos!



CAPÍTULO 8

LA ESPADA DEL AMOR

El día despuntaba al alba, frío y sin sol. El pequeño Budy y sus amigos seguían ascendiendo por los caminos helados que les acercaban a la montaña sagrada de Meru, surcando con valor las gargantas más altas, dejando atrás los terribles alaridos de Mahishasura y la cueva en la que encontraron el divino búho nival. No habían parado en toda la noche. Pero todavía tenían fuerzas para seguir, pues entre ellos no paraban de animarse y ayudarse los unos a los otros.

—Mirad, allí hay un grupo de hombres —dijo Leka, al salir de un recodo aristado del paso.

—Parecen guerreros, llevan espadas —apuntó un desconfiado Irle.

—¿Qué hacen? —preguntó Budy.

Dagyi observaba en silencio.

—Parece que tratan de rescatar de la nieve los restos de un carro, quizá sepultado en un alud —añadió Leka—. ¿Les ayudamos?

—No, son bastantes, demasiados, y tal vez ellos mismos lo sepultaran para hacerse con sus bienes; creo que no son guerreros, sino bandidos. Sigue caminando, no pares —apuntó Irle con preocupación.

—Tratemos de pasar sin que nos vean, en silencio — susurró Dagi.

En ese momento, la muchacha tropezó, se dobló el tobillo y lanzó al aire un pequeño quejido de dolor mientras caía. Dos de aquellos hombres se giraron al oírla, viéndoles, y sonrieron abriendo sus pequeños ojos poblados de grandes cejas escarchadas.

—Habíamos quedado en silencio —murmuró Budy arrugando los labios, mientras Irle ayudaba con cierta prisa a Dagi.

Los hombres pararon en su empeño con aquel carro sepultado por la nieve, volviéndose despacio hacia los muchachos, para seguirles con la mirada. Ellos continuaron su camino en fila india tratando de ignorarles, de ser ignorados, agachando la cabeza, acelerando el paso.

Dagi levantó la vista y sus ojos se cruzaron en silencio con los de aquellas personas, viendo lo que hacían, percatándose de que les vigilaban.

—Tratan de sacar sacos y cofres del carro —apuntó ella.

—Nos están mirando —indicó Irle.

—Nos han visto —remugó Budy.

—¿Qué hacemos? —preguntó Dagi.

Nadie parecía saber qué hacer.

—¡Ey! ¿Sabéis donde está la garganta del Águila? —les preguntó Budy.

—Pero ¿qué haces? ¿No ves que son bandidos? —le recriminó Irle en voz baja.

—Nos han visto, tenemos que saber lo que son en verdad. ¿Y si son bandidos y nos siguen? —replicó Budy.

Cuatro de los hombres, fornidos y de caras enjutas, se acercaron unos metros, frotando sus manos y castañeando los dientes, con una sonrisa forzada.



—Allí está la garganta del Águila, un poco más adelante. Pero no vayáis más allá, pues se alza la montaña de Meru y los dioses podrían ofenderse —contestó uno de ellos.

—Ayudadnos a sacar este carro de la nieve, acompañadnos al fuego y luego, os llevaremos hasta el pequeño valle de hielo que abre el paso a la garganta del Águila. ¿Andáis perdidos? ¿Qué vais a hacer allí, acaso una promesa? —preguntó otro de aquellos hombres, enorme y con un sable ancho en su mano, sin apartar la vista de la bella Dagi.

Budy supo que eran en verdad forajidos al cruzar los ojos con ellos, pues destilaban pura malicia y todos se fijaban únicamente en Dagi. Pronto temió que decidieran asaltarles y hacerle daño a ella y eso no podía ser, él la cuidaba.

—No, no, gracias. Seguiremos solos, tenemos prisa —les respondió.

—Esperad ¿no vais a ayudarnos con el carro? No es propio de hombres de montaña, la solidaridad ante todo —insistió uno de ellos alargando su venablo y acariciando su larga barba, tan escarchada como sus cejas.

—¿Qué prisa hay? La montaña no se irá. Luego os acompañaremos, así no os perderéis —apuntó otro de ellos.

—No es buena idea andar solos por estos parajes, muchachos. Dicen que hay muchos bandidos... Malos, malos de verdad —señaló un tercero abriendo sus ojos exageradamente.

—Lo siento mucho, pero en verdad tenemos prisa. Nos esperan con impaciencia más adelante y no quisiéramos preocuparles. Además, no necesitáis nuestra ayuda, pues el carro tampoco se irá y veo que sois muchos. De todas formas, gracias —se despidió de ellos Irle y aceleró el paso tirando de sus compañeros.

—Tranquilos. Ya nos veremos, buen viaje —le contestó el hombre enjuto de larga barba, observando cómo se alejaban con cierta inquina mal disimulada.

—Sí, muy pronto nos veremos —susurró otro de ellos.

Dagyi y los tres muchachos siguieron su camino, en silencio, rápido. La nieve comenzó a caer con fuerza mientras se alejaban, sin quitar la vista de aquellos hombres que tomaban todo lo que podían del viejo carro comido por la nieve, del que una mano congelada con los dedos agarrotados asomaba atestiguando la angustia de unas vidas perdidas.

—¿No sería mejor que nos acompañaran esos hombres? Si vamos solos podríamos perdernos o caer en manos de bandidos —comentó Leka dudando que fueran bandidos.

—No, de ninguna manera. Mejor continuamos nuestro camino. La tormenta es menor peligro que esos hombres, villanos que no tardarían en asaltarnos —aseguró Irle.

—Quizá sean hombres de bien —dudó Leka.

—Leka, son bandidos —le confirmó Dagyi.

—¿Cómo lo sabes? No nos han hecho nada. Además ¿qué nos van a robar si no tenemos nada? —replicó Leka.

—Quizá tengas razón. Pero no me gustó como nos miraban —dijo Dagyi.

—Atrás quedan, mejor —apuntó Budy.

—Sí que llevamos algo de gran valor y podrían hacernos mal, son muchos y están armados. No son aldeanos, aceleremos el paso —aseguró Irle apremiando a sus compañeros.

—¿Qué llevamos de gran valor? —preguntó Dagyi.

—Sí ¿qué llevamos de gran valor? Como no sea hambre —apuntó Leka.



Irle quedó en silencio, sin contestar, apresurando el paso. Budy miró a Dagi y le sonrió de forma escueta.

—¿Budy? —preguntó ella con cierto temor.

—No te preocupes, nosotros cuidaremos de ti.

La joven le miró seria y luego, a Irle. Las palabras de Budy la intranquilizaron en vez de calmarla. Se giró para asegurarse que nadie les siguieran y tragó saliva pensando que ella era lo que más podían ambicionar aquellos bandidos.

Anduvieron más allá del medio día ascendiendo por los estrechos pasos de montaña, cada vez más alto, hacia la cima, sin apenas descanso. La tormenta se disipó. Pero el viento no cejó en su empeño de soplar con fuerza acelerada entre las formas caprichosas de la garganta de hielo que recorrían. Conforme avanzaban, la incertidumbre ahondaba más en sus pensamientos.

La capa de nieve se había hecho tan gruesa bajo sus pies que a cada paso, sin las palas, se hundían hasta más arriba de las rodillas. El viento les impedía avanzar seguros y hacía que los copos de nieve volaran del suelo y les golpearan en la cara, cubriendo sus cejas de un fino manto blanco y helando sus labios.

—El camino se estrecha cada vez más —dijo Irle, preocupado.

—Y no se ve final alguno. ¡Qué frío! —apuntó Leka dando tiritones.

—¡Debe de haberlo! —exclamó Budy.

—Sí, la garganta tiene que llevarnos hasta el valle, frente a la sagrada montaña de Meru, la morada de los dioses. Hasta esos bandidos lo sabían —aseguró Dagi.

Una gran carcajada resonó de pronto entre las paredes de hielo, tras ellos.

Los cuatro se giraron alarmados, viendo a lo lejos aquellos hombres de anchas espadas y enjutos rostros, siguiéndoles y gritando entre fuertes risotadas.

—¡A dónde vais, pequeños?

—¡Venid con papá! —gritaban.

Budy les miró y apretó los dientes.

—¡Los bandidos! ¡Nos han seguido! —exclamó.

—Ya deben de haber saqueado el carro y vienen a por más —dijo Dagi.

—Debemos seguir, les dejaremos atrás —apuntó Irle.

—¡Os vamos a castigar por haberos portado tan mal! —exclamaron de forma sarcástica los iracundos personajes, delatando sus malvadas intenciones.

—¡Corramos! —saltó Leka.

—¡A dónde? El camino no lleva a ninguna parte y apenas podemos andar —apuntó Dagi, mostrándose muy nerviosa, pues sabía que venían a por ella.

—¡Por aquí! ¡Sigamos por esta senda de hielo! Hasta algún lugar tiene que llegar, quizá podamos despistarles, parece que avanza hacia el interior de la montaña —aseguró Irle, desviándose por un paso todavía más estrecho, de altas paredes de hielo.

Los jóvenes corrieron y corrieron, frenados por la densa nieve, brincando desesperados, con la esperanza de perderles cuanto antes. Pero los bandidos les siguieron sin perder la pista, entre resonantes carcajadas que iban a más. Sabían que la garganta del Águila, una vez llegados al valle de hielo, no tenía salida alguna, no tenían prisa. Podían asaltarles en la impunidad de la nada, sin escape alguno, ahora mismo o más tarde. Y disfrutaban haciéndoles sufrir, gritando y riendo conforme entrechocaban las espadas, picas y hachas entre sí para atemorizarles.



—Os vamos a dejar sin nada —gritó uno de ellos, con voz socarrona.

—Y tú, niña hermosa, vendrás con nosotros —aseguró otro bandido.

—Sí, sí. ¡Sí! —gritó excitado un tercero, con la lujuria brillando en sus malvados ojos.

De pronto, al girar un recodo en un cruce de pasillos, las voces cesaron.

Budy miró atrás intentando distinguir algo entre la nieve. Durante unos segundos todo estuvo en calma. Y albergó la esperanza de que los bandidos no se hubiesen percatado del camino que habían tomado entre los estrechos pasos de hielo y desistieran.

—No les veo —susurró.

Pero al instante, vio una figura en movimiento tras sus pasos y, enseguida, otra un poco más atrás. Los bandidos aparecieron corriendo y gritando.

—¡Siguen ahí! —exclamó Budy

—Tenemos que seguir adelante —insistió Irle, tirando de la mano de Dagi.

—No puedo —sollozó la muchacha, parando, y cayó sentada.

—¡Arriba! —la animó Budy.

—Las piernas ya no me responden, estoy helada —respondió ella.

—¿Cómo que no puedes? —preguntó Budy.

—¡Me quieren a mí, corred vosotros! —exclamó Dagi.

—Tú vienes con nosotros. ¿Cómo vas a quedarte aquí? —replicó Budy.

—Dagi, aquí nadie se queda atrás —asintió Leka.

—No te quedarás es este pasillo de hielo para carnaza de esos perros, y menos para salvar nuestras vidas. No temas,

nosotros cuidaremos de ti —apuntó Irle con decisión y la alzó en brazos; ella lo envolvió, agarrándose al cuello, y posó la cabeza en su pecho.

Con gran esfuerzo, avanzaron en su huida sin lograr dejar atrás a los bandidos.

Y llegó un momento en que la estrechura del camino, cada vez más prieta, apenas les permitía continuar. El hielo se erguía por metros a ambos lados, impidiendo maniobrar en cualquier otra dirección que no fuera tratar de avanzar o retroceder.

Los bandidos se acercaban cada vez más, sus risotadas eran insoportables. Dagi, temerosa, se tapaba los oídos con las manos para no escucharlas. Budy y los dos jóvenes pararon y dieron media vuelta. Frente a ellos aparecieron aquellos hombres, en fila india, en el estrecho camino de hielo, sonriendo, con sables y hachas en las manos.

—¿A dónde vais, pobres desgraciados? —preguntó el primero con una ancha hoja dando círculos al lado de su pierna.

—Dadnos cuanto poseáis y a la chica —espetó otro de ellos acercándose y sacando la cabeza por encima del primero, intimidándolos con un hacha enorme.

—La chica, no —replicó Budy sacando su pequeña daga.

—¡Nos la llevamos, necesitamos quien nos caliente el té y el lecho!

—Venid a por ella —espetó Irle.

—Dame a la chica y quizá respete vuestras vidas —aseguró uno, guiñando un ojo.

—¡Ni hablar! ¡Antes muerto! —exclamó Irle y bajó a Dagi de su brazo, apostándola tras él. Luego, empuñó su vieja y mellada espada en alto, templándola al aire de lado a lado, cual diestro guerrero.



—Es el fin, no podremos con todos —susurró Leka, resoplando, y agitó su gruesa vara de cedro, amenazante.

Cuando atacó el primero de ellos, Irle paró el golpe con la espada y Budy, asomando entre sus piernas, clavó la daga en el pié derecho del bandido. Leka, por encima del hombro de su hermano, le dio fuerte en la cabeza con el cedro.

—¡Ah! ¡Será posible! ¡Malditos críos! —gritó el bandido, alejándose entre empujones de sus propios compinches, cojeando y con una mano en su maltrecha cabeza y la otra en el pie.

Otro de ellos avanzó por el estrecho pasillo y con un grito y la espada en alto, se echó sobre ellos. Se volvió a repetir la misma escena, aunque Budy esta vez le hirió el pie izquierdo y Leka le introdujo la vara en un ojo, dejándole tuerto.

—¡Os mataré y luego, os mataré otra vez! —se retiró gritando.

—La estrechez del paso no permite que nos ataquen todos la vez —dijo Budy con una sonrisa valiente.

—Eso juega a nuestro favor. Ánimo, aprovechemos esta oportunidad —apuntó Irle.

—¡Podremos con ellos! —exclamó Leka.

Los bandidos se replegaron por un momento, susurrando y mirándoles de reojo.

—Esos niñatos saben de artes marciales —aseguró uno de ellos observándoles y rumiando maldiciones.

Al momento, todos se alejaron con prisas.

—¡Retroceden! —exclamó Irle, expectante, con la vieja espada de bronce templada.

Los cuatro muchachos aprovecharon para continuar ascendiendo por el estrecho pasillo, con cierta alegría

tras su inesperada victoria, pues los bandidos se habían marchado. Pero apenas habían pasado unos minutos, regresaron esgrimiendo largas picas.

—¡Regresan con lanzas! —apuntó Leka.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dagyi, alarmada.

Los bandidos fueron a por sus largas picas, de puntas afiladas, para luchar con la seguridad de vencer en la distancia, burlando la estrechura del camino, y se echaron sobre ellos gritando.

—¡Sois nuestros!

Una masa enorme de nieve, piedra y cascotes de hielo cayó sobre ellos de pronto, resonando con un gran estruendo, sepultando hasta la mitad de sus cuerpos a la mayoría de los bandidos y haciendo caer a los demás. Tras un escaso momento de silencio abrumador, ante el desconcierto de los jóvenes y de los bandidos, un terrible rugido, bestial, resonó con fuerza entre los bloques helados, desprendiéndose pedazos enteros de las lisas paredes.

Y todos se giraron.

Una enorme criatura, mitad hombre, mitad bestia, de pequeños y brillantes ojos oscuros, con una rala melena y el cuerpo cubierto de un gran manto de pelos blancuzcos, y que despedía un tremendo olor, muy desagradable, se acercó agitando sus largos brazos peludos al aire y dando continuos zarpazos con las manos. Comenzó a correr a dos pies rugiendo y saltó sobre aquellos desalmados. A golpes y mordiscos, lanzándolos a los lados, partiéndolos como cañas de paja, en unos momentos, acabó con todos ellos entre gritos y tremendos porrazos, como si nada fueran.

Era un ser sobrenatural, una gran criatura de más de tres metros de alto y dos de pecho que, tras crujir a los bandidos, se irguió con uno de ellos prieto del cuello en su



mano y con otro mordido de un muslo, y posó la mirada sobre los cuatro muchachos.

—¡Es, es... muy grande! —susurró Budy meneando su pequeña daga.

—Sí —contestó Leka y tragó saliva.

—¿Qué hacemos? ¿Qué quiere? —tartamudeó Dagyi.

Irle avanzó dos pasos y se puso delante de sus amigos, decidido y valiente, en guardia con la espada, temblando las piernas. Aquel ser enorme escupió el hombre que tenía en la boca y lanzó al otro al aire, estrellándolo contra un bloque hielo; y caminó hacia ellos con la espalda arqueada y aquella poderosa mandíbula de largos colmillos abierta. De su fétida boca salía el aire hecho humo y la saliva le resbalaba mezclada con la sangre de aquellos hombres.

De pronto paró y venteó el aire, pegó un brutal eructo y gruñó enfadado. Miró hacia atrás, para observar a los bandidos, que permanecían dispersos entre los cascotes, la nieve y el hielo, como si fueran muñecos rotos. Luego volvió a fijar sus pequeños y brillantes ojos en los muchachos y avanzó hacia ellos dando manotazos espontáneos al aire, rugiendo feroz.

Irle, tragándose sus miedos, apretó los dientes y, templando la vieja espada, corrió hacia la bestia y le lanzó un duro mandoble. Aquel tremendo ser detuvo fácilmente el golpe con una mano, con la cual sujetó firmemente la mellada hoja de bronce que comenzó a doblarse; con la otra mano alzó al aire al muchacho, apretándole del cuello, haciéndole patalear entre gemidos y gritos ahogados por la presión.

—¡No! —gritó Dagyi y se lanzó valiente sobre aquel ser, golpeando con furia, con los pies, con las manos—. ¡Libéralo, so bestia!

El hombre peludo, pestoso y grasiento miró con sorpresa a Dagi, la cual no paraba de maldecir y darle patadas en sus enormes y peludas piernas. Le dio un empujón con la palma de la mano abierta, enviándola volando sobre Leka y Budy, que corrían hacia la bestia esgrimiendo la vara de cedro y la pequeña daga. Los tres cayeron rodando unos metros hasta quedar estampados contra el hielo, amontonados unos sobre otros entre gemidos dolidos. Después, aquel ser fijó su vista en Irle y comenzó a apretarle el cuello. La cara del joven, con la lengua fuera, se tornó roja, muy roja; apenas podía gemir ni respirar.

—¿Qué es esto? —preguntó la abominable bestia con una voz tan ronca y desagradable como parsimoniosa, al ver asomar el mechón de pelo negro de Dagi con cintas rosas colgando del cuello de Irle.

La criatura aflojó del cuello de Irle la presión que le asfixiaba, que le mataba, hasta cejar en su empeño por completo. Pero no soltó la espada. Tomó con sus vastos dedos el mechón y sintió relajarse su cuerpo, como si una agradable sensación de paz y felicidad le colmara.

—Es amor... Hum —susurró con su ronca voz.

—¡Suéltale! —gritó Dagi.

—¡Amor! ¡Qué emocionante! —exclamó aquel ser feo y peludo, mostrándose abstraído.

Dagi, enojada, le quitó la vara de cedro a Leka de un tirón y corrió de nuevo hacia la bestia, agitándola con notable locura, enfado y valentía.

—¿Es tuyo? —se cuestionó la bestia, mostrándole el mechón.

Dagi no supo que responder, sorprendida por la pregunta. Y asintió recelosa, mientras ladeaba el cedro, acercándose lentamente.



Aquel ser pareció sonreír, apretó con fuerza la hoja oxidada de la espada, que cortó la carne oscura de su propia mano con la presión. Comenzó a manar abundante sangre entre sus vastos dedos, espesa y de un tono azul turquesa, la cual se deslizó por toda la hoja, bañándola por completo, y una luz de un azul muy claro destelló desde el metal. Irle vio atónito cómo el viejo bronce se transformaba en una brillante y afilada espada de acero, a la vez que la criatura se volatilizaba, transformándose en una gran nube de vapor que se disolvió rápidamente en el aire, sacudida por una fuerte ventolera que todo se lo llevó como si nada fuera.

Cuando Dagyi llegó junto a Irle, no quedaba rastro de aquella criatura.

—¿Dónde está? ¡Lo mato! —exclamó ella, que en su terrible enfado no se había percatado bien de lo acontecido con la bestia.

—No ha quedado ni su olor —murmuró Irle y se levantó con la espada de brillante acero en la mano, estirando el cuello y pegando grandes bocanadas de aire.

—¿Se fue? —preguntó Dagyi.

Irle sonrió y se guardó de nuevo el mechón bajo sus prendas, en el pecho, cerca de su corazón, sin apartar la mirada de ella. Y ambos jóvenes se abrazaron con fuerza, presos del amor que se tenían.

Leka y Budy corrieron felices junto a ellos y les saltaron encima, cayendo todos en la nieve.

Tras un breve momento al calor de la satisfacción, los cuatro quedaron sentados, reposando sus miedos y mirándose entre ellos, incrédulos ante lo acontecido: los bandidos, la bestia peluda... Se encontraban al final del estrecho desfiladero, atrapados en un helado callejón sin salida. Pero a salvo. De momento.

Irle se levantó, templó al aire aquella formidable espada de acero y cortó el viento con un suave zumbido, emocionado.

—¡Es increíble! Esa criatura ha transformado la vieja espada de bronce en una mágica, mirad —aseguró mostrándosela a sus compañeros.

—¡Es perfecta! —exclamó Leka.

—Pero ¿qué era ese ser? —preguntó Dagi observando las grandes huellas que la bestia había dejado en la nieve, olfateando el aire y mirando al cielo, intentando adivinar su destino.

—Dicen que en las montañas más recónditas habitan personas de otras razas, incluso una que fue maldita: los abominables hombres de las nieves —aseguró Irle.

—Seguro que era uno de ellos —añadió Leka.

—Pero este era diferente. ¡Mágico! —insistió Irle mostrando la espada.

Budy quedó pendiente y, de pronto, se levantó. Se acercó a los cuerpos de los bandidos y, sin más, empezó a registrarles los zurrones.

—¿Qué haces? ¿Qué buscas? —preguntó Dagi.

—Algo de comida deben llevar y no nos vendrán mal sus capas de pieles —contestó.

—Sí. Tienes razón, esta noche hará mucho frío y no se ve mucha leña, no —asintió Leka y se puso a quitar una enorme capa a uno de ellos.

Caída la tarde, cargados los zurrones con lo poco que hallaron, algo de pan duro, carne seca y queso rancio; y con las espaldas bien cubiertas con aquellas gruesas capas de pieles, los cuatro muchachos reiniciaron su camino

—Debemos continuar, el tiempo apremia —apuntó Irle y guardó con orgullo el acero, para tomar de la mano a Dagi.



—Ese bicho podría haber dejado su piel y un yak asado, en vez de una espada —contestó ella, helada y hambrienta, mientras se envolvía con una de las capas.

—O con un burro que cargue con todo esto. Echo de menos al burro. ¿Qué habrá sido del animal, se lo comería el oso?

—No, no creo —murmuró Budy y tomó de la otra mano a Dagi conforme avanzaban.

Leka quedó un momento atrás, observando a Budy y a su hermano Irle cada uno cogido a una mano de Dagi.

—Ya no le quedan más manos —murmuró resignado.

Junto al carro desvalijado y sus muertos, el terrible Mahishasura miraba las huellas que habían dejado en la zona aquellos bandidos y los muchachos, con atención, rascando bruto la quijada de su infernal caballo. De pronto y como si hubiera recibido una bofetada inesperada, notó en su interior una amarga sensación de peligro que flotaba en el aire, que le picaba urticante por todos lados. Y fijó su vista hacia el estrecho pico del Águila, rascándose sin parar.

—¡Tienen el tercer poder! Esos críos están empezando a cabrearme de verdad —resopló furioso y de sus narices salieron chispas encendidas, quemando su propio bigote.

—¡Les alcanzaremos, amo! —exclamó uno de los monjes malignos.

Mahishasura le miró desafiante, con los labios torcidos, mientras el bigote le volvía a crecer rápidamente, desde la nariz hasta más allá del cogote.

Y el monje dio tres pasos disimulados hacia atrás.

—¡No hay qué temer! —insistió otro, tratando de agradar, acercándose valiente.

—¿No hay qué temer? —replicó el horrible demonio, atónito ante aquel atrevimiento, y se volvió sobre sí mismo, rabioso.

Tomó al monje maldito de la pechera entre sus dos manos, alzándole del caballo como si nada fuera, y se lo acercó en el aire hasta posar su frente contra la suya. Le miró seriamente, entrecerrando los párpados y estiró sus gruesos labios, moviendo el enorme bigote de lado a lado. De su boca surgió un denso humo negro y pestilente, hálito infernal de muerte, que empezó a envolver al jinete.

—Sí, les cogeremos. Tenlo por bien seguro, no hay nada que temer —le susurró al oído mientras le comía la oreja a pequeños mordiscos, sujetándole fuerte conforme el monje tragaba aquel humo entre agónicos espasmos.

Mahishasura soltó con desprecio al monje maligno, el cual cayó sobre la tierra helada, donde empezó a mutar entre horriblos gemidos y crujidos de huesos, convirtiéndose en una masa viscosa envuelta en una oscura bruma; y lanzó su ancha capa sobre él, que absorbió de inmediato la masa. Todo ello, ante el estupor de los Cinco Jinetes del Mal, que retrocedieron expectativos, temerosos y remugando. Y el demonio saltó de su caballo infernal, se agachó y, tomando la viscosa capa de un extremo, comenzó a darle vueltas con fuerza hasta soltarla al viento, buscando altura.

—¡Vuela pajarito y dime dónde están!

La capa empezó a tomar forma conforme se agitaba y ascendía por el aire empujada por el viento, mutando en una criatura horrorosa, oscura y de grandes alas parecidas a las de un murciélago. Y emergió totalmente, dejando de ser capa viscosa para ser engendro, graznando terrible y agitando con fuerza aquellas alas membranosas. Su cabeza era calva y gorda, con ojos saltones y muy grandes, los cuales



parecían ascuas vivas que caerían en cualquier momento. Tenía un pico enorme y deforme, muy largo y estrecho en su punta, provisto de infinidad de afilados dientes; sus patas de aceradas garras eran muy cortas, como las de un vencejo. Por el contrario, su cuello era muy largo, larguísimo, tan largo como su cola. Y solo tenía una oreja.

—¡Acaba con ellos! —gritó Mahishasura con fuerza.

La infernal criatura voló alto, muy alto, graznando loca y con la vista puesta en las montañas sagradas de Meru.



CAPÍTULO 9

EL TEMPLO DE HIELO

En las cimas de las sagradas montañas de Meru, el viento se dejaba sentir con fuerza y los peligrosos cortados se mostraban cubiertos de nieve infinita y hielo resbaladizo. El pequeño Budy, la bella Dagi y los dos hermanos, cansados y con la nariz y los pies helados, cenaron lo que recolectaron buscando en los morrales de los bandidos y pasaron la noche cubiertos con las capas de pieles que se llevaron. Se refugiaron en una pequeña gruta que excavaron con las manos y dagas para evitar la ventisca, con un frío que les helaba el alma y hacía castañear los dientes con frecuencia.

La noche pasaba en completo silencio, apenas se oía nada, solo el siseo del viento y los ronquidos de Leka que mantenían con un ojo abierto a Budy. El pequeño no paraba de pensar en su misión, en los cuatro poderes verdaderos de Brahman y en el Dragón Blanco. ¿Dónde hallarlos? ¿Qué hacer para despertar al fabuloso dragón? ¿Lo encontrarían? También pensaba en Mahishasura. ¿Cómo podía existir una criatura tan malvada? ¿Por qué y para qué tanta maldad en el mundo? ¿Cómo puede ser feliz alguien sembrando el mal?

Y quedó dormido.

Un copo de nieve se meció hasta el párpado inquieto de Budy. Y abrió los ojos.

—Amanece, tenemos que continuar. ¡Tengo hambre! —dijo alzándose con un bostezo que parecía interminable.

A su lado estaba Leka con el dedo gordo en la boca y un brazo rodeándose, abrazándose dormido a sí mismo. Dagyi e Irle permanecían un poco distantes, muy acurrucados, abrazados, cómplices de su amor.

—¡He! ¡Tenemos que seguir! —insistió Budy.

—¿Quedan momos? —preguntó Leka, desperezándose.

—Los últimos —apuntó Irle y sacó cuatro de su morral.

Dagyi les miró y arrugó los labios.

—Tenemos que encontrar pronto al Dragón Blanco o algo que comer, o moriremos de hambre o helados aquí arriba —asumió.

—Sí, je, je. No será necesario que Mahishasura nos pille —aseguró Leka con gracia y sacó un trozo de queso de su morral—. Ya no nos queda nada que echarnos a la boca.

Los cuatro muchachos se juntaron para almorzar lo poco que quedaba en sus morrales. Vacíos los dejaron. Luego cargaron las capas de piel y emprendieron el camino entre los cortados de hielo, penetrando hasta el fondo de la garganta del Águila.

Pasadas unas horas, empezó a nevar de nuevo. El viento gélido se aceleró, atenazando los cuerpos de los muchachos que miraban una y otra vez la inmensidad blanca en la que se encontraban rodeados, sin hallar camino alguno.

—Apenas siento los dedos —apuntó Leka castañeando los dientes.

—Yo también. Cada vez está más estrecho, por aquí no se ve salida —susurró Dagyi, girando su vista sobre las inmensas y altas paredes de hielo.



Cansados y sin saber hacia dónde dirigir los pasos, se acurrucaron bien para intentar mantenerse en calor. Miraron hacia atrás, buscando un camino cierto que no veían. Y comenzó el desánimo a hacer mella entre ellos, al no encontrar nada que les indicara algo. El único que mostraba esperanza era Budy, el cual miraba hacia delante.

—La nieve que sepultó a los bandidos nos impide regresar —aseguró Irle.

—Pues por aquí no se ve salida alguna. Pero debe haberla —remugó Budy.

—Dagyi, si nos hemos perdido, en menudo lío nos hemos metido. ¿Estás segura de que este era el camino? Creo que lo tenemos mal, debemos pensar algo y rápido, o moriremos aquí congelados —aseguró Leka.

—Pero no puede ser, el pergamino no puede ser incierto. Se lo dio el gran Majáh a Budy, debemos hallar la solución al enigma —contestó consternada Dagyi.

—¿Enigma? ¿Qué enigma? —preguntó Budy.

—No nos has dicho nada de un enigma —apuntó Irle.

—¿El Maestro es el gran Majáh? —preguntó Leka, que aún no había comprendido.

—Sí, por eso fui en su busca, era gran amigo de mi padre. Ya atravesamos la garganta del Águila, deberíamos estar en el monte Meru. Quizás el enigma tenga algo que ver, tal vez nos de una respuesta —contestó Dagyi.

—Déjanos ver el pergamino, juntos descifraremos su secreto —le dijo Budy.

—Hallaremos la solución —comentó Irle, posando las manos sobre ella para acariciar sus mejillas, tranquilizando su preocupado semblante.

Ella quedó en silencio, mientras ellos esperaban.

—Danos el pergamino —insistió Budy.

Dagyi se volvió un tanto ruborizada, se quitó la capa, abrió el cierre de su chaquetón, abrió la chaqueta y miró atrás de soslayo, vigilante, y se apartó el peto, se alzó el jersey y la camiseta a remugones, para extraer el pergamino entre sus pechos, como pudo, temblando de frío, mientras los tres jóvenes miraban perplejos. Se lo puso en la boca y comenzó a cubrirse de nuevo, hasta colocarse la capa y quedar mirándoles con una mueca.

—Aquí está, bien protegido —expuso la muchacha.

—A ver —se acercaron los tres y se apresuraron en desplegarlo.

—Está calentito —aseguró Leka.

—Hum —gruñó Irle.

—¡Pero aquí solo hay un pequeño verso! —exclamó Leka al verlo desplegado.

Los cuatro quedaron observando aquel pergamino en blanco, con un pequeño verso impreso en el centro y nada más.

—Por eso no querías que lo viéramos. ¿Temías que nos desanimaros? —preguntó Irle.

—¿Un verso? —se preguntó Budy, curioso.

Un terrible graznido hecho grito, estruendoso, repetitivo y alargado en cada voz, les hizo brincar del susto y mirar a todas partes para clavar, finalmente, la vista en el cielo. Un enorme ser, que más bien parecía una alargada sombra salida de la nada, voló velozmente sobre ellos y arrancó de las manos de Dagyi el pergamino, llevándose en su largo y dentado pico.

—¡El pergamino! —gritó Dagyi.

—¡Ah! —exclamó Budy.

—No —dijo Irle.

—¡Que no escape! —gritó Budy.



—No, no escapa. ¡Ahora viene a por nosotros! — exclamó Leka.

Aquel engendro alado se cernió en picado sobre ellos. Y se lanzaron al suelo para evitar el fatal golpe.

Una y otra vez.

La criatura infernal les sobrevoló de nuevo, arrancado con una de sus garras la capa de Dagi, volteándola al aire. Irle salió corriendo tras el horrendo ser alado. Templó su espada mágica y dando un salto, le dio un certero golpe en el ala, propinándole un corte que hizo que la membrana se rasgara por completo con el aleteo. Perdida la estabilidad, el engendro demoniaco se estampó una y otra vez contra las paredes de hielo en un extraño vuelo que no controlaba.

El pergamino cayó al suelo helado con uno de los golpes, junto al monje maligno convertido en engendro alado, el cual abrió desorbitadamente sus enormes ojos destellantes para mirar a todos lados, buscando. Y con un estremecedor graznido, estiró su largo cuello y se lanzó abriendo las alas y su dentado pico para recuperarlo. Pero Budy fue más rápido y tomó entre sus manos el pergamino, para salir corriendo. De inmediato le siguieron los demás muchachos. La criatura infernal, entre revoloteos locos y dándose tremendos porrazos en el hielo, intentó alcanzarles lanzando fuertes picotazos al aire en aquel estrecho pasillo de hielo.

—¡Allí, las paredes son más bajas, podremos subir! — exclamó Budy.

Los cuatro jóvenes saltaron entre los bloques de hielo, subiendo unos metros. Aquel camino estrecho se alzaba y ante ellos apareció un pequeño valle de nieve, que se encontraba encajonado en una montaña de hielo tremenda, altísima, por completo en vertical y sin posibles aristas ni rescondos para escalar, pues era lisa como un espejo.

—¿A dónde podremos subir? —preguntó Dagyi, mirando a izquierda y derecha.

—¡Sube, sube! —exclamó Leka, empujándola hacia arriba.

—¡Esa bestia está ahí, nos alcanza! —gritó Budy dando un salto por encima de Leka.

Un fuerte picotazo resonó entre sus piernas.

La criatura infernal le había rozado los pantalones, hundiendo su largo pico en el hielo al intentar alcanzarle. Graznando desesperadamente, la bestia alada sacó el pico, mientras caían sobre la nieve varios de sus dientes; con los estrechos y largos dedos de sus alas en forma de garras, empezó a trepar entre los bloques de hielo sin parar de picar al aire, con los ojos brillantes como ascuas que por momentos parecían salir de sus cuencas oculares.

—¡Ah! ¡Mamá! —exclamó Leka.

—¡Que viene, que viene! —replicó Budy.

—¡Corred! ¡Corred! —apremió Irle, tirando de Dagyi.

Corrieron y corrieron, hundiendo sus pies en la nieve. Pero no había donde ir, ante ellos se alzaba aquel muro de hielo infranqueable.

El engendro maldito, entre torpes saltos, picotazos al aire y revoloteos inciertos, les persiguió tenaz y finalmente, les alcanzó. Con la cola golpeó al aire, lanzando a Dagyi e Irle de bruces contra la nieve; con el ala derecha hizo volar a Leka por diez metros y, luego, se abatió con sus pequeñas patas hechas garras sobre la espalda de Budy. Ambos rodaron en la nieve, el jovencito remugando sin soltar el pergamino y la horrible criatura levantando la cabeza y abriendo su terrible pico entre graznidos. Y lo abrió más, con la insana intención de golpear a Budy.

De pronto, comenzó a resonar el sonido hueco de pasos rápidos en la nieve, cada vez más fuerte, como un galope



tendido. El sonido procedía tras la criatura infernal y de los muchachos, del pasillo de hielo por el que habían llegado hasta allí. Aquel monstruoso ser alado giró la cabeza y, sorprendido, abrió más aún si cabe sus enormes ojos. Budy asomó la cabeza, curioso y desde el suelo, con las patas de aquel ser sobre su espalda.

El viejo y terco burro de Irleka apareció veloz por el estrecho pasillo de hielo, con su carga de víveres aún atada sobre el lomo, y subió al extenso valle. Galopó ante ellos como bien podía por la nieve, con cortos rebuznos y paso ligero, sin parar, con los ojos muy abiertos y las orejas y el rabo estirado. Pasó huyendo por delante de aquel ser demoniaco, de Budy, de Irle, de Leka y de Dagi.

Todos le miraron atónitos, pues quién se iba a esperar allí al burro, el cual paró de pronto, giró la cabeza ante la enorme pared vertical, estiró las orejas pegando un fuerte rebuzno y salió trotando rápido, de nuevo, entre la nieve, buscando una salida.

Un rugido resonó potente y un zarpazo bestial se abatió sobre la criatura infernal, el oso pardo hambriento apareció arremetiendo con fuerza sobre el jinete hecho bestia, el cual intentó escapar en vano de aquella furia incontrolada, poderosa, enorme. Con un nuevo golpe, el oso lo tumbó en la nieve y comenzó a propinarle tremendos zarpazos, rasgando sus alas por completo, y mordiendo tremendo aquí y allá, despedazándolo. Lo alzó al aire como si fuera un inofensivo pajarillo y, con una terrible dentellada, le partió el cuello, sacudiéndolo brutalmente entre sus fauces, de lado a lado. La horrible criatura alada dejó de agitarse con dos últimas sacudidas de sus pequeñas patas, y quedó en silencio. Sus ojos destellantes acabaron hechos carbón, sin vida ni brillo.

El oso se irguió sobre sus patas traseras y olfateó al aire, observando a los muchachos. Dio un potente rugido y bajó su cuerpo saltando pletórico, aplastando con las patas delanteras al monstruo alado, una y otra vez. Después, se alejó hacia el estrecho pasillo por donde había aparecido, con paso lento, como si no quisiera compartir su presa con nadie, arrastrando entre sus fauces aquel ser infernal convertido en su almuerzo.

Y como escondiéndose de todo, se dispuso a devorarlo. El enorme plantígrado al fin comería.

Comenzaba a atardecer, el oso había desaparecido llevándose consigo al terrible engendro alado. Aún inquietos, los cuatro jóvenes se posaron ante aquel inmenso muro vertical de hielo, liso como un espejo, desde el que se alzaba la sagrada montaña de Meru, altísima como ninguna y sin entrada alguna.

—El burro nos siguió —dijo Irle palpando la pared de hielo, mirando hacia su cima.

—Y el oso siguió al burro —apuntó Dagi.

—¡Todos nos siguen! —exclamó Leka.

—Hemos tenido suerte, hicimos bien en salvar al oso —asintió Dagi, satisfecha.

—¡Y nos ha traído momos! ¡Mantas y miel, higos y pan! —exclamó Budy tomando unos cuantos de ellos de las alforjas del burro.

El animal relinchaba todavía nervioso, no muy convencido de la distancia tomada entre la pitanza que se estaba dando el oso y ellos. Además, se mostraba muy receloso; cada vez que se acercaba Dagi, alzaba las orejas y daba dos pasos atrás, atento por si la joven volvía a darle un corte con una daga.



—Nos has salvado de ese monstruo alado, amigo burro —asintió Leka, regalándole unas caricias en el cuello y la quijada.

—En verdad fue el oso —sonrió Dagi sumándose a las caricias.

El burro rebuznó y se alejó unos metros al trote.

—El demonio que nos sigue debió enviar tras nosotros ese bicho con alas —aseguró Irle, dando un resoplido—. Debemos avanzar y despertar el Dragón Blanco cuanto antes.

—Estoy muerto de hambre y tengo un sueño que me caigo; esperemos que no tengamos que correr más por hoy —rogó Leka.

—¿A dónde vamos a correr? —se preguntó Budy, estudiando el pequeño valle y las altas paredes verticales que lo encajonaban.

—No hay donde ir, mejor preparamos un sitio para pasar la noche —asintió Irle.

Entre Irle y Leka hicieron un pequeño refugio en la nieve, cubierto con las capas de pieles, junto al muro de hielo. Protegidos por las mantas que portaba el burro y acurrucados entre ellos, cenaron en silencio saboreando cada bocado, mientras Budy repasaba una y otra vez para sí mismo el contenido del pergamino. Y lo leyó finalmente ante sus amigos, a la luz de la luna, hermosa en aquella noche, fijándose en cada una de aquellas palabras escritas con intención:

*“El pez en la nieve dura,
el águila lo traga inquieto,
allá, solo el agua pura
desvelará su secreto”*

Nadie comprendió nada, tan cansados como estaban.

—Budy, ¿y si dormimos un poco? —preguntó Dagyi, recostándose bajo las capas.

Y quedó dormida.

Irle la acompañó, quedando dormido abrazado a ella, y Leka se durmió al lado.

El pequeño Budy se esforzó por comprender aquel escrito a la luz de la luna, hasta que el sueño le venció. Y el burro se acercó a ellos, para dejarse caer al lado con un rebuzno.

El silencio se hizo en aquel valle de nieve encajonado en altas paredes de hielo, bajo las estrellas, que reflejaban su brillo en la vertical, dejando ver la silueta de un enorme ojo observando desde dentro, con curiosidad.

Amaneció con una suave nevada y suaves rachas de viento. Dagyi levantó la cabeza al notar varios copos de nieve en su mejilla, despertando entre bostezos. Y su vista se volvió hacia el lado. Irle dormía plácidamente y Leka roncaba levemente. Pero Budy estaba allí sentado, al lado del burro, con el pergamino en la mano y cara de sueño.

—¿No dormiste? —preguntó ella.

—Sí, pero desperté pronto. No consigo entender el enigma de este verso.

Irle y Leka despertaron al oírles y se alzaron también, para sentarse junto a ellos.

Leyeron de nuevo el verso.

Se miraron una y otra vez con cara de quedarse igual, y volvieron a leerlo.

Y se pasaron el pergamino entre ellos varias veces.

—Lo he leído mil veces y sigo sin verle el sentido —dijo Budy.



—Pero estamos en lo cierto, solo puede referirse a este camino: la garganta del Águila, así encaja, pues cuando el águila se traga al pez pasa por la garganta —afirmó Irle.

—¿El pez somos nosotros? —preguntó Leka.

—La “nieve dura” deben de ser estos cortados de hielo, sin duda la montaña sagrada de Meru. Tiene que ser aquí. Pero ¿y el agua pura? —apuntó Dagi.

Y quedaron los cuatro en silencio.

—¡A saber! —gritó Leka enfadado, viéndose incapaz de comprender, de darle sentido al texto—. ¡Quizás un manantial oculto, un lugar donde brote el agua más pura de todas! ¡Pero aquí no hay nada! ¡Solo hielo, nieve y frío!

Budy le miró de forma sagaz y sonrió con un destello en los ojos.

—¡Eso es! —exclamó.

Y salió al aire libre con el pergamino extendido entre sus dos manos, dejando que la nieve cayera sobre el papel, inundándose su blanca y rugosa textura.

—¿Estás loco? Se mojará y se estropeará, entonces estaremos perdidos, ese papel no servirá para nada —dijo Irle.

—¡Si es que vale para algo! —exclamó Leka saliendo tras él.

Budy no podía apartar la vista del pergamino, en el que algo increíble estaba sucediendo.

—¡Mirad!

—¿Qué? ¿Qué?

Sujetado entre sus manos, en el pergamino empapado por los copos de nieve que se derretían al contacto con su superficie, un nuevo dibujo conformaba los decires del verso.

—Está cambiando el texto —susurró Dagi.

—¿Qué agua más pura que la que mana del cielo en el techo del mundo? ¡Mirad! —exclamó con orgullo Budy.

—¿Qué es? ¿Qué dice? —preguntaron Irle y Leka.

—Has acertado, eres en verdad sabio —aseguró Dagi con una sonrisa.

—Esta nieve, que todavía no ha tocado la tierra ni está viciada por el aire que respiramos, es el agua más pura —explicó Budy—. Mirad: está empapando el pergamino, el verso...

—Sí, surgen nuevos dichos, las palabras cambian —apuntó Dagi con emoción.

Ante los ojos atónitos de los muchachos, una frase iba tomando forma lentamente, como si las palabras tuvieran vida, formándose un nuevo texto, un nuevo verso:

*“La montaña solo responde
al viento que jamás ha oído,
abriendo su alma donde
resuena tan efímero sonido”*

—¿Un sonido jamás escuchado? —preguntó Dagi en voz baja.

—Sí. ¿Cuál puede ser? —indicó Budy.

—¿Tal vez alguna palabra mágica? —añadió Irle.

—¡Un animal! —exclamó Leka.

Los dos jóvenes y Dagi empezaron a lanzar gritos y sonidos al aire, imitando diversas voces del bosque, de los animales y del hombre sin recompensa alguna. Budy miraba al cielo buscando respuesta; con su mano en el mentón, bajó la cabeza y se dispuso a meditar.

Al rato, cansados de intentarlo, Irle y Dagi pararon.

Leka siguió lanzando nombres y sinrazones variopintas.

—¡Gueerrrg! ¡Cric, cric! ¡Muuuu! ¡Higo! ¡Cuac, cua!



Como única respuesta, un cascote de hielo se precipitó sobre su cabeza y cayó sentado. Levantándose enojado, tomó el cascote y lo lanzó lejos, con fuerza. Miró a sus amigos, que reían, frunció las cejas y comenzó de nuevo.

—¡Beeeeee, beeeee, beee! ¡Pío, pío!

—¡Cálmate Leka! —le reprendió Irle.

—Esos bandidos que conocimos deben de haber venido muchas veces a esta garganta para ocultarse de sus fechorías, por lo tanto no puede tratarse de un sonido o una voz humana cualquiera —apuntó Dagyi.

—¡Un animal! ¡Ha de ser la voz de un animal! ¡Ya lo dije yo! ¡Kikirikiiiiiiii! —exclamó Leka.

—Leka, déjanos pensar —comentó Irle.

—¿Cual es el sonido que jamás puede haberse oído aquí? —se preguntó Budy.

—¿Quizás una palabra mágica? —se preguntó Leka.

—No es una palabra, pues el pergamino dice un sonido, ha de ser una voz. Una voz muy especial —apuntó Dagyi.

—Si es así, debe ser una voz natural —afirmó Irle.

—¡Un animal! ¡Croack, croack! —insistió Leka.

—Si no es una voz humana, debe ser la voz que emite algún animal, pero cómo saber el que es —expuso Dagyi.

—¿Una rana, un cerdo, una vaca...? —preguntó Leka.

—Yo lo sé —aseguró Budy abriendo sus ojos de forma exagerada y alzando la mano con el pergamino al aire.

—¿Lo sabes? —preguntaron al unísono los dos hermanos.

—Dime que sí, Budy. Entre los miles de animales que existen, tú sabes el que es. ¿Verdad que sí? —preguntó Dagyi.

—Sí.

Irle, Leka y Dagyi le miraron sonriendo y asintieron incrédulos, animándole.

Budy lanzó con fuerza un sutil graznido en escala ascendente.

—¡Zriiiiiiii, zriiiiiiiiiiii, zrrriiiiiiiiiiiiiiiii!

—Pero ¿qué animal es ese? —preguntó Leka.

—¡Chist, calla! —le dijo Dagi colocando un dedo sobre su boca.

Budy repitió tres veces aquella voz, dejándose llevar por su propio sonido, imaginándose aquella ave tan preciosa de cabeza con capirote negro azabache y larga cola azul turquesa, sintiéndose volar y graznar entre la higuera del templo donde él solía descansar y ver las nubes pasar. Antes de que pudiera repetirlo una cuarta vez, comenzaron a escuchar un rumor que se convirtió en un tremendo estruendo.

Retumbó la montaña sagrada de Meru, la pared de hielo que cerraba el valle cayó convertida en una gran avalancha que amenazaba con sepultarlos.

Dagi gritó, agarrándose fuerte del brazo de Irle.

Budy miró asombrado la pared de hielo que se deshacía ante ellos. Los muchachos dieron un paso atrás alzando sus brazos instintivamente, de forma inocente ante la gran avalancha.

—¡Apartaros, corred! —gritó Irle al ver que se les caía todo encima.

Se echaron hacia atrás y corrieron veloces, empujándose entre sí, tirando unos de otros con cada caída o tropezón, notando la nieve y los cascotes caer sobre ellos.

Acabaron sepultados.

Solo el burro, más rápido, se salvó de quedar cubierto por la nieve.

Tras unos momentos de silencio, una mano emergió de entre aquel manto blanco, tras ella la cabeza de Irle



escupiendo bolas de aguanieve. Unos metros más allá, Leka estiraba las piernas a través de la nieve y anclándolas en el suelo helado salió hacia atrás conforme pudo; sus cejas parecían algodones y sus dientes castañeteaban de frío sin parar. Junto a él asomaba la punta de la capa de Dagyi. Irle retiró rápidamente la nieve hasta que apareció la cara de la joven con la misma expresión de sorpresa que puso al ver caer la muralla de hielo.

—¿Budy? —se preguntaron los tres, mirando al frente.

—¡Budy! —gritaron temerosos al unísono.

—Estoy aquí detrás —respondió Budy.

Se giraron y alzaron sus rostros, atónitos se miraron entre ellos.

—La avalancha ha parado justo al llegar hasta los pies de Budy —dijo Irle.

—¿Sin más? ¿De forma natural o mágica? —preguntó Leka.

—¡A saber! Pero ¿qué más da? —respondió Dagyi.

Budy dio un paso al frente.

—¡El hermoso rabilargo es el único animal de la región que es incapaz de llegar a estas alturas! —exclamó satisfecho, mientras el pergamino mágico comenzaba a fundirse lentamente, y se deshizo entre los dedos de Budy para caer al suelo convertido en aguanieve.

—¿El rabilargo? ¡El rabilargo, claro, lo sabía! ¡Solo podía ser el rabilargo! —exclamó Leka.

—¡Eh, mirad! —señaló Dagyi.

La pared de hielo derrumbado había dejado a la vista la entrada de una gruta helada, que se adentraba en el interior de la montaña.

—¡El templo del Hielo! —exclamó Budy dando un salto de alegría.

—Lo conseguimos —apuntó Irle con orgullo.

—No me lo creo —susurró Danyi.

Los cuatro muchachos se dirigieron hacia la gruta, seguidos por el trote del burro, valientes y orgullosos de haber hallado su destino.

Leka se aproximó a Budy, disimuladamente.

—¿Qué es un rabilargo? —le susurró.



CAPÍTULO 10

EL GRAN M'AMB

En el interior de la montaña sagrada de Meru, entre grandes peñascos helados de cristalinos tonos blancos y azulados, se erigía aquella inmensa gruta por la que avanzaban el pequeño Budy, la bella Danyi y los hermanos Irle y Leka, con precaución y ávidos de saber y encontrar.

Y el burro, que tras ellos trotaba.

La oscuridad de la gruta se veía alterada por las finas oquedades que se deslizaban por la montaña congelada, abriéndose camino desde el techo, algunas enormes y otras apenas de unos centímetros de grosor, permitiendo el paso débil de los rayos del sol que, reflejados en las desiguales paredes de hielo, iluminaban tibiamente algunas zonas, dejando otras en penumbra o totalmente a oscuras.

Avanzaron en silencio, en fila india, cada uno con la mano en el cinto del que le precedía, dando pasos dudosos donde podían ver algo por aquella cueva de paredes heladas, de anchas galerías unas veces y muy estrechas en otras, del altos techos y bajos hasta tener que andar agachados. Resoplaban precavidos y se mostraban tan ansiosos como temerosos por encontrar algo que les llevara hasta el Dragón Blanco, sin saber el qué.

Dagyi gritó de pronto, dando un salto hacia atrás y cayó sentada en el suelo del susto.

Un enorme ojo de grandes pestañas se movía observando los pasos de los jóvenes dentro del cristal de hielo; mejor dicho, tras él. Sonó un resoplido, seguido de un barrito intenso y parsimonioso. Entonces, un inmenso mamut lanudo, de grandes colmillos que se alzaban por encima de su cabeza, apareció ante ellos ladeando una pared de transparente hielo y alzando su larga y peluda trompa.

—¡Soy el gran M'amb, guardián de los pasos ocultos al templo del Hielo!

Las palabras del mamut resonaron con fuerza en la caverna, cuyas paredes heladas temblaron ante su poderosa voz, tal fue que pequeños fragmentos de hielo y copos de aguanieve se desprendieron del techo con cada una de sus palabras, cayendo sobre ellos.

—¿Eres tú el que busca la verdad? —preguntó dirigiéndose hacia Irle, al ver en sus manos la espada mágica de acero.

—Somos todos, pues en ello va nuestra suerte —contestó el muchacho, firme.

—Los demonios del malvado Mahishasura nos persiguen —apuntó Dagyi

—¡Quieren dominar el mundo y extender el mal! —exclamó Budy.

—¡Nosotros les pararemos! —añadió Leka.

—Hum... Ya veo. Así pues, buscáis al Dragón Blanco. ¡Qué deprimente! Esperaba cuatro grandes guerreros y, en vez de ello, llegan dos muchachitos imberbes, una niña guapa y un crío que seguro aún se sorbe los mocos. Y un burro. Además, no veo entre vosotros la fuerza y sabiduría del tigre blanco —apuntó el enorme mamut, acercándose con cierta decepción, andando parsimoniosamente.



Los cuatro muchachos se miraron entre ellos y al burro.

—Os devorará —afirmó el mamut con rotundidad.

—Pero... El tigre blanco... —dijo Irlle con palabras inciertas.

—¡Mahishasura acabó con el tigre blanco en el templo! —exclamó Budy, decepcionado, pensando en las aceradas garras del gran felino que rebotaron en el suelo, pues entonces comprendió que le faltaba uno de los cuatro poderes verdaderos del Brahman.

El mamut alzó la trompa y resopló de nuevo.

Luego movió sus grandes orejas de lado a lado y les observó curioso ante la fatalidad.

—Entonces, mis pequeños valientes, críos sin cerebro, sin la fuerza y sabiduría del tigre blanco ¿cómo vais a despertar al Dragón Blanco? —preguntó.

—No lo sé, llegado el momento... ¡Veremos! —afirmó Leka.

—Seguiremos adelante, es nuestro sino —apuntó Irlle.

—¿Nos permitirás pasar gran M'amb? —preguntó Budy.

—No lo sé, me lo tengo que pensar.

—¿Te lo tienes que pensar? —preguntó Budy.

—Os falta un poder. Quizá lo mejor es que regreséis por donde habéis venido, pues en tal situación aquí no encontraréis lo que buscáis.

Dagyi se sentó en el suelo helado, cansada y desanimada.

—No lo lograremos —murmuró la muchacha.

—¿Para qué necesitamos al tigre blanco? ¿Por qué no podemos pasar? —se preguntó Leka, sentándose al lado de Dagyi.

El gran M'amb observó a los cuatro con pena y, acercándose a Dagyi, pasó la larga trompa por delante ella y acarició delicadamente su hermoso cabello.

—Os podría dejar pasar, pero no podéis hacer nada. Solo aquel que porta los cuatro poderes verdaderos de las cabezas del Brahman puede despertar al Dragón Blanco sin ser devorado en un instante. Y os falta uno —aseguró entre faustos barritos.

—El Maestro me habló de ello antes de quedar preso de la pica de Mahishasura y me aseguró que fuera valiente y no perdiera nunca la esperanza. Creo que por muy feo que sea el trecho, hay que perseverar, pues sin duda hallaremos en el camino —dijo Budy.

—Veo que estás decidido a seguir —asintió el lanudo mamut.

—Sí, debemos hacerlo.

—No tenemos más opción, correremos el riesgo —añadió Irle, posándose su lado.

Leka y Danyi se levantaron y se acercaron a ellos.

—Lo haremos —añadieron.

Aquel enorme animal parlante les miró altivo, alzando mucho la ceja derecha, y los cuatro jóvenes asintieron, decididos a continuar.

—Con mi aguda vista puedo ver que tu mano temple la espada del amor, grandeza del valor —dijo el gran M'amb dirigiéndose a Irle—. Esa pluma de búho que portas en tu gorro detalla la bondad del corazón, el sacrificio de noble condición —le comentó a Leka—. Y tú, pequeña jovencita, de tu cuello cuelga el colmillo la astucia, precavida suerte. Pero no veo por ningún lado la fuerza de la sabiduría, galante del tigre blanco que con su inteligencia y sus poderosas garras se hace el señor de la vida y la muerte.

Los cuatro jóvenes quedaron en silencio, sin saber qué decir, observando aquella espada mágica que el abominable hombre del hielo había templado con su sangre, la pluma que



el búho nival desprendió en el aire y la daga transformada en un colmillo de lobo.

El gran mamut mantenía su mirada fija en ellos, y levantó los párpados esperando alguna voz que respondiera.

—¿Y bien? —dijo finalmente con su voz ronca y parsimoniosa.

—¿De verdad no podemos seguir? —preguntó Dagyi.

—No tenéis opción alguna de despertar al Dragón Blanco, debéis volver u os devorará. Y eso, si acaso lo encontráis, que lo dudo mucho.

—Debimos hacernos con un amuleto del sagrado tigre blanco. ¡Ahora es tarde! —dijo Irle con cierta desesperación.

—Debemos volver y encontrar el tigre blanco —aseguró Leka.

—¡No puede ser! ¡El tigre desapareció! ¡Mahishasura lo consumió con su lengua de fuego! ¡Yo lo vi! —exclamó Budy.

Dagyi miró al gran mamut, que ladeaba lentamente la cabeza observándola, esperando también su respuesta. Ella se encogió de hombros, arrugando los labios, con la pena de la congoja y agachó la cabeza.

Budy fijó su mirada en el gran M'amb, pensativo.

—Seguiremos pues algo se nos ocurrirá, confío en las palabras del Maestro. Si hemos llegado hasta aquí, podremos llegar hasta el final. En el recorrido encontremos la solución, pero solo con nuestros pasos podremos hacer el camino que nos lleve hasta ella —insistió.

—Veo que eres valiente y decidido. ¿No temes que te devore el Dragón Blanco? ¿Acaso te crees capaz de desafiar al Dharma? —le preguntó el gran M'amb.

—Yo... no sé... qué es el Dharma —negó Budy con un tímido hilillo de voz sacado de su estupor, con una mirada ambigua.

Y los tres jóvenes le miraron incrédulos.

—Tú que has tenido al maestro de maestros ¿no sabes lo que es el Dharma! —le dijo Leka, recriminándole su ignorancia.

Incluso el gran mamut, ante aquella respuesta tan sencilla y sincera, abrió sus ojos con cierta sorpresa. Entonces, con un ronco resoplido de su trompa, meditó durante unos minutos.

—Yo te diré un koan zen —aseguró—. Pues eres sabio y quizás andes en lo cierto. ¿Quién sabe lo que es el Dharma en verdad? Solo aquel que todo cree saber y nada entiende. Yo os dejaré pasar a ti y a tus amigos, pues creo sois dignos de ello, otros juzgarán. Y si aciertas en la interpretación de mis palabras, quizá tengas éxito para culminar tu camino.

—Sí, dinos —se animó Budy.

—¡Pero alerta! Si la banalidad os lleva por la senda equivocada, si no sois dignos... ¡Seréis devorados por el Dragón Blanco! Eso en el improbable caso de que lo encontréis y logréis despertarlo, pues os recuerdo que os falta uno de los cuatro poderes.

—¡Lo encontraremos! —exclamó Budy.

—¡Lo despertaremos! —sonrió Dagi.

—Nos comerá —murmuró Leka.

Irle golpeó a su hermano con el codo, recriminándole su temor.

El mamut les miró con cierto interés y acercó su colosal trompa a Budy para examinarle más de cerca. Olisqueó de arriba abajo al paralizado muchacho.

—Hum... Escucha con atención —dijo resoplando.

“Cierta día, un joven estudiante pasó junto a la casa de su maestro y lo encontró arrodillado, hurgando entre la hierba.

- ¿Qué hace, maestro? -le preguntó curioso.



- *Busco mi llave -le contestó.*
- *Pero maestro ¿es que no la perdió en su casa?*
- *Sí, pero aquí fuera hay más luz.”*

Después, agachando su enorme cabeza y cerrando un ojo, el gran M'amb miró fijamente, apenas a unos centímetros del rostro perplejo e inocente de Budy.

—Tal vez seas sabio o tal vez solo un pobre ignorante que trata de burlarse de una divinidad. ¿Acaso crees que eso es posible? —preguntó el sabio mamut.

Budy abrió los ojos de par en par, le puso la mano en la trompa y la acarició.

—¿Realmente eres una divinidad? —le preguntó.

El mamut emitió un barrito entrecortado, un tanto con enfado, un tanto con humor.

—Por supuesto, estás en la morada de los dioses. ¡Y más te vale no comprobarlo!

Budy se unió a Irle, Leka y Dagyi e hicieron un corrillo buscando un significado cierto para aquellas palabras, sin apartar la vista del mamut. Mientras, este daba vueltas alrededor de ellos.

No lo encontraron.

—Pero, M'amb... ¿Por qué buscar las llaves donde no se hallan? —preguntó Dagyi.

—Sí, no es lógico si las perdió dentro —continuó Irle.

—No las encontrará nunca —apuntó Leka.

Budy se mantuvo en silencio, meditando aquellas sabias palabras a las que no llegaba a dar sentido.

—¡Silencio! Mi trabajo aquí está hecho, un koan zen no es una adivinanza, es una enseñanza que únicamente los más sabios logran entender. Marchad antes de que me lo piense de nuevo y yo mismo sea quien os devore. Ser cautos

y pacientes, vuestra es la responsabilidad de afrontar los peligros que os esperan si no sois quienes debierais. Pasad pues.

—¿Peligros? —preguntó Leka, lastimosamente.

—¿Nos esperan más peligros? ¿Acaso no hemos pasado ya por bastantes? —añadió Dagi.

Budy estiró el cuello para divisar más allá del peludo gigante y solo consiguió distinguir el comienzo de un largo corredor de hielo, que se sumergía a los pocos metros en una oscuridad absoluta.

—Pasar ¡a dónde? ¡La oscuridad lo traga todo! —preguntó.

—No os preocupéis, la oscuridad no hace mal alguno, no muerde, y solo ella os indicará el camino correcto. Tomad cada uno de vosotros una de esas gruesas ramas —les dijo el mamut con una especie de sonrisa y señalando con su larga trompa unas húmedas raíces que sobresalían en el suelo helado de la cueva.

Con tres golpes de espada, Irlé cortó cuatro de las raíces largas y bastante gruesas, llenas de tierra y aguanieve. El gran M'amb avanzó lentamente y extendió su trompa soplando sobre ellas, de una en una. Conforme su aire envolvía cada una, las raíces perdían la tierra, el aguanieve se evaporaba formando pequeñas nubecillas calientes y una gran llama, entre destellos azules, blancos y amarillos, estalló de pronto en la punta de las ramas, transformándolas en luminosas antorchas.

—¡Sí, eres divino! —exclamó Budy dando un salto de alegría y mirándolo con emoción.

—Ahora debéis marchad. Y hacedme caso: no os acerquéis a las paredes de hielo, ahí habitan presos muchos demonios de los avernos y los espíritus malignos de aquellos



que osaron intentar engañar al gran M'amb —comentó en voz baja el mamut mientras daba media vuelta.

—Espera M'amb: eres divino, sí. Pero debes saber que los demonios de Mahishasura andan tras nuestros pasos —le advirtió Budy.

—Lo sé, jovencito. Noto su tenebrosa presencia cerca. Pero ello ¿es bueno o malo?

—¡Malo! ¡Muy, muy malo! —contestó Leka con cara de tremendo horror.

—¡Si nos alcanzan, devorarán nuestras almas y nada les podrá parar! —apuntó Dagi.

—¿Bueno o malo? —insistió el mamut y lanzó un suave barrito.

Los cuatro muchacho le miraron sin entender.

—¡A saber! —exclamó el mamut—. Quizá sea bueno, pues sin duda el hecho de que os persiga me dice que os teme, por lo tanto tal vez andéis en lo cierto y consigáis despertar al Dragón Blanco.

—¿Sí? ¿Quieres decir? —preguntó Budy, interesado en sus sabias palabras.

—Si no fuerais un peligro para ellos, no os perseguirían hasta aquí. ¡Suerte! —le contestó el gran M'amb, girando la cabeza y agitando fuerte sus grandes orejas, para después continuar su lento paso, resoplando al aire barritos con su larga y peluda trompa. Pronto, su enorme figura desapareció tras las traslúcidas paredes de hielo desde las que había llegado.

Budy y sus amigos se despidieron con un gesto sentido, viendo cómo el lanudo mamut marchaba. El silencio se abatió sobre ellos que, alzando al aire sus antorchas, empezaron a caminar, decididos, por aquella larga gruta de heladas paredes, seguidos por el burro.

—Hemos llegado hasta el templo del Hielo y su divino guardián, el gran M'amb, nos ha dejado pasar. Ahora despertaremos al Dragón Blanco y él nos salvará de Mahishasura y de sus demonios del averno, liberará al Maestro y al mundo del mal —aseguró Budy.

—¡Sí! ¡Debemos intentarlo! —exclamó Danyi con ánimo renovado.

Conforme fueron avanzando, las paredes se estrecharon hasta formar un largo y oscuro túnel de hielo, silencioso, que parecía no tener fin. A menudo se inclinaban un poco para poder pasar, se golpeaban en algún saliente o resbalaban, cayendo de bruces o sobre sus nalgas. La curiosidad y el ánimo comenzó a dar paso a la inquietud, a las dudas. El frío comenzó a calar sus huesos; más cuando, poco a poco, comenzaron a ver extrañas sombras que se adivinaban en movimiento tras el cristal de hielo alumbrado por las antorchas. Al principio apenas se vislumbraban, pero cada vez se hacían más notables, más cercanas.

Y el silencio se rompió, eran voces lejanas y pequeños ruidos, como golpecitos. Los cuatro continuaron temerosos, con precaución, alumbrando cada rincón al mínimo sonido que emanaba en su entorno. Mientras, el burro relinchaba inquieto, parando a cada momento, como si se percatara de algún peligro.

De pronto, un agudo chirrido comenzó a sobresaltarles.

Budy dio un salto atrás y, con más curiosidad que temor, se acercó a la pared de hielo alumbrándola con la antorcha.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Danyi.

Inquietos y vigilantes, ninguno de los muchachos contestó, pues otro agudo chirrido resonó de forma discontinua, pero más próximo. Y otro, y más. Era como



grandes iceberg rozando entre sí, chocando cada vez con más ritmo, con más fuerza y cercanos. Un sonido que causaba escalofríos y ponía los pelos de punta, más cuando a estos chirridos les siguieron como unas voces tétricas que parecían lamentos agónicos.

De golpe, una figura humana grisácea, huesuda y destartalada se estampó bestial por detrás del cristal de hielo, mirándoles ansioso desde el interior de la masa helada con su rostro deformado. Tenía los ojos grandes y de pequeñas pupilas grises, y la boca con los labios retraídos y mellada, con un grotesco colmillo que le descendía de su mandíbula superior. Y se agitaba inquieta, como si quisiera salir junto a los jóvenes.

Las paredes de la galería comenzaron a retumbar, golpe tras golpe. Uno y otro rostro, a cada cual más horrible y deforme, aparecían de forma continua, estrellando sus caras desde el interior de la masa helada. Aquellas criaturas presas del hielo, a cada cual más horrorosa, se agolpaban y rasgaban con sus largas uñas en el interior de la pared cristalina con fuerza, tratando de salir, atraídos por la luz de las antorchas y por el áurea de las almas plenas de juventud e inocencia de Budy y sus amigos.

—Salgamos de aquí, quieren atravesar el hielo para llegar hasta nosotros —dijo Irle observando las terribles criaturas y sin acercarse a las paredes heladas que los apresaban.

—¿Hasta nosotros? ¿Para qué? —preguntó Budy.

—No lo sé, seguro que para nada bueno. ¿No los ves? —apuntó Leka.

—Quieren nuestras almas —aseguró Danyi.

Un crujido rasgó una estrecha brecha y, por un momento, salió una mano huesuda de largos dedos desde el interior del hielo, agitando el aire, buscando sin hallar.

—¡Corramos! —exclamó Leka.

Dagyi se abrazó con fuerza al brazo de Irlle, que templó la espada de acero mirando a ambos lados de la pared de hielo. Budy y Leka avanzaban detrás, encorvados y temiendo lo peor con cada golpe, pues aquellas criaturas insistían feroces en salir, golpeando y arañando el hielo desde su interior. Con cada largo rasguño, se les ponía el vello de punta.

—¡No les miréis, sigamos rápido! —exclamó Irlle.

—El gran M'amb dijo que no nos acercarnos a ellos. No pueden salir, así que no nos harán nada —aseguró Budy intentando calmar el temor, sin llegar a creer sus propias palabras.

Un tremendo barrito, tal cual un feroz rugido, resonó de repente a lo largo de la galería, con una fuerza estremecedora, recorriendo la caverna de hielo, haciendo caer del techo una capa de cascotes helados. Los cuatro jóvenes saltaron con un gemido en sus gargantas y se giraron sobresaltados, mientras el burro les adelantó trotando inquieto entre rebuznos.

—¡Es el gran M'amb! —gritó Dagyi—. Debe estar en apuros. ¡Debemos ayudarlo!

—¿Cómo? —preguntó Leka.

Budy alumbró la gruta en su camino hacia atrás. No se veía nada, pero se oía un murmullo tétrico que iba en aumento. Dio un paso al frente y bajó la cabeza.

—Mahishasura ha llegado —aseguró con voz muy triste—. Debemos apresurar nuestros pasos. Nada podemos hacer por el gran M'amb. Lucha por retrasarle, es un valiente. Pero hasta las divinidades caen ante el poder del gran demonio.

Entonces, un destello rojo, cegador y caliente recorrió las grutas de hielo, llegando con fuerza hasta ellos. Les



tumbó de un golpe en el suelo y consumió las llamas de sus antorchas. Solo la de Budy, que se giró y la protegió a tiempo, se mantuvo viva. Con aquel cálido destello de luz, las paredes de hielo que les rodeaban se debilitaron, comenzando a convertirse en un magma gelatinoso de tonos rojizos anaranjados y amarillos extremos.

Unos golpes acuosos resonaron en la oscuridad, seguidos de tétricos gemidos hechos aullidos. Budy alumbró de inmediato. Una mano de carnes descompuestas surgió atravesando la pared por completo. Danyi gritó aterrorizada y Leka saltó a su lado, mordiéndose las uñas.

—Están... Están saliendo —tartamudaron ambos.

Irle cortó aquel brazo rápido, con su espada mágica.

—¡Rápido, corred! —gritó Budy.

Las caras de aquellos seres que les habían atemorizado en su camino, demonios y almas en pena, empezaron a traspasar lentamente a través de la viscosa pared. Gritaban y aullaban su desesperación, estirando los brazos hacia los muchachos, rasgando el aire con sus largas uñas, buscando sus cálidos cuerpos y sus almas puras.

—¡El calor derrite el hielo! —gritó Danyi.

—¡Están saliendo! —exclamó Leka.

—¡Corred! ¡Corred! —insistía Budy.

El burro levantó las orejas y dando una tremenda coza a una de aquellas cosas, salió al galope tendido rebuznando sin parar, dejándoles atrás, golpeándose por la paredes.

En su huida, los muchachos quisieron correr tan rápido que sus pies resbalaban sobre ellos mismos, salpicando el suelo convertido en un barrizal. De las paredes y del techo de la galería caían aquellas horribles almas en pena, como fruta madura, las cuales se alzaban tambaleándose, babeando asco, para perseguirles entre lastimeros y podridos gemidos.

Dagyi sintió como la apresaban de su larga melena negra, tirando de ella. Volvió su rostro y vio una siniestra criatura, con los ojos cosidos y sin nariz, que abría lentamente su enorme boca, apiñada de afilados dientes, para engullirla.

Y gritó, desesperada.

La espada mágica de Irle rasgó el viento y cortó en dos al monstruo.

Budy tomó a Dagyi de la mano y tiró con fuerza de ella, mientras las demás criaturas les seguían entre gemidos y mordiscos al aire, estirando los brazos. Y corrieron los cuatro por las galerías enfangadas de aquel viscoso hielo derretido, esquivando las garras y mordidas de aquellos purulentos entes; y cada vez les tenían más cerca, pues ellos no resbalaban.

—Allí, corred tras de mí. De prisa, corred. El cristal de hielo vuelve a estar firme más adelante, donde no llegó la lengua de fuego. ¡Corred! —gritó el jovencito, al llegar a un extraño cruce de galerías, alumbrando con la antorcha al frente y a los lados.

—¿Cómo lo sabes, si no se ve a dos metros más allá de nuestras narices? —preguntó Leka, que miraba hacia atrás viendo avanzar entre cortos destellos de luz la horrible fila de almas en pena, demonios odiosos, apenas a unos metros.

—Por ahí noto una corriente, debe haber una salida.

Y se adentraron los cuatro, sin parar de correr.

—El aire es más frío conforme avanzamos, el calor desaparece —afirmó Irle.

—¡Llegamos a una zona de hielo! —asintió Budy.

—Sí, es verdad, lo noto. ¡Corramos! —exclamó Dagyi con cierta alegría.

Tras ellos, como desesperados al ver que huían, aquellos seres se apresuraban, inquietos, ansiosos, deseosos de sus



cuerpos, de sus almas, tratando de pasar unos sobre otros, de alcanzarles, de comerles todo, gritando con desespero.

—Están muy cerca, no podremos conseguirlo —apuntó Dagi con una mirada hacia atrás, notando en la nunca el fétido aliento que desprendían.

Irle frenó por un momento y, aprovechando la estrecha galería de hielo, se empleó a fondo con su espada mágica, lanzando sin parar duros golpes a los seres que lograban alcanzarlos, a los que atravesaban el viscoso hielo o salían a su paso. Algunas de aquellas horribles criaturas tenían cuatro brazos y otras, en vez de piernas, reptaban como serpientes con forma humana por el fango; almas en penas convertidas en demonios de todas clases, que ansiaban devorarles.

—¡Qué horror! —exclamó Dagi sin parar de correr, conforme Irle tiró de ella.

Budy cayó al suelo en su carrera y sus amigos pasaron delante.

Y pararon de golpe.

—¡Ay! —chocaron los tres, al notar su ausencia en plena oscuridad.

La antorcha que alumbraba su camino permanecía atrás, en la mano de Budy.

Se giraron a la vez, para verle gritar conforme se acercaban los seres horribles para comerle.

—¡Budy! —exclamó Dagi y los tres corrieron a socorrerle.

Una de las horrorosas criaturas abrió su tremenda boca, babosa y llena de dientes hasta las orejas y se lanzó sobre él.

La espada de Irle le cortó la cabeza.

Las monstruosas almas en penas se les echaban encima sin remedio y una saltó sobre ellos, pero al posar una mano

en la pared y un pie en el suelo ante Budy, comenzó a congelarse desde abajo a la cabeza emitiendo un largo y agónico grito, para caer al suelo hecha aguanieve grisácea.

—¡Hemos alcanzado el hielo! —exclamó Budy saltando hacia sus amigos.

—¡El hielo los destruye! —apuntó Leka.

Las criaturas malditas, sedientas de almas humanas que devorar, comenzaron a congelarse entre gritos agónicos, crujidos horripilantes y espasmódicos movimientos para, seguidamente, una vez desaparecido el calor que las liberó, fundirse sobre el suelo helado que pisaban.

Los cuatro muchachos recuperaban resuello, fatigados, atónitos, tranquilizando sus mentes, mientras observaban a la luz de la antorcha cómo se congelaban de nuevo las galerías y a las monstruosas criaturas, las cuales se derretían al contacto con el hielo como figuras de cera al fuego y, al momento, eran absorbidas por las paredes heladas. Pronto estuvieron las almas en pena de nuevo tras el hielo, presas de sus pecados y tormento, arañando y golpeando desde el interior de la masa helada por toda la galería.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó eufórico Leka.

—Ah —gimió levemente Dagi, agotada.

Budy miró atrás, resoplando con fuerza. Luego sonrió, viendo aquellas horribles criaturas rascar el cristal de hielo sin poder salir. Y les hizo burla con ganas, sacando su lengua, abriendo los ojos y meneando la cabeza.

—¡Déjalos! ¡Salgamos de aquí! —exclamó Dagi buscando una salida.

—Sí, no sea que vuelvan —exclamó Leka, aún nervioso y temeroso.

Irlle se acercó a Dagi y la rodeó con sus brazos, y ambos se abrazaron con fuerza. Se miraron contentos y animados



por haber conseguido salvar la situación, si poder contener sus deseos. Por primera vez, se dieron un beso de amor, con ternura, ante la luz de la antorcha que alumbraba su pasión.

Budy y Leka se miraron atónitos, nada dijeron.

Las almas en pena quedaron mirando con la boca abierta aquel dulce beso de amor, embobados, sintiendo algo como desconocido en su interior, que les quemaba, nostalgia de otra vida, de un mundo perdido.

Aquel descanso acabó rápido. Pues comenzó a resonar en el vacío oscuro de la gruta un tétrico galopar que recorrió la larga galería de hielo, y no procedía del burro, sino de varios corceles, calmando el ánimo desatado entre los jóvenes, volviéndoles a la cruda realidad.

Y una tremenda carcajada se hizo eco con fuerza.

—¡Es Mahishasura y sus demonios! —exclamó Dagyi.

—El gran M'amb no ha podido retenerlos —dijo Leka

—La explosión que liberó los espíritus debió ser el fin —asintió Budy con tristeza.

—¡Ya vienen! Esto no ha acabado. ¡Corred! ¡Debemos hallar la salida! —gritó Irle tirando de Dagyi hacia delante.

—¡El Dragón Blanco! ¡Tenemos que dar con el Dragón Blanco! —exclamó Budy.

—¡Vamos, vamos! —le apremió Irle conforme empujaba a sus amigos sin soltar a Dagyi.

—Pero ¿dónde está? ¿Cómo lo despertaremos? —se preguntó Leka.

—Pobre M'amb —suspiró Dagyi mientras de sus ojos se deslizaban lágrimas de pena.



CAPÍTULO II

EL ALTAR DE LA DIVINA DURGA

Avanzando por el interior de la sagrada montaña de Meru, el pequeño Budy y sus amigos recorrían el templo de Hielo alumbrados por una antorcha, sin saber hacia donde dirigir sus pasos, pues la galería por la que avanzaban se había ramificado en cientos. Con cada cruce se abrían nuevas grutas, estrechos túneles y anchas galerías hacia varias direcciones, destinos inciertos, como si se tratara de un gran laberinto de hielo. Huían por donde notaban una ráfaga de aire puro y buscaban una esperanza en cada recodo que alcanzaban, apremiados por las voces cavernosas que se oían amenazantes tras ellos. El terrible Mahishasura y los Cinco Jinetes del Mal seguían el rastro con ahínco, cada vez más cerca.

El paso de los muchachos se aceleraba tanto como los latidos de sus corazones, cada vez que oían el eco de las tremendas carcajadas de los demonios resonar por todas partes y los arañazos de las malvadas almas en pena, presas del hielo. Corrían, cruzando por estrechos túneles de hielo, una y otra vez, y entrando en galerías de grandes paredes, en salas inesperadas, buscando una salida o una entrada sin hallarla.

—No estoy segura, pero creo que ya hemos pasado por aquí —susurró Dagyi, inquieta, llegando a un nuevo cruce de galerías.

—Sí. ¡Y varias veces! —exclamó Budy.

—Allí, al fondo. ¿Habéis oído? Escuchad —dijo Leka.

—Lo he oído, me pareció oír al burro ¿no? Sigamos —asintió Irle.

Y resonó un rebuzno, dejándose oír bien claro en la helada oscuridad.

—¡Sí, sí, le oigo! —exclamó Dagyi.

—¡Seguro que el burro ha encontrado una salida! ¡O al Dragón Blanco! —apuntó Leka con una gran sonrisa.

—Sí. ¡Seguro que el burro es el más listo! —añadió Budy.

Los cuatro jóvenes, esperanzados, aceleraron la marcha en fila india. Al frente iba Budy, alumbrando el camino con la antorcha. Tras él, asida de su mano, Dagyi. Le seguía Leka e Irle cerraba el grupo, vigilante, girándose a cada momento, sin perder de vista a sus compañeros, con la espada mágica templada en su mano.

El túnel comenzó a ensancharse con cada paso que daban hasta llegar a una ancha galería, que se perdía de vista hacia la derecha. La luz de la antorcha delató, a la izquierda, una pequeña sala redonda que tenía en su entrada dos enormes pilares, sobre los que descansaba un bloque de hielo tallado con una imagen divina, una mujer sentada sobre un tigre, la cual, en cada uno de sus ocho brazos, tenía un arma, además de la flor de loto y los símbolos mudras. Bajo esta se hallaba el burro que, al verles, dio un pequeño salto y un corto rebuzno.

Y el burro entró en la sala.

—¿Es la divina Madre Diva? —preguntó Dagyi fijándose en la talla.



—No. Tiene cara de enfado y armas: ha de ser la divina Durga —aseguró Leka.

—Creo que hemos llegado, el Dragón Blanco tiene que hallarse aquí —indicó Budy.

Se acercaron con cautela, tras el trote del equino, alumbrando las altas paredes de la sala. Ante la luz de la antorcha, se veían tallas preciosas de dioses y divinidades resplandeciendo en grandes láminas impresas en las paredes de hielo, limpias y azuladas, con destellos turquesa como el mar. Al frente se hallaba una hermosa escultura de la divina Durga. Era tan alta como una mujer, con los ojos fijos al frente y, un tercero sobre su frente, símbolo de la sabiduría, de un azul intenso como si fuera un zafiro. Tenía cuatro brazos en cada costado, reflejo de los cuatro poderes verdaderos del Brahman; y estaba armada con su larga y afilada espada, el rayo de Indra; con arco y flechas, con el tridente de Rhuda, el disco de Vishnu, la maza de Kubera, y portaba la concha de Pranava, el kamandalu de Brahman y una flor de loto. Estaba hecha de puro hielo y se alzaba sobre un altar de helados bloques, apoyados sobre un enorme muro azul que cerraba cualquier salida.

—Es un altar divino —susurró Budy.

—Pero ¿y ahora? —se preguntó Dagyi.

—Aquí no está el Dragón Blanco ni hay salida —aseguró Leka.

—Tenemos que regresar y tomar otra galería —apuntó Irle, inquieto ante el murmullo que les llegaba.

Budy giró su vista ante el chirriar del hielo. Tras ellos, fuera de la sala, las terroríficas almas en pena seguían observándoles, ansiosas, prisioneras en las paredes de la galería, rasgando con sus uñas el hielo y mordiéndolo con sus afilados dientes. Y se estremeció.

Alzó la antorcha y estudió detenidamente la estatua.

—No. Fuera de aquí, creo que no hay más salida que por la que hemos entrado. Además, estamos ante el sagrado altar de la divina Durga, manifestación guerrera de la Madre Diva: ella venció al terrible Mahishasura y creó al Dragón Blanco con toda la fuerza de cada uno de sus poderes. Ha de estar aquí —replicó Budy.

—¿Seguro? —preguntó Dagi.

—Sí.

Por unos momentos observaron a la luz de las llamas, de nuevo, los grabados sin saber cierto lo que buscaban, todos y cada uno, sin hallar indicio alguno que les indicará una salida o cómo despertar al Dragón Blanco.

Nada.

Y lo intentaron de nuevo.

Dagi, desesperada, se lanzó contra la pared azul golpeándola con los puños, una y otra vez, hasta que, frustrada, dio un paso atrás y le pegó una fuerte patada.

—¡Ay! —se quejó con la mano en el pie—. Aquí no hay nada, estamos atrapados.

—Estamos perdidos —murmuró Leka, derrumbándose y se sentó en el suelo helado.

—¡No es posible que estemos atrapados! —exclamó Irlé.

—Debe haber una salida, un indicio, una luz... una verdad —susurró Budy, hundiendo la base de la antorcha en el centro de la sala, dejándola allí para que alumbrara toda la estancia con su llama.

—¿Dónde? —preguntó Dagi, decaída.

El murmullo agónico de las almas en pena crecía en las galerías, con una tremenda excitación; y los cascos de los caballos resonaron en la oscuridad, sobre el hielo que crujián



en su trote. Mahishasura seguía acercándose, sin dar tregua alguna, y gritaba tremendo buscando a quienes habían osado desafiarle. A su paso salían despedidos los horribles seres en el interior del hielo, ocultándose en la oscuridad inmensa, encogiéndose sus cuerpos y adoptando poses de terror. Las malvadas almas en pena atrapadas en aquel oscuro averno de hielo, se horrorizaban cruzando sus brazos y ocultando los rostros ante la presencia del poderoso demonio, el cual avanzaba veloz en su caballo de hierro y carne podrida, seguido de los Cinco Jinetes del Mal.

Y llegaron a una enorme gruta, donde un cruce de galerías se ramificaban en muchas.

Mahishasura observó detenidamente en la oscuridad, intentando vislumbrar el camino correcto. Gruñendo maldiciones, venteó al aire, como una mala bestia, mientras los monjes malignos alumbraban con las teas.

—Por aquí —indicó uno de ellos, seguro de haber hallado el rastro, con una sonrisa malvada.

—Los voy a despedazar y tragaré sus corazones en cachitos cebolleros. ¡Sabroso! ¡Malditas por siempre jamás serán sus almas! —insistió el poderoso demonio, ignorando al monje, ansioso y mirando de soslayo.

Y trotó hacia una galería, la de la izquierda.

—No, amo. Es por aquí, hay huellas recientes que solo pueden ser de ellos —insistió el monje, señalando la galería del centro a la luz de una antorcha.

Mahishasura se giró rápido fijando su terrible mirada en el monje que osaba contradecirle, el cual agachó el rostro. Luego el demonio miró hacia el suelo helado con un resoplido de fuego que alumbró el lugar. Había muchas huellas en las tres galerías que se ramificaban, en todas ellas, producto de la pequeña escapada de las almas en pena.

—Hum —gimió Mahishasura acariciándose el mentón y su enorme bigote.

Y el monje maligno tragó saliva, consciente de que los jóvenes podían haber ido por cualquiera de aquellas galerías, pues había cientos de huellas en cada unas de ellas.

Sin parar en su trote, Mahishasura introdujo de un golpe veloz su mano en la pared de hielo y tomó del cuello a una de aquellas horribles criaturas, la cual trataba de huir agitándose presa del horror al sentir el contacto ardiente de Mahishasura sobre su castigado cuerpo, que le quemaba su alma maldita todavía más. Con la otra mano, el demonio arremetió contra el monje que habló, alzándolo sobre sí mismo. Así, con ambos en el aire, cada uno en una mano, gruñó enjuto.

—Tú que dices saber el camino cierto y tú, que habitas este mundo, uniros en una sola criatura y hallar a esos desgraciados antes de que encuentren lo que andan buscando —ordenó Mahishasura.

Juntando sus puños con un tremendo choque, fundió al monje maligno y a la criatura del hielo en un solo ente, penetrando el cuerpo del uno en el del otro, y viceversa. Y cayeron bramando, convertidos en una amalgama oscura sobre el helado suelo, dando botes y retortijones sin parar. Mahishasura lanzó su fétido aliento, caliente como una llamarada, sobre aquel ser único, hecho masa pestilente, formado de uno de sus hombres y de un alma en pena, del cual querían huir tanto el jinete, entre horrorosos gemidos que deformaban su cara, como la criatura del hielo, que estiraba sus brazos fuera del cuerpo viscoso en que se habían transformado.

Desde su caballo infernal, con un último soplido, bramó Mahishasura y, ante él, se irguió la amalgama convertida



en una horripilante criatura de dos cabezas, a cada cual más deforme, de ojos saltones, bocas anchas, llenas de colmillos, dientes mellados y babas. Era un ser con un pecho enorme, peludo y con dos largos brazos provistos de manos huesudas, armadas de impresionantes garras. Sin piernas ni patas, su cadera se hallaba unida a una ancha y larguísima cola que le hacía parecer más que una grandiosa serpiente, el rabo desmedido de una rata.

—¡Busca, maldito engendro!—exclamó Mahishasura ante el horror y la desidia de los Cuatro Jinetes del Mal.

La criatura maldita estiró el cuerpo y levantó sus dos cabezas en alto y, mirándose la una a la otra, comenzaron a morderse con fiereza, lanzando terribles ronquidos y gemidos, dándose tremendas guantadas la parte derecha a la izquierda, y viceversa.

—¡Ah! ¡Basta de juegos! ¡Encontradles! ¡Llebadme hasta ellos, ya! —gritó con fuerza Mahishasura, lanzando una llamarada por sus narices y dando una gran palmada.

Sumiso, aquel ser agachó sus dos cabezas, castañeando su miedo. Bajó las garras y envolvió el cuerpo alrededor de su horripilante cola. De pronto, como disparada por un resorte, salió rápido, bramando como un búfalo y reptando por las paredes heladas como si fuera una enorme serpiente bicéfala, dejando un rastro marcado de babas y hielo fundido.

Mahishasura sonrió, satisfecho, siguiendo su camino, ante la mirada inquieta de sus Cuatro Jinetes del Mal, que mal le miraban, pues ya no eran siete, sino cuatro.

Los inquietantes bramidos de la bestia infernal llegaron hasta la pequeña sala donde se encontraban los cuatro jóvenes y el burro, el cual se giró en dirección a la oscura caverna y levantó las orejas, dando un rebuzno inquietante.

Deslizándose a gran velocidad, arrastrando su cuerpo como una serpiente y ayudándose de sus largos brazos, aquel ser recorría el laberinto de hielo, buscando. En la oscuridad resaltaban sus cuatro ojos de fuego, dos en cada cabeza que, a intervalos, se mordían la una a la otra con sus terribles fauces, arrancándose jirones enteros de carne. De pronto, paró y lanzó un tremendo bramido introduciéndose por la galería por la que habían seguido los muchachos.

Un leve resplandor en el fondo de la inmensa oscuridad, guió a la criatura maligna.

Al escucharla, Mahishasura espoleó su caballo infernal y aceleró su trote.

Tras él, los Cuatro Jinetes del Mal le seguían a cierta distancia, en silencio.

—Ya os tengo, malditos —susurró el demonio.

—¿Qué? ¿Qué es eso? —preguntó Leka señalando al fondo de la galería de hielo.

Los jóvenes se apiñaron entre ellos, en la entrada de la sala de la divina Durga, para mirar las cuatro lucecillas rojas que destacaban en la profundidad de la oscuridad y que se acercaban veloces.

—¡Al suelo! —exclamo Irle empujando a sus amigos.

La criatura maldita pasó sobre ellos como un relámpago, mordiendo y arañando todo cuanto rozaba, llenando la sala con su horripilante presencia, con su alargado cuerpo.

—¡Es una enorme cola de rata con dos cabezas! —exclamó Budy.

Irle templó su espada mágica y, valiente, se lanzó sobre aquel ser monstruoso que les atacaba. Pero, de un zarpazo, el diabólico animal le hizo volar de un lado a otro de la sala, estampándole en la pared helada.



—¡Ay, mi espalda! —murmuró Irle, parpadeando, pegado a la pared.

Apretando los dientes, resbaló hasta el suelo; primero su espada mágica y luego él, todavía desgarrado. La criatura maligna se volvió sobre los demás muchachos y saltó sobre ellos, bramando con cada cabeza, a ver cual de las dos más alto.

—¡Ah! —exclamó Budy empujando a Dagi hacia un lado, para esquivar la acometida.

Leka comenzó a correr en círculos, tras el burro, alrededor de la antorcha que permanecía clavada en el centro de la sala de hielo, esquivando como podía los zarpazos que le lanzaba aquel ser deforme. Y se giró para golpear fuerte, en carrera, sin parar, con su vara de cedro sobre una de las cabezas, la del monje maligno.

—¡Arg! ¡Maldito seas, pégale a este engendro del hielo no a mí! —bramó la cabeza del monje, con una voz cavernosa, escupiendo babas, escondiéndose bajo su brazo mientras le salían tremendos chichones.

La otra cabeza se giró molesta al escuchar aquellas palabras y le mordió la oreja. La criatura bicéfala, olvidándose de la persecución, se enzarzó de nuevo a tremendos zarpazos y mordiscos entre su parte izquierda y la derecha.

Irle se levantó, recogió la espada mágica y aprovechó el momento saltando sobre el engendro, y le propinó un golpe certero en el costado. La criatura gimió por sus dos bocas, posó su huesuda mano de garras aceradas sobre la herida y miró la viscosa sangre que manaba, negra como la noche. Rugió con fuerza tal que todo tembló y se giró sobre los muchachos, que se unieron preparados para defenderse. Mientras, el burro, entre pequeños rebuznos, daba la vuelta

con las orejas caídas, para no ver, y rascaba con sus patas delanteras la pared de hielo buscando una salida.

El monstruo, de un certero y fulgurante zarpazo con la garra derecha, alzó a Irle al aire, manteniéndole del cuello. Su larga cola de rata se agitó enrollándose sobre Budy, inmovilizándolo por completo. Y, atrapándole de un pie con la zarpa izquierda, con un rápido movimiento, Leka quedó suspendido en el aire, cabeza abajo. El horripilante ser comenzó a estrangular a Irle, bajo la atenta mirada de una de sus cabezas. A golpear a Leka contra la pared de hielo, ante las carcajadas de la otra cabeza. Todo ello mientras asfixiaba a Budy, apretando con fuerza el rabo.

—Bicho inmundo. ¡Suéltales! —exclamó Dagyi con fuerza, amenazante, al lado del burro, que seguía cara a la pared de hielo.

La joven, decidida, tomó en su mano el colmillo de la astucia, como si de una poderosa daga se tratara. La bestia inmunda fijó la vista de sus dos cabezas en ella y luego, estas, se miraron la una a la otra.

Y una cabeza comenzó a reír roncamente ante la sorpresa de la otra.

—¡Qué cara te ha puesto! ¡Qué de chichones y morados!

La otra cabeza arrugó su fea cara y con furia, le mordió la nariz.

—¡Para mí la chica! Es guapa. Sí —espetó escupiendo un trozo de nariz y lanzó a Leka contra el suelo.

—No, para mí —respondió la otra cabeza y su mano lanzó a Irle contra el muro de hielo.

—¡Ha de ser mía!

—¡Es mía!

—¡Quiero devorar su hermoso cuerpo! —exclamó la cabeza del monje maligno.



—¡No, no, mía! ¡Quiero tragar su alma pura! —replicó la del alma en pena.

La atroz criatura, sin dejar de discutir con ella mismo, saltó sobre la muchacha, que permanecía firme junto al burro; intentando la parte derecha alcanzarla antes que la izquierda, y viceversa.

Dagyí apretó su labio inferior con los dientes, cerró los ojos y alzó el colmillo en que aquel lobo blanco había transformado su daga. Con un rápido golpe, lo hundió en los cuartos traseros del terco burro.

El burro lanzó un rebuzno espantoso a la vez que una tremenda coz, golpeando en el pecho de aquella criatura, la cual surcó de lado a lado la sala golpeándose contra uno de los pilares de hielo que había en la entrada, sobre el que descansaba el bloque con la imagen de la divina Durga, destrozándolo y quedando aturdida bajo la enorme talla que este sujetaba.

—Toda para ti —susurró una de las cabezas del alma en pena, entre gemidos.

—Te voy a arrancar los higadillos, chica mala —apuntó la cabeza del monje maligno, mientras todo su ser se retorció sin sentido, intentando levantarse.

Entonces, dos trocitos de hielo cayeron sobre su hombro costroso y uno, más gordo, en una de las cabezas. El techo de la entrada de la caverna crujió al faltar uno de los pilares que mantenían la talla. De golpe, un bloque enorme de hielo se abalanzó sobre el inmundo ente bicéfalo, que apenas pudo alzar la vista para verlo caer. En un instante quedó aplastado, sin apenas poder hacer más que lanzar un escueto gemido agónico.

—¡Aire! —exclamó Budy, todavía preso de la cola de rata que surgía de los bloques de hielo y apretaba con fuerza.

Irle se levantó rápido y, tomando la espada mágica del suelo, la cortó de un golpe.

Budy, liberado, cayó de rodillas y comenzó a respirar con fuerza, sin dejar de mirar al monstruo que yacía preso bajo la talla de la divina Durga.

Dagyi corrió junto al muchacho, ayudándole a incorporarse.

—¡Acaba con ese bicho! —exclamó la joven.

Irle se irguió y, de un salto, con las dos manos firmes, hundió la espada mágica con un tremendo chasquido, atravesando el hielo y el pecho del demonio. Una mancha negruzca, viscosa comenzó a fundir el bloque helado mientras la cola, dando botes y estertores desaparecía hecha humo pestilente.

Por un momento, el silencio se hizo dueño de la sala.

La cara tallada de la divina Durga, en el bloque de hielo caído, pareció sonreír conforme se fundía sobre aquella amalgama oscura y viscosa, disolviendo por completo a la criatura infernal.

Los cuatro jóvenes calmaron sus nervios y se giraron hacia el inquieto equino.

—¡Nos ha salvado de nuevo! —exclamó Budy.

El burro rebuznó inquieto, ladeando el cuello y estirando la quijada, intentando lamerse los cuartos traseros y alejándose al trote de Dagyi.

—Quizá sea el cuarto poder —apuntó Leka, esperando que el burro hablara.

—¿Es posible, burro? ¿Hablarás? —preguntó Irle, animado.

—¡Sí, quizá, nos salvó! —exclamó Dagyi.

Budy miraba intrigado al equino.

—¡Oiiiiiiiiing! —rebuznó el burro.



CAPÍTULO 12

PERDIDOS EN LA MORADA DE LOS DIOSES

El enorme rabo de rata de la terrible criatura bicéfala, surgió de la nada cayendo delante de Mahishasura y los Cuatro Jinetes del Mal, cortando abruptamente su camino. El rabo saltaba como un látigo vivo agitándose y golpeando las paredes de hielo.

El poderoso demonio, gruñendo entre dientes, levantó el entrecejo y luego, la vista. Un murmullo baboso incomprensible salió de su boca, salpicando su enorme bigote de ascuas. Los cuatro jinetes se mantenían a cierta distancia tras él; precavidos de su suerte, ninguno hablaba ni se le acercaba. Girándose sobre su montura, les miró entrecerrando un ojo y arrugando el morro. Ellos, temerosos, agacharon la cabeza para evitar su mirada.

—Me sorprenden esos críos. Han acabado con tres de vosotros. Así que tienen mucha suerte o poco valían vuestros compañeros por sí solos —espetó con desprecio.

Los cuatro monjes retrocedieron un poco, sin replicar.

—Cobardes —murmuró Mahisasura.

Entonces, el caballo infernal trotó por sí solo, relinchando violentamente. Y asomó por una galería donde se veía en la distancia una pequeña luz.

—Deben ser ellos —aseguró el demonio, premiando orgulloso a su caballo con un masaje en el cuello.

Una tenue luz anaranjada se reflejaba en las paredes de hielo, delatando al fondo de las galerías la presencia de Budy y sus amigos. Mahishasura inspiró lentamente aire frío, ensanchando sus pulmones, más y más, hasta quedar hinchado como un sapo, parecía que en cualquier momento explotaría. Luego exhaló brutalmente, abriendo su enorme boca para dar una tremenda llamarada que quemó por completo su bigote y recorrió las grutas heladas, convirtiendo las paredes de hielo en una gelatina de agua sucia, pestilente como su aliento.

—¡Salid malditos! ¡Mahishasura os reclama!

Las horrorosas almas en pena comenzaron a surgir de nuevo, atravesando el hielo hecho gelatina, gritando y aullando su horror, agachando la vista ante el puro mal, aquel demonio todopoderoso, y suspiraron por devorar las almas puras de aquellos muchachos.

—¡A por ellos! —gritó Mahishasura.

La multitud de criaturas horrorosas comenzó a correr, arrastrarse y botar hacia la sala de la divina Durga, pegando tremendos manotazos y dentelladas al aire.

Tras ellos, Mahishasura espoleó su caballo infernal y avanzó al trote.

Le siguieron en la distancia los Cuatro Jinetes del Mal, que descubrieron sus rostros y se desquitaron de sus capas, mostrándose tal cual eran para enfrentarse a los muchachos. Cada uno de ellos cabalgaba sobre un soberbio caballo de diferente color. Uno blanco, montado por un jinete altivo, con arco y una corona de espinas y sangre. Otro negro, guiado por un demonio famélico, que marcaba sus costillas como piel pegada a los huesos, de profundas



cuencas oculares y mechones ralos por cabellera. Un tercero rojizo, cabalgado por un tremendo guerrero, lleno de cicatrices supurantes y que portaba una espada ancha, llena de muescas. Y el último de ellos, de tonos amarillentos ocre, sobre el que se alzaba un ser gris y oscuro, tenebroso como la muerte cierta. Los cuatro jinetes apocalípticos que sobrevivían a la furia de Mahishasura sonrieron observando aquella lucecilla, ávidos de victoria, hambre, guerra y muerte.

Ajenos al ejército demoniaco que se les venía encima y apoyados contra la pared de hielo, los cuatro muchachos recuperaban el resuello entre sonrisas esporádicas y cara de preocupación. No dejaban de observar cómo aquel ser maldito que les había atacado se fundía del todo entre la nieve, desapareciendo como si nunca hubiera existido.

—Tenemos que encontrar al Dragón Blanco —remugó Budy.

—O hallar rápido una salida —apuntó Irle.

El pequeño Budy comenzó a recorrer la sala con la antorcha en la mano, buscando. Dagi le siguió mientras Irle y Leka les observaban. El burro trotaba dando vueltas a la sala, con sus rebuznos, inquieto, huyendo de Dagi cada vez que ella se le acercaba.

—Tenemos que pensar en algo y pronto —aseguró ella, cruzando los brazos.

—El burro solo es un burro —dijo Leka.

—¡Que ya es mucho, para nuestra suerte! —exclamó Budy acercando la llama de la antorcha a cada grieta de la pared de hielo, buscando una salida.

No la vio.

Una tremenda carcajada resonó tan fuerte que hizo caer trocitos de hielo del techo. Hasta ellos llegaban los

aullidos, llantos y gemidos de las almas en pena, el golpeo de los cascos de los caballos de los Cuatro Jinetes del Mal trotando por la galería de hielo y las terribles risotadas de Mahishasura. Abriendo los ojos como platos, los jóvenes vieron al fondo de la oscura galería los destellos de las antorchas que les buscaban.

—Mahishasura se acerca —murmuró Dagi notando un escalofrío recorrer su cuerpo.

—¡Nos ha encontrado! —exclamó Irle.

—Ay, ay... Mamá —susurró Leka.

—Debemos huir —dijo Irle tomando de la mano a Dagi, templando su espada.

—Pero aquí no se ve salida y no podemos volver tras nuestros pasos —apuntó ella, muy nerviosa, asomándose a la boca de la galería.

—¿Se equivocaría el Maestro? —preguntó Leka, resoplando.

—El Maestro no pudo equivocarse —aseguró Budy.

—Pero... Estamos en el templo del Hielo y no hay rastro del Dragón Blanco —insistió Leka.

—¿Nos engañó el gran M'amb? —preguntó alterado Irle.

—No, seguro que no —insistió Budy.

—¿Entonces? —replicó Leka.

—El gran M'amb no pudo engañarnos. No puede ser nuestro fin. Budy, tú hablaste con el Maestro, te eligió por algo. ¿Y el Dragón Blanco? ¿Dónde está? ¿Tú debes saberlo? ¡Dime que lo sabes! —añadió Dagi acercándose a él. Luego le acarició la cara, con las dos manos, mirándole fijamente a los ojos, con ternura.

Budy cerró los ojos y sintió el calor de las manos de Dagi, la pureza de su alma y notó su miedo, su bondad. Los abrió de nuevo y acercó la antorcha para verla mejor, sus



grandes ojos nublados no paraban de mirarle y una lágrima brotó de uno de ellos deslizándose por la mejilla.

—Qué afortunado será Irle a tu lado, cómo no enamorarse de tan hermosa persona. Eres tan bonita a la luz de la antorcha como en la oscuridad de la nada...

Budy quedó en silencio tras escuchar sus propias palabras.

—¡La luz! —exclamó.

—¿La luz? —preguntaron los muchachos.

—El gran M'amb dijo: “la oscuridad no hace mal alguno y solo ella os indicará el camino correcto”.

Budy giró la antorcha boca abajo y la introdujo con fuerza en la nieve acumulada en la base de aquella gran pared de hielo azul. La oscuridad se hizo un todo y el ruido de los cascos de los demonios desapareció por un momento, pues el resplandor que les guiaba había desaparecido.

—¡No lograréis escapar! ¡No os puedo ver, pero si noto vuestra presencia! ¡Olfateo vuestro miedo! ¡Las criaturas del hielo me llevarán hasta vuestras almas! —gritó Mahishasura con fuerza, haciéndose escuchar.

Los cuatro jóvenes miraron hacia todas partes, nada vieron sumidos en la oscuridad total. Se sentaron en el suelo, descansando sus cuerpos y sus miedos, apoyados los unos contra los otros.

—Ya no hay luz —dijo Leka.

—¿Y ahora qué? —preguntó Irle.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —insistió Leka

—¿Crees que podremos salir de aquí con vida? —apuntó Danyi con una suave voz que pareció un susurro, acariciando la mano de Irle.

—Vamos, ánimo, hasta ahora no nos ha ido tan mal —quiso animar él y se asomó por la galería, viendo cómo cada vez se acercaban más los demonios de Mahishasura.

—¡Vámonos! —exclamó Budy, de pronto.

—¿Qué?

—¡Vamos! ¡No perdamos tiempo! Mahishasura se acerca. ¡Debemos salir de aquí! —insistió Budy ante la sorpresa de los demás, señalando a un lado con su dedo, aunque ninguno de ellos podía verle.

—¿Ir a dónde? —preguntó Dagyi.

—No te vemos —apuntó Leka.

—Allí, sobre el altar, en la escultura de hielo de la divina Durga —indicó Budy.

En plena oscuridad, un pequeñísimo brillo, apenas perceptible, de destellos azulados, se dejaba ver: era el ojo de zafiro tallado sobre la frente de la escultura de la divina Durga. Los cuatro amigos corrieron hacia aquel destello imposible, saltando sobre el altar curiosos y llenos de esperanza. Al mirar a través de la pequeña apertura, vieron un bosque enorme de cedros, nevado y con un cielo azul que lo llenaba todo.

—“La oscuridad nos indicará el camino correcto” —expuso Budy.

—Con la luz de la antorcha no se podía ver ese destello tan insignificante, solo en la más absoluta oscuridad era visible —apuntó Dagyi.

—Debe ser el camino —señaló Irle.

—Siento pena por el gran M’amb. ¿Qué habrá sido de él? —se preguntó Dagyi.

El silencio la acompañó.

No había respuesta.

—¿Dagyi? —preguntó Leka en la oscuridad, palpando.

—Sí.

—No estás de espaldas ¿verdad?

Una bofetada se escuchó tremenda.



Y Leka se quejó.

—¿Qué hacéis? —preguntó Irle y se mantuvo en silencio.

—¿Dagyi? —preguntó Budy.

—Sí —replicó ella.

—¡Vámonos! —exclamó Budy y tomó al burro por las riendas, se acercó hasta el altar, se encaramó al lado de la escultura de hielo y, tan valiente como temeroso, puso su mano sobre la lucecilla azul, el tercer ojo de la divina Durga.

Entonces, un haz luminoso se hizo en la sala helada, los envolvió lentamente y desaparecieron de pronto, absorbidos por la pequeñísima luz azulada ante la frente helada de la divinidad.

Irle, Leka y Dagyi se quedaron con la boca abierta, tan sorprendidos como asustados.

—¡La luz se ha tragado a Budy y al burro! —exclamó Dagyi.

—¡Sigámosle! —exclamó Irle.

—Pero... —dudó Leka.

—¡Os devoraré! —resonó tremendo tras ellos, haciendo temblar la estatua de hielo del altar y toda la caverna.

Una llamarada relució cercana a ellos, saliendo de aquella galería helada. Los tres jóvenes pudieron ver por un momento, en la entrada de la sala, cómo aquellas horribles almas en pena llegaban aullando y mascando el aire, olfateando y dando zarpazos en la oscuridad.

Sin dudarlos, se abrazaron y alzaron rápidamente sus manos hacia la talla de zafiro para quedar envueltos en una estela azul que los arrastró hacia el interior del hielo, para atravesarlo de forma vertiginosa. Como atrapados por un tremendo tornado, viajaron veloces en la nada, entre gritos y volteretas que les llevó a caer por un vacío que parecía

no tener fin, que estiraba de ellos con fuerza, que parecía querer desmembrarles al absorberles potente.

De pronto, aparecieron sobre cielo azul, en caída libre, y sus cuerpos se hundieron de golpe sobre la nieve del bosque, un metro bajo la espesa capa.

Silencio.

—¡Al fin! ¡Libres! —exclamó Dagyi apenas se puso en pie y saltó de alegría.

—¡Hemos podido escapar! —gritó Leka, asomando la cabeza.

Irle se levantó quitándose la nieve de la cara, miró a su alrededor y corrió junto a Dagyi y la abrazó, alzándola al aire para darle un tremendo beso.

De pronto, los tres quedaron en silencio.

Dagyi paró en sus saltos con un pequeño gemido, miró a Irle y en su bello rostro volvió a reflejarse el miedo, la preocupación: se hallaba confusa. Volvió la vista y se vio rodeada de un gran bosque de cedros gigantes y poco más allá, observó al burro ramoneando sin parar.

—¿Y Budy? —preguntó preocupada.

—No andará lejos —remugó Leka.

—Pero ¿no te das cuenta? ¡Alegra esa cara! ¡Hemos escapado! —exclamó Irle.

—Hemos recorrido el templo del Hielo y no hemos encontrado el Dragón Blanco, estamos como al principio. Hemos fracasado —asintió Dagyi.

Irle y Leka bajaron la vista, sintiéndose derrotados.

—¡Budy! —gritó ella.

—Pero hemos escapado —susurró Leka, descorazonado.

—¿De qué creéis haber escapado pequeños ignorantes? ¡Sois míos! ¡Siempre lo habéis sido! —exclamó con fuerza una gran voz, cavernosa y ruda.



Los tres jóvenes volvieron su vista, aterrados. Ante ellos se alzaba Mahishasura, prepotente y orgulloso, sobre su caballo de hierro candente y carne trémula; seguido por los Cuatro Jinetes del Mal: blanco, negro, rojo y amarillo, los cuales trotaron sobre la nieve envueltos en un halo de hollín, mostrando en sus manos unas terribles espadas y hachas enormes. Con cada segundo que pasaba aparecía una horrorosa criatura, las almas en pena escapaban de la morada de los dioses a través del ojo de la divina Durga, ocupando el mundo de los vivos. Y el ejército de guerreros medio hombres, medio bestias, que había quedado acampando en el valle, surgió potente del bosque, acudiendo a la llamada de su amo.

—¿Padre? —preguntó Dagi, atónita, al ver el rostro de Mahishasura.

—Sí, soy tu padre. ¿Me darás un besito? —dijo el demonio dando una brutal carcajada y descabalgó para acercarse con las manos atrás y dando cortos pasos a ella—. Soy lo que queda de tu padre, carne marchita, pues alma ya no hay, toda la devoré por más que se resistió.

—Te mataré —se lanzó Dagi sobre él.

Con un simple revés, Mahishasura la envió seis metros por el aire, hundiéndola en la nieve por completo con el impacto de la caída. Irle y Leka corrieron a ayudarla, sacándola tirando de los pies y una mano.

Mahishasura se les acercó, sonriendo y apretando los dientes.

—He de reconocerlo: debo agradecerlos que hayáis liberado mi bravo ejército de almas en pena, preso de esa bruja: Durga.

—¿Cómo? —preguntó Irle, casi instintivamente, sin entender.

—Me habéis llevado hasta ellos y mostrado el camino para salir —sonrió el demonio.

—No —susurró Dagi comprendiendo el horror que habían traído al mundo.

—¡Maldito! ¡Nosotros te pararemos! —exclamó Leka.

—¡Liberaremos el Dragón Blanco y te devorará! —espetó Irle.

—Sí, hay que decir que sois valientes, casi me da risa devoraros. Veo la espada de la esperanza del amor, la pluma de la bondad del corazón y el colmillo la astucia. Pero no veo la fuerza de la sabiduría, galante del tigre blanco. ¿Cómo pensáis despertar al Dragón Blanco sin ella? —preguntó con cierta ironía y rompió a reír con tremendas carcajadas.

Y avanzó hacia los tres jóvenes encorvando odioso su figura, mientras las almas en pena seguían apareciendo, convertidas en poderosos guerreros del infierno. Con cada paso se fundía la nieve que pisaba y una gran nube de vapor se alzaba por sus pies, una horrible pestilencia llegó hasta los muchachos, que permanecían atónitos, sin saber qué hacer, viéndose rodeados. El mal abrió la mano: sobre su palma destacaban cuatro aceradas garras de tigre.

Irle, Leka y Dagi abrieron sus ojos, pues sabían lo que eso significaba.

—¿Es esto lo que buscabais, estúpidas criaturas? —preguntó Mahishasura para, luego, soltar una descomunal carcajada.

—Nunca podremos reunir los cuatro poderes verdaderos del Brahman para acabar con Mahishasura y sus demonios —dijo Irle.

—¡Se ha hecho con el poder de la fuerza y la sabiduría! Debió recoger las garras cuando el gran tigre blanco desapareció del templo, aquel fatídico día —apuntó Leka.



—¡No! ¡No puede ser cierto! —exclamó Dagyi levemente, acongojada, derrotada frente a aquel demonio que poseía el cuerpo de su padre, rodeada por las almas en pena y los guerreros medio hombres, medio bestias.

El mal vencía y no podían hacer nada.



CAPÍTULO 13

EL DRAGÓN BLANCO

Sin saber dónde estaban, rodeados de cedros gigantes y nieve, al pie de colosales montañas; la bella Dagi y los dos valientes hermanos, Irle y Leka, se miraban tan desconsolados como perdidos. Ante ellos se erguía el terrible Mahishasura riendo tremendo, soltando carcajadas que se hacían eco en todo el valle, en las cumbres borrascosas y más allá. A su lado permanecían aquellos terribles seres, todos malditos: los Cuatro Jinetes del Mal, el ejército de guerreros medio hombres, medio bestias, y las almas en pena liberadas del hielo de la sagrada montaña de Meru.

—¿Eh? Pequeños ignorantes ¡mirad! —les gritó el mal mostrándoles de nuevo, ante su desconsuelo, las garras del gran tigre blanco—. ¿Acaso pensabais que teníais la menor opción? ¿Es esto lo que buscabais?

—Sí, eso era lo que buscaba —resonó en el aire.

—¿Quién? —exclamó Mahishasura, sorprendido, mientras los monjes malignos, sus guerreros, almas malditas y demonios se giraban hacia todas partes.

Los tres jóvenes le seguían con sus miradas, inquietos, sin saber qué estaba ocurriendo.

Una mano, alzada con fuerza, apareció entre la nieve de golpe y las cuatro aceradas garras salieron despedidas de la palma de Mahishasura para situarse, en un instante, cada una de ellas en un dedo mientras desaparecía el pulgar.

El tremendo rugido de un tigre furioso resonó tan potente que agrietó el suelo que pisaban. El pequeño Budy se irguió, apareciendo desde debajo la nieve, y se levantó estirando el cuerpo con fuerza, entre gemidos y rugidos, con su mano derecha hecha garra, arqueándose hacia atrás y doblándose hacia delante, creciendo por momentos, sin parar. Sus ojos se tornaron de un rojo vivo con un destello azulado por pupila y su pelo blanco brillaba intensamente conforme se alzaba hacia el cielo. Sus músculos rompían la ropa que vestía y unos largos colmillos aparecían en sus mandíbulas conforme estas se alargaban.

El diente de lobo que adornaba el cuello de Danyi, se elevó por sí solo en el aire y pegó un fuerte tirón, saliendo despedido incrustándose en el pecho de Budy, el cual lo recibió con un portentoso aullido al viento. La ligera pluma saltó del gorro de Leka y voló rasgando el cielo, como una veloz saeta, hasta fundirse con los cabellos blancos de Budy, que se tornaban crines portentosas; y unas inmensas alas comenzaron a brotar en ambos costados, desplegándose con todo su esplendor.

El cuerpo de Budy se hacía cada vez más alto, estilizado, musculoso, grande y blanco; mostrándose cubierto por unas escamas destellantes y envuelto por un hálito de luz. Así, mientras se transformaba en un poderoso ser increíble, avanzó sobre la nieve hacia sus amigos sin parar de crecer, de moldearse en aquella maravillosa criatura.

—Buscar es la llave. Yo soy el Dragón Blanco —dijo con una gran voz, refiriéndose al koen zen del gran M'amb.



Y extendió su mano hacia Irle, conforme se consumía aquella transformación ante los ojos atónitos de todos.

—¡Acabad con ellos! ¡Acabad con la bestia blanca! —gritó Mahishasura a sus guerreros, que se lanzaron rápido sobre los jóvenes, templando sus espadas de afilado hierro.

Luego el demonio se giró hacia Budy, que seguía transformándose en aquel ser cada vez más grande, más poderoso y le lanzó con rabia y fuerza desmedida una pica a la misma vez que salía despedida de las manos de Irle la espada del amor hacia la mano del Dragón Blanco. Al contacto con la espada, un gran destello helado deslumbró a todos, haciéndose ver desde cientos de kilómetros. El hierro de la afilada punta de la pica se fundió en la nada y la madera del asta ardió, cayendo ante los pies del mal hecha polvo humeante.

Budy se irguió totalmente transformado, estirando su cuerpo: el Dragón Blanco había sido despertado. La espada del amor, la pluma de la nobleza y el colmillo de la astucia volvieron a las manos de sus amigos, de forma instantánea, a la vez que sus cuerpos quedaban envueltos de un aura azulada, con destellos blancos como la nieve.

—¡Ah, qué me pasa! —exclamó Irle.

Su cuerpo se hacía puro músculo y adquiriría las formas, el pelaje y la fuerza de aquella abominable criatura de los hielos.

Leka se sintió levitar con una fuerte sacudida que mutaba su cuerpo y vio surgir de su espalda dos hermosas alas, emplumadas y blancas como las del gran búho nival; y cómo sus manos y pies se transformaban en poderosas garras. Se sintió ágil y poderoso. Y voló.

—¡Ah! —gritó Danyi cayendo al suelo, estirando su cuerpo envuelta en un haz de luz que la transformó en una

extraordinaria y hermosa criatura de aspecto lobezno, con aceradas garras, colmillos afilados y unos ojos almendrados que resaltaban en su figura de mujer.

—¡El Dragón Blanco está despierto! ¡Todo acabó! —gritó uno de los Cuatro Jinetes del Mal y, fustigando su caballo, se alejó rápido. Los otros tres miraron con desprecio a Mahishasura y emprendieron también la huida.

—¡Malditos cobardes! —exclamó Mahishasura.

Mientras, sus guerreros y demonios se echaron sobre los jóvenes. Pero ahora, eran fuertes, ágiles, poderosos y pronto lo demostraron: Irle, con su fuerza brutal y la espada mágica, quebraba cuantos demonios se le acercaban, de dos en dos, a puñados. Leka voló sobre ellos y, haciendo presa en el cuello y la espalda y, con tremendos mamporros, los fundía en la nada alzándolos al aire y estrellándolos contra los cedros. Danyi, la loba astuta, parecía poseída por todos los demonios de este mundo y de aquel, pues con rápidos movimientos convertía en polvo a todo el que alcanzaba con sus aceradas garras, esquivando ágilmente los puños, armas y mordidas de aquellas horrorosas criaturas.

La joven, hecha loba y sin olvidar la muerte de su padre el maestro Okina, se lanzó furiosa sobre Mahishasura, buscando venganza, arrancándole el casco de un zarpazo y marcando su cara con una gran herida. El mal respondió con una potente patada que la lanzó sobre un cedro, el cual se partió al recibir el cuerpo, con un fuerte crujido. Entonces, los demonios saltaron sobre ella, golpeándola y mordiéndola con furia.

—¡Danyi! —exclamó Irle y se lanzó sobre las criaturas que la golpeaban, lanzando mandobles con su espada.

Leka se abatió desde el cielo tomándola en sus brazos y alejándola de allí.



Mahishasura soltó un gran rugido y vomitó un río tremendo de fuego sobre ellos.

—¡Ah, nos alcanza! —gritó Leka.

Un torrente de aguanieve se fundió sobre el fuego, cristalizándolo. Y el fatal aliento del demonio se hizo bloques de hielo, para caer al suelo mientras Leka y Daggi conseguían escapar. El Dragón Blanco les había salvado y ahora, fijaba su mirada en Mahishasura.

—Tu regreso a los infiernos es inminente; prepárate, pues tu tiempo acabó —espetó.

—¡No! —le respondió el mal.

Mahishasura juntó los brazos y brotó de ellos un destello luminoso, rojizo anaranjado, y los extendió contra el Dragón Blanco. Un poderoso haz de energía mortal salió despedido, buscando muerte.

Budy, transformado en aquella extraordinaria criatura, se encorvó recogiendo entre sus brazos y el pecho aquel poderoso rayo de fuego que derritió cuanta nieve había en su alrededor, haciéndola hervir con un gran estruendo, entre una gran nube de vapor que se volatilizaba hacia el cielo.

Mahishasura abrió su enorme boca y lanzó sobre el Dragón Blanco una tremenda bocanada de magma hirviente, envolviéndolo por completo hasta hacerle caer al suelo preso del gran peso que soportaba. Un tremendo olor a quemado lo colmó todo.

—No podrás conmigo, no, nunca. ¡Yo soy Mahishasura, el más grande de los demonios! ¡De los dioses!

La masa de fuego y magma que envolvía al Dragón Blanco empezó a solidificarse, haciéndose blanca como la nieve, cayendo por bloques de su cuerpo como si barro seco fuera. El Dragón Blanco miró a Mahishasura con aquellos ojos

rojos que brillaban como diamantes y le sonrió, entonces abrió su boca y lanzó su aliento helado sobre el fuego que envolvía a Mahishasura, el cual quedó rodeado por una densa neblina de vapor.

—¡Y yo soy el Dragón Blanco, hijo de la divina Durga y de Madre Vida; la única criatura de este mundo y de los demás que puede devolverte a los infiernos!

Y saltó sobre el mal abriendo terrible las fauces, ignorando sus zarpazos. Lo agarró fuerte con sus poderosas garras y comenzó a devorarlo con tremendos mordiscos, a tragarlo entre gritos y maldiciones. Mahishasura se resistió con fuerza, pero inútilmente. En apenas unos segundos, el Dragón Blanco se lo tragó vencido, de dos bocados.

Los soldados demoniacos y demás almas en pena que seguían luchando contra los jóvenes mutantes, emitieron un agudo chillido, horroroso, mientras sus cuerpos se descomponían en millones de finísimas partículas que de inmediato arrastró el viento hacia el interior de la sagrada montaña de Meru, como una alargada nube de polvo oscuro, quedando presos de nuevo en las paredes de hielo.

El Dragón Blanco pegó una tremenda llamarada que quemó cuando quedaba del ejército maldito; volatilizándose al viento, como cenizas, los demonios que cada guerrero albergaba en su interior. Solo hombres quedaron en la nieve, desorientados, sin saber ni dónde estaban; ninguna bestia albergaban sus cuerpos, limpios sus corazones, recuperadas sus almas. Y el dragón bramó al cielo su victoria agitando las enormes alas. Observó por unos instantes a la loba Dagyi, al hombre de las nieves Irle y al búho Leka, volvió a bramar y dio un potente salto en el aire, lanzando un poderoso rugido, como ninguno, y un haz luminoso lo envolvió. Voló como el rayo hacia el cielo abierto, dejando atrás el cuerpo



del pequeño Budy, el cual quedó en su lugar, plantado en el suelo, con los brazos estirados y sus puños cerrados, chillando con su voz de niño.

La estela luminosa del Dragón Blanco subió tan alto que casi se perdió de vista, hasta que, de pronto, cambió su dirección hacia el templo de Hielo. Descendió vertiginosamente, apenas se discernía la cabeza de su larga cola, hasta chocar violentamente contra la montaña. Un agónico grito resonó con fuerza por unos segundos, haciendo eco en las montañas de Meru, procedente del espectro de Mahishasura, conforme desaparecía el Dragón Blanco, hundiéndose en la montaña sagrada a una velocidad inimaginable, con un grandioso destello.

El cuerpo de Okina rodó por la nieve y quedó sentado mirando a los lados. El mal había sido vencido y encerrado en sus avernos. Y todas las almas inocentes, liberadas.

Los muchachos se observaron entre ellos. Sus cuerpos, con la ropa hecha jirones, habían vuelto al estado físico normal, quedando en su pose de combate con más sorpresa que alegría por su victoria. Irle miró su espada, que era de nuevo una hoja de bronce mellada; la pluma de Leka salió volando arrastrada por una potente racha de viento, izándose a las alturas hasta desaparecer; y el colmillo de la astucia, volvió a ser una daga en manos de Danyi.

—¡Padre! —gritó la muchacha y se lanzó sobre él.

—¡Hija! —exclamó Okina y la abrazó—. ¿Dónde estamos? ¿Qué pasó? ¿Y los demonios?

—Padre, vencimos a Mahishasura. ¡El Dragón Blanco se lo llevó!

—Ha sido increíble, hemos luchado contra esos demonios y los hemos vencido. ¡Soy un búho! —comentó Leka mirando sus manos, abriéndolas y cerrándolas.

—Me gustaba más la espada de acero —remugó Irle, sin quitar la vista de su amada.

—Budy, tú eres el Dragón Blanco. ¡Cómo no! Debí imaginarlo con tu melena blanca y sincera sabiduría —dijo Dagi acercándose a él y lo abrazó.

—¡Por eso eras el preferido del Maestro! ¿Tú lo sabías? —le preguntó Irle extendiéndole el brazo, y apretó con fuerza su mano para acabar abrazándole.

—No, no lo sabía. Lo comprendí cuando noté la fuerza crecer en mi interior al juntarse los cuatro elementos en un mismo lugar —aseguró Budy con una mueca de alegría—. Entonces recordé la belleza y sabiduría de mi madre, la bondadosa Diva, la terrible Durga.

—Si Mahishasura no nos hubiera alcanzado, jamás podríamos haberle vencido. Pues fue él en verdad quien despertó al Dragón Blanco al traer hasta nosotros las garras del sagrado tigre blanco —apuntó Dagi.

—Resulta extraño, éramos nosotros quienes debíamos haberle perseguido —añadió Irle.

—El gran M'amb tenía toda la razón. ¿Era bueno o malo que nos buscara? Era bueno —apuntó Budy.

Los cuatro muchachos, con tristeza, guiaron sus miradas hacia las montañas sagradas de Meru. Nada indicaba por dónde hallar de nuevo el templo del Hielo, sus picos parecían inalterados, todo estaba igual, como si nada hubiera ocurrido.

—Regresemos al templo —indicó Budy con pena.

—Sí, el Maestro nos estará esperando —dijo Irle.

Los cuatro muchachos emprendieron el camino de vuelta, montaña abajo, acompañados por la gente de bien que dejaba atrás sus miedos, que fueron bestias demoniacas y ahora volvían a ser hombres.



Budy al frente, valiente como ninguno. Irle y Dagyi avanzaban cogidos del brazo, felices por su aventura y el amor que les unía, con el maestro Okina a su lado. Leka cerraba el paso, con su vara de cedro y tirando del terco burro.

Entonces, un sonido conocido les hizo volverse. El barritar de un enorme mamut resonó como un eco potente entre las lejanas montañas, era el saludo de un gran amigo.

Los muchachos se giraron y sonrieron felices.

—¡Vamos, me muero por un momo caliente! —exclamó el pequeño Budy dando un salto.



EPÍLOGO

En el valle de Shambala, la atemorizada gente de la aldea reconstruía las cabañas y casas con más pena que alegría, temiendo que el demonio Mahishasura regresara en cualquier momento. Mientras, el maestro Majáh permanecía envuelto en su bola de luz, preso de aquella pica que el mal le lanzó, levitando en el interior del templo del Brahman.

De pronto, un gran rugido sacudió la aldea, la montaña tembló y un gran resplandor iluminó el cielo. Todos quedaron atónitos, dejaron sus labores y corrieron temerosos hacia el templo, mirando a todos lados, temiéndose lo peor.

En ese momento, la pica de Mahishasura salió despedida del cuerpo del Maestro y cayó rebotando en el suelo del templo para convertirse en hollín. El sabio monje salió de su trance, abrió los ojos y se pasó las manos por el pecho buscando la herida de la pica.

Nada halló.

Salió al patio, donde se habían congregado los aldeanos.

Todos permanecían de rodillas, orando.

—¡Lo han conseguido! —exclamó alzando los brazos.

Una gran explosión de júbilo llenó el templo, la aldea y el valle. La anciana Irleka rompió a llorar, emocionada, pensando en sus nietos mientras numerosa gente la abrazaba y felicitaba sin parar.

Al tercer día de descenso, los cuatro jóvenes llegaron a Shambala, acompañados por Okina y todos los hombres que liberaron de las garras demoniacas, donde fueron recibidos como héroes, con una gran fiesta que se alargaría durante días. Nadie era inconsciente de la proeza que habían realizado aquellos discípulos del templo: habían logrado despertar al Dragón Blanco, haciendo regresar al terrorífico Mahishasura a los infiernos de donde provenía.

—¡Maestro, lo hicimos! —exclamó Budy sentado junto a él, devorando un momo ante la hoguera de la gran fiesta.

—Me alegro tanto. Pero dime, el Dragón Blanco ¿es tan hermoso y poderoso como dicen?

—Lo es —respondió Dagi, que estaba acompañada por su padre.

—¿Dónde está? —insistió el Maestro.

—No lo sabemos, hacia el infinito voló —expuso Irle.

—¿Y sabrías encontrarlo de nuevo?

—No lo sé, Maestro —respondió Budy—. Debería acompañarnos mucho la suerte, pero con amor, nobleza, astucia y sabiduría quizá lo consiguiéramos.

—Yo no vuelvo a esa cueva de hielo llena de bichos y demonios. No, no —añadió Leka.

—Hum —murmuró el Maestro y alzando su rostro, sonrió.

—Veo que el secreto del Dragón Blanco está a salvo.

—Lo está Maestro —aseguró Budy.

—Así debe ser, pues quién sabe si algún día ha de volver —afirmó el sabio anciano—. Y tú, mi gran amigo Okina, veo que tu hija es muy feliz al lado del apuesto Irle, pronto te harán abuelo, felicidades te trae la vida tras tan amarga experiencia.



—¿Cómo? —preguntó Okina, sorprendido.

En ese momento apareció un enorme tigre blanco, rugiendo con fuerza, asustando a los presentes y a los monos de cola roja que saltaban entre los muros y se irguió sobre las murallas del templo ante la sonrisa de los cuatro jóvenes para rugir poderoso.

Esa noche, a la luz de la luna, alejados de todos y sentados sobre el muro más alto del templo, Irle besó a Dagi por segunda vez. Fue un beso de amor sin fin, ante los ojos ocultos y la sonrisa traviesa del pequeño Budy... y de los monos de cola roja.

FIN

